

John Berger



Una vez en Europa

Traducción  
Pilar Vázquez



Lectulandia

Las cinco historias de amor incluidas en *Una vez en Europa* son un alegato contra la destrucción de la vida rural. John Berger —«un escritor sin rival en la literatura contemporánea en lengua inglesa», según Susan Sontag— refleja en ellas su modo de entender la realidad. Como él mismo reconoce, «tal vez mi aversión por el poder político, sea cual sea su forma, demuestra que soy un mal marxista. Intuitivamente siempre estoy al lado de aquellos que viven dominados por ese poder». Como antes de *Puerca tierra*, destaca aquí ese «realismo limpio» de John Berger, obsesionado por la claridad de una expresión que surge ante nosotros como una poderosa llamada de atención sobre el divorcio entre el hombre y la tierra.

**Lectulandia**

John Berger

# **De sus fatigas. Una vez en Europa**

**De sus fatigas - 2**

ePub r1.1

Bookanero 14.01.17

Título original: *Once in Europe*  
John Berger, 1987  
Traducción: Pilar Vázquez

Editor digital: Bookanero  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Quiero agradecer con todo mi afecto y gratitud la ayuda que recibí del Transnational Institute de Washington, D. C., durante los largos años que pasé escribiendo este libro.

## NOTA

Este es el segundo volumen de la trilogía De sus fatigas <sup>[1]</sup>. El primer volumen, Puerca Tierra, era un libro de cuentos cuyo fondo común era la vida tradicional de un pueblo de montaña. Salvando ciertos detalles, este pueblo podría existir en numerosos países de todos los continentes.

Una vez en Europa, el segundo volumen, es una colección de historias de amor, cuyo fondo es la desaparición o «modernización» de esa vida rural.

El tercer volumen contará la historia de los campesinos que dejan sus pueblos para establecerse definitivamente en una metrópoli.

# Índice

El cuero del amor  
El acordeonista  
Boris compra caballos  
La era de los cosmonautas  
Una vez en Europa  
Toca algo para mí  
Sus ferrocarriles

## *El cuero del amor*

Curtidos como postes  
por las partidas  
y los fantasmas blancos  
de los que se fueron,  
envueltos en lonas  
hablamos de la pasión.  
Nuestra pasión es la sal  
en la que se cuelgan los pellejos  
para hacer de una bisagra de piel  
el cuero del amor.



## El acordeonista

¿Tocarás en mi boda?, le preguntó Philippe, el quesero. Philippe tenía treinta y cuatro años. La gente siempre había dicho que nunca se casaría.

¿Cuándo es?

El sábado que viene.

¿Por qué no me lo dijiste antes?

No me atrevía. ¿Tocarás?

¿De dónde es la novia?

Yvonne es del Jura. Pásate esta noche por el Lira Republicana y la conocerás; estará allí con sus padres y unos amigos de Besançon.

Esa misma tarde, el acordeonista, un hombre que ya pasaba de los cuarenta, estaba sentado en el café, bebiendo champán invitado por el padre de la novia, junto a una mujer regordeta que reía sin parar y llevaba unos largos pendientes. El acordeonista había observado atentamente a la joven novia y estaba seguro de que estaba embarazada.

¿Tocarás para nosotros?, preguntó Philippe llenando las copas.

Sí, tocaré para ti y para Yvonne, respondió.

En el suelo, a sus pies, descansaba un perro cuyo pelo ya se había vuelto gris con los años. De vez en cuando le acariciaba la cabeza.

¿Cómo se llama su perro?, le preguntó la mujer de los pendientes.

Mick, dijo él; es un payaso sin circo.

Es viejo ya para ser payaso.

Quince años tiene; quince.

¿Tiene usted una granja?

Encima del pueblo; en un lugar que llamamos Lapraz.

¿Es grande?

Depende de quien lo pregunte, respondió él con una risita.

Se lo pregunta Delphine.

Se preguntó si aquella mujer se emborracharía a menudo.

Bueno... ¿es una granja grande?, insistió ella.

Un invierno, hace ya años, el alcalde le preguntó a mi padre: ¿Tenéis mucha nieve por Lapraz? ¿Y sabe lo que respondió mi padre? ¡Menos que usted, señor alcalde, porque yo tengo menos tierras!

¡Qué gracioso!, dijo Delphine, tirando una copa al ir a ponerle una mano en el hombro. No era tonto su padre.

¿Ha venido para la boda?, le preguntó él.

¡He venido a vestir a la novia!

¿A vestirla?

Yo le hice el traje, y siempre hay alguna puntada que dar a última hora, en el Gran Día.

¿Es usted modista?

¡No, qué va! Trabajo en una fábrica... Solo coso algunas cosillas para mí y para mis amigas.

Pues así se ahorrará sus buenos dineros, dijo él.

Sí, pero lo hago porque me divierte, como usted, que toca el acordeón, según me han dicho...

¿Le gusta la música?

Ella descruzó los brazos y los separó, como si estuviera midiendo metro y medio de tela. Con música, suspiró, puedes decirlo todo. ¿Toca regularmente?

Todos los sábados por la noche en el café, salvo cuando hay bodas.

¿En este café?

No; en el nuestro.

¿No vive usted aquí?

Lapraz está a tres kilómetros.

¿Está casado?, preguntó ella mirándolo directamente a los ojos. Los suyos eran de un gris verdoso, de un tono parecido al de la chaqueta que llevaba puesta.

Soy soltero, Delphine, contestó él. Toco en las bodas de los otros hombres.

Yo perdí a mi marido hace cuatro años, dijo ella.

Debía de ser joven todavía.

En un accidente de coche...

¡Qué rápido! Pronunció estas dos palabras con tal determinación, que ella se quedó en silencio. Acarició el pie de la copa y luego se la acercó a los labios y la vació.

¿Le gusta tocar el acordeón, Félix?

Sé de dónde viene la música, respondió él.

QUE IBA A SER UN MAL AÑO había sido evidente para Félix desde la primavera, desde el momento en que empezó el deshielo. Alrededor del pueblo parecía que muchos pastos hubieran sido labrados el otoño anterior, pero no había sido así. En los huertos los frutales crecían sobre el barro, en lugar de hacerlo entre la hierba. Por todas partes, tenía la tierra la apariencia de un animal al que se le estuviera cayendo el pelo. Todo ello se debía a una invasión de topos. Algunos eran de la opinión de que los topos se habían multiplicado de una forma tan catastrófica porque la mayoría de los zorros habían muerto o habían sido cazados el año anterior. Un zorro se come a diario unos treinta o cuarenta topos. Los zorros habían muerto a causa de la rabia, que había llegado a nuestra región desde los lejanos Cárpatos.

Estaba de pie, inmóvil, en la huerta frente a la casa. Sostenía una pala cruzada delante del cuerpo. Llevaba diez minutos en esta posición. Miraba al suelo, justo en donde acababa la puntera de sus botas. No se movía ni un grano de tierra. Un águila ratonera volaba en círculos hacia la montaña. Pero salvo esta, no había nada a la vista

que se moviera. Las hojas de los repollos y las coliflores plantadas en la huerta estaban marchitas y amarillas. Podría haber sacado de la tierra aquellas plantas con una sola mano, con la misma facilidad con que se levanta una palmatoria dejada sobre la mesa. Habían sido separadas de sus raíces.

Cuando vio removerse el terreno, levantó la pala y golpeó con ella el suelo, gruñendo al hincarla en la tierra. Dio un puntapié para retirar la tierra levantada. Allí estaban al descubierto los túneles y el topo culpable, muerto.

¡Uno menos!, se dijo con una sonrisa burlona.

Albertine, la madre de Félix, estaba observando a su hijo —un hombre ya de cuarenta y cuatro años— desde la ventana de la cocina en el momento en que este dejó sin vida al topo golpeándolo con la pala. Le gritó que entrara, porque la comida estaba en la mesa.

Con el sol que está haciendo hoy, dijo ella mientras comían, las patatas no tendrían que estar muy sucias.

No, no deberían, contestó él.

El perro, que estaba bajo la mesa, miró hacia arriba, esperando que le dieran algún hueso o alguna corteza de queso. Era grande y negro con una mancha rubia, como una almendra, encima de cada ojo, lo que le daba un aspecto cómico.

¡Ah, Mick!, dijo Félix; nuestro Mick es un payaso sin circo, ¿verdad?

Si te apetece esta noche haré buñuelos de patata.

¡Con ensalada de col! Se quitó la gorra y se pasó la manga por su acalorada frente. ¿Por qué no?

Años antes, cuando Albertine tenía todavía fuerzas suficientes para trabajar en los campos, solían levantar las patatas juntos. Mientras trabajaban recitaban todas las maneras en que se podían comer las patatas: asadas con su monda, con queso al horno, en ensalada, con grasa de cerdo, puré de patatas con leche, estofadas en la olla de hierro negra, sopa de patatas y puerros y, lo mejor de todo, buñuelos de patata con ensalada de col.

Las patatas, desenterradas esa misma mañana, se habían secado bien al sol sobre el mantillo de los campos. A medida que las recogía con la mano y las echaba a los cubos, Félix las iba clasificando. Las pequeñas para el ganado y el corral, las grandes para la mesa. A veces avanzaba encorvado, y a veces se arrodillaba entre los surcos y se movía de rodillas, como un penitente. Mick, jadeante por el calor, estaba tendido en el suelo, y cada vez que Félix avanzaba, lo acompañaba. Los sacos eran de un plástico fuerte color blanco y habían contenido fertilizantes. Cuando estaban llenos, parecían unos borrachos vestidos con camisas blancas rezando.

De repente, el perro se puso alerta, agachó la cabeza y pegó la nariz a la tierra abierta. Respirando pesadamente, empezó a escarbar con las patas delanteras, esparciendo la tierra detrás de él.

¡Cázalo, Mick, cázalo! Félix se puso en cuclillas para observar al animal. Le alegró tener algo que le distrajera un momento y poder descansar la espalda, que

hacía ya rato que le dolía. El perro continuó escarbando lleno de excitación.

¿Quieres atraparlo, eh Mick?

Por fin, depositó un topo sobre la tierra.

¡Ya lo tienes! ¡No lo dejes escapar!

El perro lanzó el topo al aire. El animalillo de pelo gris, con sus quince centímetros de largo y sus ciento cincuenta gramos de peso, con sus pezuñas semejantes a unas manos minúsculas, con su escasa vista y su agudizado oído, este animalillo, famoso por el tamaño de sus testículos y la extraordinaria cantidad de fluido seminal que puede llegar a producir, pareció por un instante desventurado y solo en el cielo.

¡Rápido, Mick!

De vuelta al suelo, incapaz ya de luchar, el topo empezó a chillar.

¡Cógelo!

El perro se comió el topo.

Sola en la casa, Albertine se preguntó por centésima vez la misma pregunta: ¿qué iba a ser de Félix cuando ella se fuera? Los hombres, pensaba ella, eran fuertes de espaldas, imprudentes y débiles de carácter, combinándose a su manera en cada uno estas cualidades esenciales. Félix necesitaba una mujer que no se aprovechara de su debilidad. Si la mujer era ambiciosa o avariciosa, lo utilizaría y emplearía sus fuertes espaldas y su imprudencia para llevarlo adonde ella quisiera. Pero él ya tenía más de cuarenta años, y la mujer en cuestión no había aparecido.

Estuvo Yvette. Yvette le hubiera puesto los cuernos, como ahora se los ponía al pobre de Robert, con quien terminó casándose. Y estuvo Suzanne. Un domingo por la mañana, poco antes de que Félix se fuera al servicio, lo había visto acariciando a Suzanne en el suelo, detrás de la pizarra de la escuela —¡la misma escuela a la que había ido él de niño—. Se había alejado en cuclillas de la ventana sin molestarlos, pero cuando escribía a su hijo al cuartel, le recordaba repetidamente que las maestras de escuela no saben sentarse en las banquetas de ordeñar. Suzanne dejó el pueblo y se casó con un tendero.

¿Iba a ser peor para su hijo quedarse solo que haberse casado con la mujer equivocada? Esta pregunta hacía que Albertine se sintiera tan desamparada como a veces se había sentido de niña.

Al caer la tarde, Félix vació los sacos llenos de patatas en el pesebre de madera que tenían en la bodega, debajo de la casa. Las patatas recién sacadas de la tierra emanan un calor extraño y en la oscuridad relucen como los hombros de los niños tras un día de sol. Lanzó una mirada crítica al montón: iba a haber muchas menos que el año anterior.

¿Has terminado?, le preguntó Albertine cuando Félix entró en la cocina.

Quedan todavía cuatro ringleras, madre.

Acabo de hacer café... ¡Sal de debajo de la mesa! No eres lo bastante severo con este perro, Félix.

Ha cazado cinco topos esta tarde.

¿Vas a salir esta noche?

Sí. Hay una reunión del Comité de lecheros.

Félix se bebió el café del cuenco que su madre le había acercado y empezó a leer la revista que publicaba el partido comunista para los campesinos y trabajadores agrícolas.

¿Sabes dónde está la campana más grande del mundo, madre?

¡Desde luego no alrededor del cuello de una de nuestras vacas!

Se llama Tsar Kolokol, pesa 196 toneladas y fue fundida en Moscú en 1735.

Esa es una campana que yo nunca voy a oír, dijo ella.

Cuando él entró en el establo para empezar a ordeñar, Albertine sacó el traje del armario que su marido había construido durante su primer invierno de casados, y cepilló los pantalones con la misma energía con la que antaño había cepillado la yegua. Luego, dejando el traje sobre la alta cama de matrimonio, bajo el retrato de su esposo, hizo algo que nunca había hecho en su vida. Se quitó las botas y se tumbó en la cama totalmente vestida.

Oyó entrar a Félix en la cocina; lo escuchó lavarse en el fregadero. Oyó cómo se quitaba los pantalones y se lavaba la entrepierna. Cuando terminó, entró en la habitación.

¿Dónde estás?, preguntó.

Estoy descansando, respondió ella desde la cama.

¿Te pasa algo?

Solo descanso, hijo.

¿Estás enferma, madre?

Ahora me siento mejor.

Lo vio vestirse. Metió las piernas en los pantalones que ella había planchado marcándoles bien la raya. Se puso la camisa blanca de algodón con los puños abotonados, que mostraba su hermosa espalda. Se enfundó la chaqueta: estaba engordando, sin duda. No obstante, seguía siendo guapo. Debería poder encontrar una mujer.

¿Por qué no vas al dentista?, le preguntó. El la miró sorprendido.

Te podría arreglar la boca.

No me duele ninguna muela.

Te podría dejar más guapo.

¡Y también nos podría dejar a los dos más pobres!

Déjame que te vea con la gorra puesta.

Él se la puso.

Eres todavía más guapo que tu padre, dijo ella.

Cuando Félix volvió a la granja aquella noche, se sorprendió al ver un coche con

los faros encendidos aparcado delante de la casa. Entró apresuradamente. El médico del pueblo de al lado estaba en la cocina lavándose las manos en el fregadero. La puerta del Cuarto de Enmedio estaba cerrada.

Si por la mañana no se ha producido ninguna mejoría, tendremos que ingresar a su madre en el hospital, dijo el médico.

Félix miró por la ventana de la cocina a la montaña que tenía enfrente, que, a la luz de la luna, tenía el color gris de los topos; pero a su alrededor no veía lo que había sucedido.

¿Qué le ha pasado?

Llamó por teléfono a sus vecinos.

No querrá ir al hospital.

No hay otra solución, dijo el médico.

¡Tiene razón; lo que cuenta es lo que ella prefiera!, dijo Félix, furioso de repente.

Aquí no la puede cuidar bien usted solo.

Ha vivido aquí durante cincuenta años.

Y si no se anda con cuidado, puede morir aquí.

El médico llevaba gafas, y esto era lo primero que observabas en su persona. Lo miraba todo como si fuera una página que estuviera leyendo. Había llegado al pueblo recién salido de la Facultad de Medicina y lleno de ideales. Para entonces, diez años después, estaba totalmente desilusionado. La gente de la montaña no atiende a razones, se quejaba; la gente de la montaña bebe demasiado, la gente de la montaña no deja de repetir lo que creen que alguna vez oyeron de niños, la gente de la montaña no es capaz de entender una explicación racional, la gente de la montaña obraba como si creyeran que la vida misma fuera una locura.

Beba algo antes de irse, doctor.

¿Está asegurada su madre?

¿De qué la prefiere, de pera o de ciruela?

De ninguna de las dos, gracias.

¿Un poco de genciana? La genciana lo cura todo, doctor.

No, no quiero alcohol, gracias.

¿Cuánto le debo?

Veinte mil francos, dijo el médico, ajustándose las gafas.

Félix sacó el monedero. Ha trabajado todos los días del año durante cincuenta años, pensó, y hoy este curandero miope me pide veinte mil. Sacó dos billetes doblados y los depositó encima de la mesa.

El médico se marchó, y Félix entró en el Cuarto de Enmedio. Estaba tan delgada, que bajo el edredón parecía que no tenía cuerpo. Era como si la hubieran decapitado y hubieran puesto su cabeza sobre la almohada.

Un gesto crispado, como el del hocico de un perro cuando le dan a oler alcohol, erizaba su rostro, y tenía los ojos cerrados. Cuando pasó el espasmo, recuperó su calma habitual, pero estaba más vieja. Envejecía de hora en hora.

Al ver al perro echado en el suelo a los pies de la cama, Félix dudó. Ella insistiría en sacarlo fuera.

¡Ni un solo ruido, Mick!

Se subió a la cama a fin de asegurarse de que la oiría respirar durante la noche. Ella se movió y, volviendo la cabeza en la almohada, pidió agua. Cuando él le dio el vaso, no pudo incorporarse; Félix tuvo que levantarle la cabeza, y parecía que no pesaba nada, que era tan liviana como una lechuga.

Estaban allí los dos acostados, despiertos y sin decirse una palabra.

¿Terminarás mañana con las patatas?, preguntó finalmente su madre.

Sí.

La primavera que viene habrá menos topos, dijo ella. No todos podrán encontrar qué comer para sobrevivir al invierno.

Se reproducen rápidamente, madre.

A la larga, todos estos problemas terminan solucionándose solos, insistió ella; si no es al año que viene, será al otro. Pero tú, tú, hijo mío, siempre recordarás el Año de los Mil Topos.

No, madre; verás como te pones buena.

Al día siguiente, mientras serraba la leña, Félix paraba cada hora y entraba en la casa para asegurarse. Cada vez, tendida en la ancha cama, con los brazos rectos, pegados al cuerpo, ella abría los ojos y le sonreía.

Ella sabía que todo estaba preparado, dispuesto, en el segundo cajón del armario. Su vestido negro con los botones madreperla, el pañuelo negro estampado con gencianas azules, las medias gris oscuro y los zapatos con cordones, que serían más fáciles de poner que las botas. ¿Cuántas veces le había prometido Marie-Louise venir a vestirla si era ella, Albertine, la primera en irse?

Aquella noche, después de que Félix hubiera venido a tumbarse junto a ella, le dijo: hace años, hijo, que no tocas el acordeón.

Ni siquiera sé dónde está.

Está en el granero, dijo ella, tocabas tan bien; no sé por qué lo dejaste.

Fue cuando volví de la mili.

Lo dejaste.

Padre había muerto, y había tanto que hacer.

Echó una mirada al retrato que colgaba encima de la cama. Su padre tenía un gran bigote, unos ojos pequeños, cómicos, y un cuello robusto. Cuando tenía sed, solía darse un golpe en el cuello, como si fuera un barril.

¿Tocarás algo para mí?, le pidió Albertine.

¿Con el acordeón?

Sí.

Después de tanto tiempo no conseguiré sacarle una sola nota.

Inténtalo.

Él se encogió de hombros, tomó la linterna colgada de un clavo en la pared y

salió. Cuando volvió, sacó el acordeón de su estuche, se pasó una correa por encima del hombro y, metiendo la muñeca bajo la otra, empezó a sacarle el aire. Sonaba.

¿Qué quieres que toque?

«Dans tes Montagnes».

Las dos voces del acordeón, tiernas como flores recién abiertas, llenaban la habitación. Albertine tenía toda la atención puesta en él. El cuerpo de su hijo se balanceaba lentamente al son de la música. Nunca ha sido capaz de decidirse, pensó ella; es como si no se diera cuenta de que esta es la única vida. Yo debería saberlo, porque le di a luz. Y luego, transportada por la música, vio sus vacas en los pastos y a Félix aprendiendo a caminar.

Cuando Félix dejó de tocar, Albertine estaba dormida.

Los vecinos vinieron a visitarla y le trajeron peras, vino de nuez y una tarta de manzana. Albertine les repetía que solo necesitaba agua. Dejó de comer. Cogía todos los mensajes que querían darle, rezaba con ellos por todo lo que ellos creían necesitar, los bendecía, pero no aceptaba ni piedad ni competencia. Sería la siguiente en irse.

Al más viejo de los hombres, le susurró: intenta encontrarle una mujer.

No es como en nuestros tiempos. Hoy ya nadie quiere casarse con un campesino.

Me alegra que digas eso, dijo ella.

No estoy diciendo que Félix no hubiera podido casarse, respondió Anselme, con cierta pedantería. Solo digo que las mujeres de su generación se casaron con hombres de la ciudad.

Me aterra la idea de dejarlo solo.

¡Yo llevo veinte años solo! Ya hace veinte años que murió Claire, y no puedo decir que esté tan mal estar solo. Se le escapó una risita.

De repente, Albertine bajó la cabeza para indicarle que ahora le tocaba darle un beso mientras ella rezaba. Obediente, Anselme la besó en la coronilla.

Tanto se había debilitado y tan delgada estaba, que Félix temía asfixiarla sin darse cuenta mientras dormía. Una noche se despertó sobresaltado. Escuchó para ver si seguía respirando. Su respiración era tan débil como una de esas brisillas intermitentes que ondulan el heno poco antes de la siega. A través del encaje de los visillos veía los ciruelos injertados por su padre. Al descender hacia el Oeste, la luz de la luna se reflejaba en el espejo colgado sobre la jofaina.

En el sueño volvía a ser un recluta. Iba caminando por una carretera tocando el acordeón. Tras él caminaba un hombre que llevaba una oveja. Era él, Félix, quien había robado aquella oveja o, mejor dicho, se la había dado una mujer a condición de que... y él la había cogido a sabiendas...

El sueño se fue haciendo cada vez más vago hasta que, ya despierto, vio otra cosa. Vio a la Muerte aproximarse a la granja. O, más bien, vio cómo oscilaba de un



lado al otro la linterna de la Muerte conforme esta cruzaba con paso pausado el lindero del bosque, allí donde las hayas tienen en octubre el color de las llamas; la vio descender la pendiente del pasto grande, el que estaba siempre encharcado por abajo; vio cómo pasaba bajo el tilo que se plagaba de avispa en agosto, cómo saltaba sobre las rodadas de la antigua carretera de St. Denis, seguía por entre los cerezos — aquellos contra los que cada julio su madre le pedía que apoyara la escalera larga—, dejaba a un lado el canalón de la conducción del agua, en donde el manantial nunca se helaba, y la pila del estiércol a la que solía tirar él las placentas cuando nacían nuevas terneras, y, finalmente, atravesaba el establo y entraba en la cocina. Cuando la Muerte llegó al Cuarto de Enmedio —en donde los chorizos ahumados colgaban del techo encima de la cama— vio que lo que había tomado por una linterna era un blanco copo de escarcha. El copo cayó flotando sobre la cama.

De repente, Albertine se sentó en la cama y dijo: alcánzame el vestido; es hora de que me vaya.

Al día siguiente del entierro, cuando fue a llevar la leche a la central, sorprendió a todo el mundo con su buen humor.

¿Has trabajado alguna vez de carnicero?, le preguntó a Philippe, el quesero. ¿No? Pues tendrás que seguir un curso por correspondencia ¡y con dibujos! El año que viene no habrá heno, ni vacas, ni leche, ni primas por la nata, ni multas por poca higiene... Estaremos todos dedicados al negocio de la piel de topo. A eso tendremos que dedicarnos...

La ausencia de un ser querido que acaba de morir es tan precisa como lo fue antes su presencia. La ausencia de Albertine era delgada, con manos artríticas y un largo cabello gris recogido en un moño. Los ojos de su ausencia necesitaban gafas para leer. Durante su vida, habían sido muchas las vacas que la habían pisado. Todos y cada uno de los dedos de sus pies habían sido aplastados por una vaca u otra en diferentes momentos, y, así, las uñas le crecían deformes en todos ellos. Los pies de su ausencia tenían unas uñas irregulares y amarillentas como los cuernos de un animal. Las piernas de su ausencia eran tan suaves como las de una joven.

Todas las noches se comía la sopa que él mismo se había preparado, cortaba las rebanadas de pan, leía la edición para campesinos y obreros agrícolas del periódico del Partido Comunista y se fumaba un cigarrillo. Realizaba todos estos actos aferrado a su ausencia. Conforme avanzaba la noche y en el establo empezaban las vacas a echarse sobre sus lechos de paja y hojas de haya, el calor de su cuerpo se impregnaba con la ausencia de la madre, de tal forma que se convertía en su propia pena.

El Día de Difuntos compró unos crisantemos, blancos, del color de las plumas de las ocas, y no puso el jarrón con las flores junto a la sepultura en el cementerio, sino sobre el mármol de la cómoda en el Cuarto de Enmedio, junto a la gran cama vacía.

Una semana más tarde empezó a nevar. Los niños salían gritando de la escuela, impacientes por hacer muñecos de nieve y construir iglús. Cuando Félix fue a llevar la leche a la central, repitió lo mismo que decía Albertine cada año cuando caían las primeras nieves:

¡Ojalá nieve mucho esta noche! ¡Ojalá la capa de nieve sea tan alta que nuestras gallinas puedan picotear las estrellas!

Se quedó mirando la blanca montaña desde la ventana de la cocina. Mick lamía un plato en el suelo.

¡Qué largo es el invierno! Sería mejor si pudiéramos dormir.

El perro levantó los ojos hacia él.

¿Quién crees tú que va a ganar las elecciones? La misma banda de siempre, ¿eh?

El perro empezó a menear la cola.

¿Qué cosa que fabrican en Béthune te gusta a ti mucho? ¿Lo sabes, Mick?

Félix atravesó la cocina a grandes zancadas y se acercó a la inmensa alacena. Para sacar algo del estante superior había que subirse a una silla. Las puertas, de cristal con pequeños bastidores biselados, eran lo bastante grandes como para que una vaca pudiera pasar por ellas.

¿Conque no sabes lo que fabrican en Béthune, Mick? Del estante inferior sacó un paquete de azúcar.

¡Azúcar, Mick! ¡Azúcar es lo que fabrican en Béthune!

Bruscamente, lanzó dos terrones al perro. Tres más. Seis. Luego vació todo el paquete. Cincuenta terrones de azúcar cayeron al suelo levantando una nube de polvo.

¡Azúcar en Béthune! ¡Leche aquí! Gritó estas palabras con tal violencia, que el perro corrió a esconderse bajo la mesa.

Un día de enero se dio cuenta de que las tablas del suelo, en lugar de tener el color del pan, se habían puesto grises como la pizarra. Sacó el perro afuera, llenó el fogón con leña, se quitó las botas y los pantalones y empezó a fregar de rodillas. Lo había dejado durante demasiado tiempo, y la porquería se había incrustado. Rechinó los dientes; llenó el cubo una y otra vez con el agua que había puesto a calentar en una olla inmensa sobre el fogón. Poco a poco las tablas fueron tomando otro color.

Cuanto más frotaba, más le parecía que la infinidad de veces que aquel suelo había sido fregado no constituían sino un solo instante en una eternidad de polvo y abandono. Estiró la espalda y levantó la vista hacia la alacena. En el estante superior guardaban la mejor loza, decorada con ramilletes y guirnaldas de flores: violetas, nomeolvides, madreselvas. La forma en que estaban pintadas las flores en el borde de las bandejas, en el centro de los platos, en los laterales de las tazas, le hacía pensar en orejas, bocas, ojos, pechos.

Se puso los pantalones y las botas, fue extendiendo hojas de periódico y pasando

de una a otra llegó a la puerta. Fuera caía una nieve gris. Entró en el establo tambaleándose como un borracho y allí, apoyando la cabeza en las caderas de una de sus vacas, vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago.

Unos días después pegó a la vaca Myrtille. Myrtille tenía la mala costumbre de embestir a la vaca que tenía a su lado. Por lo general, bastaba con que le enseñara un palo para detenerla. Los ojos insolentes y tranquilos de la vaca le lanzaban una mirada furiosa, y él blandía el palo en el aire y decía: ¡aquí tienes el arco del violín! ¿Es suficiente o quieres música?

Aquella tarde había olvidado el palo, y Myrtille lo tiró de la banqueta cuando estaba preparando las ubres de la vaca vecina para ponerle la ordeñadora mecánica. Agarrando un rastrillo, empezó a golpearla con el mango en las caderas. La vaca bajó la cabeza, y él la golpeó con más fuerza. Ahora le pegaba porque ella le había obligado a hacerlo. La vaca se tendió, y él continuó pegándole, furioso porque sabía que no podía parar de maltratarla.

¡Por Dios!, escupió las palabras como si estuviera escupiendo sus propios dientes mellados. ¡Nada! ¡Nadie!

Cada golpe que asestaba a la vaca repercutía en sus hombros. Entonces el mango del rastrillo se partió.

Le pareció que el animal nunca lo perdonaría.

Hacia finales de marzo, el espeso edredón de nieve que cubría el tejado de la casa empezó a deslizarse unos cuantos centímetros cada día. Poco tiempo después, el grueso alero de nieve que sobresalía del tejado se resquebrajó y cayó al suelo en mil pedazos. En la bodega, pese a la oscuridad y al grosor de sus muros, las patatas empezaron a echar brotes violetas. La fuerza de estos brotes es tal que atraviesan la lona o la arpillera como si fueran finas como el aire.

Una semana antes, el médico le había preguntado: ¿sigues vomitando? ¿Quieres más pastillas?

Félix había contestado: no, doctor..., lo que necesito es otro par de manos. ¿Me puede hacer una receta para eso? Lo mejor es que fueran manos de mujer, pero también aceptaría las de un hombre o incluso las de un muchacho.

Esto confirmó una de aquellas tesis de sobremesa que más le gustaba sostener al médico, es decir, que la escasez de mujeres en el valle —los mejores hombres se habían ido, y las mujeres los habían seguido— había conducido a la homosexualidad e incluso al bestialismo a los idiotas que se habían quedado.

En veinticuatro horas una vaca bien alimentada produce una carretilla de estiércol. El invierno había durado ciento cincuenta días, y Félix tenía diecisiete vacas. Se acordó de cuando todo el estiércol acumulado durante el invierno tenía que ser cargado a golpes de horca en el carro, arrastrado por el caballo y descargado luego

en montones, para extenderlo, también con la horca, sobre los campos. Ahora tenía una pala y una esparcidora mecánicas. Y ahora estaba solo.

Albertine había estado en lo cierto: había menos topes. Debían de haber muerto muchos al comerse los más fuertes a los más débiles en su lucha por la supervivencia. Todavía helaba por las mañanas cuando arrancaba el tractor. A mediodía, en la ladera, sudaba trabajando con la esparcidora. Aquel año se negó a quitarse el chaleco de borrego. Si se resfriaba y caía enfermo, no habría quien ordeñara sus vacas. Su soledad tenía extrañas ramificaciones. Los pantalones apelmazados por el estiércol no dejaban de oler hasta que él mismo los metía en la lavadora. A veces, la soledad de la casa tenía el olor acre de la bosta de las vacas.

Todas las noches, sentado a la mesa bajo el reloj, que iba siempre media hora adelantado a fin de no llegar tarde con la leche a la central, decidía lo que haría al día siguiente. Cagar hasta el domingo, Mick. ¿O cortaremos un poco de leña?

Durante el invierno había sido cuestión de matar el tiempo. Ahora el tiempo había resucitado. Se olvidaba de las cosas más obvias. Echaba de comer a las gallinas y se olvidaba de recoger los huevos. No había ido al gallinero a buscar los huevos desde que tenía siete años y su padre se fue por segunda vez. La primera vez, su padre se marchó para ir a cumplir el servicio militar; la segunda fue cuando partió a París para ganar el dinero necesario para retejar la casa; le llevó cuatro inviernos reunirlos.

¿Cuántas veces había oído a su padre repetir la historia de cuando hizo la mili? ¡Soldado Berthier! ¿Por qué no obedeció las órdenes que se le dieron? Respuesta de su padre: uno me ordena una cosa, otro me ordena otra, ¿cuál es la que tengo que hacer? ¡Díganme claramente qué quieren que haga y lo haré! ¡Soldado Berthier! ¡Limpie la cantina! Uno me ordena una cosa, otro me ordena otra... A cada orden, su padre contestaba del mismo modo. ¡Soldado Berthier! ¿Tiene buena puntería? Díganme claramente qué quieren que haga y lo haré. ¡La Compañía necesita un buen tirador, Berthier! Lo sacaron y le dieron un rifle y cinco balas. Hizo cinco blancos. Durante lo que le quedaba de servicio militar lo declararon exento de faenas. Todo lo que tenía que hacer era ir de vez en cuando al campo de tiro a disparar en las competiciones del regimiento. Cuando su padre terminaba de contar la historia, siempre añadía: en esta vida, Felo, hay que ser listo.

En abril plantó las patatas. Aquel año en abril hacía el mismo calor que suele hacer en junio. Avanzando lentamente por el surco, dejaba caer una patata entre sus piernas cada veinte centímetros. A veces la patata caía mal, y tenía que agacharse a colocarla.

Las hay que saben adonde van, Mick, y las hay que tiene que ser llevadas a su sitio.

Iban escogiendo con los ojos el lugar exacto entre los terrones en donde esperaba que cayera cada patata. Si no hacía esto, caía fuera.

Plantada la última patata, subió hacia la casa. Era casi mediodía. De repente se detuvo. Un enjambre de abejas volaba por encima del tejado hacia el Norte, alejándose del sol.

Entró apresuradamente en la cocina y volvió a salir con una gran olla y un cucharón de metal. Atravesó el huerto corriendo y golpeando la olla con el cucharón. Mick iba pegado a sus talones, ladrando. Cuando estuvo por delante del enjambre, golpeó la olla con más fuerza, levantándola al mismo tiempo de forma que al darle el sol deslumbrara como un espejo. El enjambre, como llevado por una sola voluntad, fue derecho hasta el ciruelo más cercano y se posó en una de sus ramas.

Ahora ya no tenía que apresurarse. Encontró un colmena vacía y la frotó con hojas de ciruelo. Fue al cobertizo a buscar una sierra. Cortó la rama en la que se habían posado las abejas y la llevó hasta la colmena. Una vez allí y con ayuda de un tablón sacudió la rama con un golpe seco, y el enjambre se desprendió como un peluca.

Si la reina está entre ellas, se quedarán. Si no, se irán mañana.

Fue entonces cuando oyó la voz de su madre llamándolo por su nombre. El zumbido de las abejas dio vida a su voz, y al mismo tiempo la acallaba. La voz continuó llamándolo, como si la soledad de sus días estuviera ahora en su propio nombre.

Como si fueran carretillas, cada estación carga a los hombres y luego los conduce a hacer sus faenas. Félix labró el campo de la alfalfa. Un día, cuando tenía doce años, estando en este mismo campo, su padre le había preguntado:

¿Quieres venir a cazar conmigo?

Subieron juntos hasta el bosque que se extiende a los pies de Peniel.

Esperaremos aquí, Felo, sin hacer nada. Cierra el pico y ten los ojos bien abiertos.

Su padre cortó unas ramas de haya y las colocó delante de ellos, como una pantalla. Las hojas de haya, recién abiertas, estaban tan tiernas como las hojas de las lechugas. Esperaron detrás de la pantalla durante un rato que a Félix le pareció una eternidad. Uno a uno, empezaron a dolerle todos los huesos del cuerpo, porque no se atrevía a mover ni un dedo. Su padre estaba sentado con la escopeta entre las rodillas, tan tranquilo como si estuviera escuchando música. A veinte metros, tras un abeto, apareció un jabalí, dudó y luego pasó por delante de ellos, confiado como el cliente habitual en el café. El padre disparó. El jabalí cayó desplomado, como si hubiera sido inexplicablemente vencido por el sueño.

¿Sabes lo que es importante en esta vida, Felo?

No, papá.

Tener buena salud. ¿Y qué es lo que te da la buena salud? Te da un buen pulso.

El padre apoyó una de sus botas contra el animal.

¡Guárdalo!, dijo y desapareció camino abajo en dirección al pueblo. Félix se sentó

en cuclillas al lado del jabalí muerto, que tenía sus diminutos ojos abiertos. El padre volvió con una narria cruzada a la espalda, jadeando pesadamente, pero con una abierta sonrisa. Juntos ataron el cuerpo muerto del animal a la narria; pesaba sus buenos ciento cincuenta kilos. Entonces emprendieron el difícil camino de vuelta a casa.

El padre Berthier se colocó entre los tirantes de madera de la narria en la posición de un caballo que tuviera solo dos piernas. De esta forma podía tirar cuando los patines de la narria encontraban un obstáculo o cuando la pendiente no era lo bastante inclinada; y de esta forma también, si iban demasiado deprisa sobre el barro o sobre la resbaladiza hierba nueva, podía frenar hundiendo los talones y levantando la parte delantera del trineo, de manera que al cargar el peso en la parte posterior, esta se hincaba más en la tierra. Félix lo seguía, tirando de una sogá para reducir la velocidad, pero, en realidad, arrastrado cada vez más y más deprisa. Un paso en falso de su padre, y la narria y el jabalí le embestirían en la cara y luego lo aplastarían.

¡Su último viaje, Felo!

¡No tan deprisa, papá!

El chico llevaba la escopeta del padre colgada a la espalda.

Cuando llegaron abajo, junto a la carretera que pasa por delante del café, se pararon para descansar un poco las piernas.

Duelen las rodillas, ¿no?

No estoy cansado, mintió el muchacho.

¡Ya eres un hombre!

Sobre la hierba del ribazo, a lo largo de la carretera, la narria se deslizaba con suavidad. El chico soltó la sogá y se puso la escopeta bajo el brazo, como si fuera un cazador.

Se encontraron con Louis, quien, incluso borracho como una cuba, era capaz de discutir con un político.

¿Cazando en mayo?, preguntó Louis.

¡No es una gacela!, respondió el padre.

En tu caso, yo lo escondería en seguida. ¿Cuántos tiros?

Uno. Un solo tiro. Aquí, Felo, va a ser un buen cazador. Tiene el pulso firme como una roca.

Y Félix, aunque sabía la razón por la cual su padre, más astuto que nunca, había inventado aquella historia, se llenó de orgullo.

Cuando volvieron a casa y el jabalí hubo sido debidamente escondido en la bodega, su padre le dijo: ya es hora de que aprendas a usar una escopeta; te buscaré una. ¿Qué dices a eso?

Preferiría un acordeón, respondió Félix.

¡Un acordeón! ¡Ah! ¿Quieres seducir a las chicas, eh?

Algunos meses después, una noche, cuando estaba ya en la cama, Félix oyó a su padre entrar en la cocina, gritando con aquel soniquete que ponía cuando había

bebido un poco más de la cuenta. Había otros hombres con él, y se reían. Luego se hizo el silencio, y, de repente, se oyeron unos torpes compases de acordeón. Lo he conseguido para Felo, oyó que decía su padre, se lo he sacado a Valentine. Se alegró de poder deshacerse de él; ahora que Emile ha muerto ¿qué iba a hacer ella con el acordeón? ¡Pobre Emile!, dijo otra voz. A ella nunca le gustó que tocara, dijo un tercer hombre, se iba de la habitación en cuanto Emile lo cogía. ¿Por qué? Tenía celos, eso es lo que tenía la buena de Valentine, y Emile se los estimulaba. ¡Le gustaba ponerla celosa! ¿Sabéis qué nombre le puso al acordeón? ¿Sabéis cómo lo llamaba? ¡Lo llamaba Caroline! Ven y siéntate en mis rodillas, Caroline, solía decir, ven que te haga unos mimos. ¡Todos los hombres sois iguales! Félix oyó protestar a su madre. ¡Ven a sentarte en mis rodillas, Albertine!, vociferó su padre, ¡ven que te dé un achuchón! Pulsó los botones de los bajos, y el instrumento mugió como un toro. ¡Vas a despertar a Félix! ¡Lo vas a despertar!

Era un acordeón diatónico, con doce botones para los bajos en el lado izquierdo, fabricado por F. Dedents en los años veinte. Las teclas eran nacaradas; los laterales, azules con flores amarillas; y las lengüetas eran de metal y cuero. Aprendió a tocarlo sentado, apoyando el teclado, que tocaba con la mano derecha, en el muslo izquierdo y abriendo el acordeón como una cascada que caía hacia el suelo por el lado izquierdo de la silla. Una cascada de sonido.

A finales de mayo, la hierba crece a ojos vistas. Un día es como una alfombra, y al siguiente te llega a las pantorrillas. Siégala, solía decir Albertine, que me va a hacer cosquillas en el coño.

En el establo de Félix, las vacas olían la hierba nueva. Seguían con sus ojos tranquilos e insolentes a las dos golondrinas que construían un nido en la viga situada sobre la cuadra del caballo, vacía desde la compra del tractor. Observaban los rectángulos de luz reflejados en el muro que daba al Norte, que había estado en la sombra durante todo el invierno. Estaban intranquilas. Mugían llamando a Félix antes de que llegara la hora del ordeño. No se comían tranquilamente las croquetas de pienso que les ponía al ordeñarlas. Cuando se lamían unas a otras con sus inmensas lenguas, lo hacían con tal frenesí, que parecía que la sal que gustaban fuera un sustituto de toda la hierba que crecía fuera.

¿Quieren salir, eh? No necesitan un calendario para saberlo, y les importa un comino saber en qué año estamos. Mañana las sacaremos; mañana, cuando se seque la hierba.

A la mañana siguiente, Félix soltó las cadenas de las vacas y abrió la gran puerta del establo.

Myrtille se volvió hacia la luz repentina y sintió que tenía el cuello libre de ataduras. Entonces se dirigió, tambaleándose como una convaleciente, hacia la puerta. Una vez fuera, alzó la cabeza, mugió y se lanzó al trote hacia la hierba que

veía en la pradera ante ella. Con cada paso volvía a recuperar las fuerzas.

¡Cuidado que no se escape, Mick!

El perro saltó tras la vaca y le ladró a las patas delanteras. La vaca se detuvo: con el cuello estirado, tenso y recto, y las orejas levantadas como si fueran un segundo par de cuernos, se quedó mirando con sus imperturbables ojos, a través de los rayos del sol, a la pradera. Inmóvil, formando con el hocico, el cuello, las caderas y la cola una línea recta, parecía la primera estatua que se hubiera hecho nunca de una vaca. Las otras vacas salían empujándose, de tres en tres, por las puertas del establo.

¡Despacio, por Dios! Hay para todas. ¡Vuelve, Princesse!

Bajaron en tropel la cuesta en dirección a Myrtille. Mick vio que todo el rebaño se abalanzaba hacia él. Con la boca abierta, sin soltar un ladrido, sin un quejido, se deslizó a un lado del camino justo en el instante en que las vacas pasaron con gran estruendo y, triunfantes, arrastraron a Myrtille hasta el prado. En cuanto sintieron la hierba bajo las pezuñas, terminó su estampida. Algunas lanzaron al aire sus patas traseras. Dos de ellas enredaron sus cuernos y se empujaron la una a la otra con todo su peso. Algunas giraban lentamente, escuchando. Los torrentes que bajaban de las montañas, encima del pueblo, rebosantes de espuma por toda la nieve que se había fundido, charlotteaban como los locos. Cantaba el cuco. Prados enteros cambiaban de repente del verde al amarillo pálido de la mantequilla, al abrirse los pétalos de los dientes de león, que habían estado cerrados durante la noche.

Princesse montó a Mireille: cuando una vaca está en celo, a veces hace de toro.

¡Bájala!

Mireille, con Princesse sobre su espalda, miraba hacia las montañas. El sol penetraba hasta la médula misma de sus huesos. Al acercarse el perro, Princesse se dejó caer suavemente por la espalda de Mireille, y el viento del Noroeste, que venía de allende las montañas, agitó el pelo entre los cuernos de ambas.

Félix colocó la alambrada en la entrada al prado, la conectó a la corriente y, arrancando un tallo de cicuta, lo aproximó a la alambrada. Un segundo después, su mano dio un respingo, como un pájaro asustado. Volvió despacio a la casa, parándose dos veces a mirar atrás para ver la alegría de las vacas.

Llamó al inseminador para pedirle que pasara a inseminar a Princesse y le dio el código de la última inseminación de la vaca.

Al segar el heno siempre hay que hacer una apuesta. Cuanto antes esté en el granero, mejor. Pero ha de estar totalmente seco, pues de no ser así fermentará. En el peor de los casos, el heno húmedo podría prender fuego a la casa; así lo dice la tradición. Si no corres el riesgo, nunca segarás el heno en su momento. Y, en el mejor de los casos, te quedarás con algo que es más paja que heno. Conque, impaciente, apuestas a que el sol dure y no estalle una tormenta. No somos nosotros quienes segamos el heno, repetía Albertine cada año, es el sol el que lo hace.



Esta lotería hacía que la siega del heno se convirtiera en una fiesta. Cada vez que ganaban la apuesta, habían conseguido engañar al cielo. A veces ganaban por minutos, y en el momento en que el caballo arrastraba hasta el pajar la última carretada del heno segado dos días antes, empezaban a caer las primeras gotas. La prisa, las mujeres y los niños en los campos, el sudor lavado con agua de los arroyos, la sed saciada con café y sidra, el poder saltar desde una altura de quince pies en el pajar para caer deliciosamente ileso sobre el heno, el propio heno que él sabía desenredar y peinar, el pajar tan alto como la iglesia, que se iba llenando poco a poco, hasta que, subido a los montones, su cabeza tocaba con el tejado, la cena en la cocina abarrotada luego: todo ello había hecho de la siega del heno una fiesta durante la primera mitad de su vida.

Hoy estaba solo, solo para decidir los riesgos, solo para segar el heno, para esparcirlo, voltearlo, engavillarlo, solo para cargarlo, transportarlo, descargarlo, almacenarlo en el granero y nivelarlo, solo para calmar su sed, para preparar su propia cena. Con la ayuda de las nuevas máquinas no tenía que trabajar más que en la primera mitad de su vida; la diferencia ahora es que estaba definitivamente solo.

Había segado la mitad de la hierba en lo que su padre siempre llamaba el Prado de la Abuela. Estaba en la ladera que había encima del tilo. El heno ya había sido volteado, pero todavía necesitaba una buena hora de sol. Hacía calor; el aire estaba bochornoso: el tiempo favorito de los tábanos. Estudió el cielo, como si fuera un reloj que pudiera decirle a cuántas horas de distancia se encontraba la tormenta. Luego se inclinó a coger un puñado de heno y, frotándolo entre los dedos, comprobó si estaba seco. Quedaban por entrar cuatro cargas. Decidió esperar media hora antes de empezar a engavillarlo. Apagó el motor del tractor y caminó hacia el borde del prado, en donde un bosquecillo de fresnos formaba una pequeña zona de sombra. Allí se tumbó y se echó la gorra sobre los ojos. Intentó recordar el frío del invierno, pero no pudo. Creyó oír un trueno a lo lejos y se puso en pie de un salto.

Es hora de entrarlo, Felo.

Caminó hacia el tractor por la orilla de la mitad del prado que aún no había segado, en donde la hierba estaba todavía verde y las flores no habían perdido el color. El *compagnon rouge*, que tiene el color carmín de las barras de labios. Las minúsculas arvejas esparcidas como estrellas de leche cremosa. La campanilla, malva, cabizbaja. Los acianos, con su color azul intenso, que curan la conjuntivitis y tienen el cáliz entrecruzado de encaje negro, como el de las medias de las bailarinas. Conforme las iba viendo, las cogía. La hierba de San Benito, amarilla como un fular. La oreja de gato, con su fuerte cabello rubio recortado. La fragante orquídea, roja como el pene de un cerdo. Empezó a cogerlas todas, rápida, indiscriminadamente, para hacer un ramo, el primero desde que dejó la escuela.

Es hora de entrarlo, Felo.

Condujo el tractor hasta la casa, desenganchó la esparcidora y enganchó la engavilladora. Puso las flores en un tarro de mermelada vacío y lo llenó de agua en el

grifo de la cocina.

La tormenta estalló cuando estaba entrando la última carga.

¡Nos hemos salvado por los pelos, Mick!

Estaba en el pajar, desnudo de cintura para arriba. Su estómago y su espalda, raramente expuestos al aire, estaban pálidos como los de un niño. Si lo mirabas, pensabas en un padre tal como lo vería su hijo. Tal vez porque su carne parecía al mismo tiempo la de un hombre y la de un niño.

Cuando terminó de descargar el remolque, era la hora de ordeñar. Salió a la lluvia. Podía sentir cómo le refrescaba la sangre. Le corría por la espalda y le entraba por los pantalones. Se puso una camiseta y una camisa de cuadros, se echó la gorra azul sobre el cabello mojado, encendió el motor de la ordeñadora y entró en el establo. Dejó la puerta abierta, porque había poca luz dentro, y todavía le escocían los ojos por el polvo del heno.

Terminado el ordeño, entró en la cocina. Había cerrado los postigos, como Albertine insistía siempre en que se hiciera en verano para mantener fresca la habitación. La luz del atardecer se filtraba entre los listones. Sobre el alféizar de la ventana estaba el ramo de flores que había cogido. Al verlo se paró en seco. Se las quedó mirando como si fueran un fantasma. Una vaca orinó en el establo; en la cocina la quietud y el silencio eran totales.

Sacó una silla de debajo de la mesa, se sentó y se puso a llorar. Con el llanto, iba inclinando la cabeza hacia delante hasta que tocó con la frente el hule. Es extraño cómo los animales reconocen los sonidos del dolor. El perro se acercó por detrás y, levantándose sobre sus patas traseras, apoyó las delanteras en las paletillas del hombre.

Lloró por todo lo que no podía volver a suceder. Lloró por su madre haciendo buñuelos de patata. Lloró por ella podando los rosales del jardín. Lloró por su padre gritando. Lloró por el trineo que tenía de niño. Lloró por el triángulo de vello entre las piernas de Suzanne, la maestra. Lloró por el olor de una mujer planchando sábanas. Lloró por el puchero de mermelada borboteando sobre el fogón. Lloró porque no podía dejar la granja ni un solo día. Lloró por la granja, en la que no había niños. Lloró por el sonido de la lluvia cayendo sobre las hojas de rubarbo y por su padre vociferando: ¡escucha eso! Eso es lo que echas de menos cuando te vas durante meses a trabajar fuera, y cuando vuelves en la primavera y oyes ese sonido te dices: ¡gracias a Dios, ya estoy en casa! Lloró por el heno que quedaba por segar todavía. Lloró por los cuarenta y cuatro años que habían pasado y lloró por él mismo.

En julio los atardeceres parecen no tener fin. Cuando Félix, con las botas cubiertas de paja y la cara manchada por las lágrimas, se dirigía a la central con las lecheras, se divisaban kilómetros y kilómetros al otro lado del valle, hacia las montañas. La mayoría de los prados ya habían sido segados. Como él estaba solo, siempre era el último en terminar la siega. Pasado el calor, la tierra afeitada yacía como en trance a la espera de las liebres y de las parejas de novios. Conducía más

deprisa de lo acostumbrado, cogiendo las curvas en diagonal. Los neumáticos chirriaron cuando frenó. Ya había allí otros cinco coches. Abrió la puerta de una patada, como si quisiera echarla abajo. El quesero y los otros campesinos que habían ido a llevar la leche lo miraron con sorna. Vertió el contenido de la primera lechera en la tinaja colocada sobre la balanza, sin siquiera echar un vistazo al peso. Y cuando vació la tinaja en el tanque, lo hizo con tal furia, que borró la sonrisa de las caras de los otros. La leche salpicó el techo de madera. Del mismo modo vació la segunda lechera.

¿Todo bien por casa, Félix?

Nada, nadie de quien quejarme.

¿Un tinto? Albert, el viejo, tomó una botella del estante colgado sobre el fregadero. Félix rechazó la invitación y se fue.

¡Por Dios!, murmuró uno de los hombres meneando la cabeza.

En uno o dos años, dijo Albert, empezará a beber. Los hombres no están hechos para vivir solos. Las mujeres son más fuertes; no sé cómo lo hacen, pero se funden con las estaciones, con el tiempo.

¡Encuétrale una mujer!

Nunca se casará.

¿Por qué dices eso?

Demasiado tarde.

Nunca es demasiado tarde.

Para fundar un hogar con una mujer, sí; es demasiado tarde.

Sería un buen marido.

Es una cuestión de confianza, insistió Albert.

¿Confianza en quién?

Después de los cuarenta ningún hombre se fía lo suficiente de una mujer.

Depende de la mujer.

Cualquier mujer.

¡Por Dios!

Suponte que encuentra una solterona; pues se dirá: algún problema debe de haber cuando nadie más la ha querido. Suponte que encuentra una divorciada; entonces se dirá: si no lo hizo bien con otro hombre, lo mismo puede pasarle conmigo. Suponte que encuentra una viuda: ya ha sido esposa una vez, se dirá, ¡lo que quiere es mi granja! Con la edad todos nos volvemos un poco más mezquinos.

¿Y qué si encuentra a una joven soltera?

¡Ay!, mi buen Hervé, dices eso porque todavía eres joven. Si Félix encuentra una virgen...

¡Una virgen!

¡Da igual! Suponte que encuentra una joven; se dirá —y, ¿quién sabe?, tal vez con razón—, entonces se dirá: dentro de un año me estará poniendo los cuernos, seguro, tan seguro como que el día sigue a la noche...

Los hombres se rieron; Albert pasó un vaso de vino, y todos miraron distraídos el líquido blanco que hervía en el tanque de cobre, el líquido blanco que solo empieza a manar después del nacimiento. Fuera oscurecía casi imperceptiblemente, y las primeras estrellas eran como el sueño en los ojos del cielo.

De vuelta a su cocina, Félix leía el periódico del Partido Comunista para campesinos y obreros agrícolas.

¿Sabes dónde está la campana más grande del mundo, madre?

¡Desde luego no alrededor del cuello de una de nuestras vacas!

Se llama Zar Kolokol, pesa 196 toneladas y fue fundida en Moscú, en 1735.

Esa es una campana que yo nunca voy a oír, dijo ella.

De repente se levantó de la mesa y, cruzando la habitación de suelo de madera, entró en el Cuarto de Enmedio. Sacó el acordeón de debajo de la cama, abrió el estuche y volvió a la cocina con el instrumento en los brazos. Ya no había luz suficiente para leer, pero no la encendió. En su lugar, abrió la puerta que comunicaba con el establo y penetró en la oscuridad de este. Buscó a tientas con el pie la banqueta de ordeñar y se sentó en ella. Myrtille lo miró, otra vaca mugió. Y en el establo, a unos metros de la reguera llena con los excrementos verduzcos de las vacas, empezó a tocar. El aire, cálido con el calor de los animales que habían pasado el día al sol, olía fuertemente a ajo, pues el ajo silvestre crece en el prado junto a la carretera vieja de St. Denis, en donde habían estado pastando. El instrumento aspiraba este aire, y sus dos voces despedían el mismo olor. Tocó una gavota con un compás cuádruple. Gavota, que viene de *gavot*, que significa habitante de las montañas, que significa bocio, que significa garganta, que significa llanto.

La mayoría de las vacas estaban acostadas. Al principio volvieron la cabeza hacia la música, y las que estaban más próximas levantaron las orejas, curiosas, pero en seguida descubrieron que la música no representaba nada más que música, y las bajaron y volvieron a reposar la cabeza en sus propios flancos o en el espaldar de sus vecinas. Una de las golondrinas revoloteó alrededor como un murciélago, menos fácil de tranquilizar que las vacas. Félix tocaba con la vista puesta en la ventanita situada junto a la puerta. Las estrellas ya no eran como el sueño en el rabillo del ojo del cielo, sino que eran como remaches; tenía la cabeza rígida, solo su cuerpo se movía con la música.

Ahora tocaba «Le Jeune Marchois», una quejumbrosa marcha nupcial que le enseñó en la mili un compañero de Limoges. Dos dedos de su mano izquierda, con las uñas rotas, con los nudillos incrustados de suciedad y con la yema de uno de ellos cuarteada por el frío de los inviernos, tocaban un staccato tan alto y tan estridente como el grito de la codorniz. Su mano derecha, alzada a la altura del hombro, tocaba la melodía, que subía y bajaba como una cadena de colinas, una cadena de colinas suaves, de cerros, de pechos jóvenes. Ahora movía la cabeza al compás de la melodía, y llevaba el ritmo golpeando con un pie los guijarros del solado. La marcha nupcial se aproximaba, y las onduladas colinas dieron paso a un seto tras el cual

aparecían, desaparecían y volvían a aparecer mujeres con unos brillantes echarpes sobre los hombros. El reclamo de la codorniz también se transformó. Ya no era el canto de un pájaro; era el silbido del aire emitido por una bolsa de cuero perforada con la punta de un cuchillo. Sus dos dedos pulsaban las teclas como remachadores. La comitiva había salido por el Este, junto a su hombro derecho; ahora era mediodía y estaba ante sus ojos. Todas las mujeres se habían quitado los chales, y la tela blanca ondulada por el viento les acariciaba los hombros desnudos. Los hombres venían a su encuentro. Los silbidos eran jadeos. Al aparecer y desaparecer detrás de las ramas del seto, el cabello de las mujeres se enredaba en los setos. Pero ya pasaban hacia el Oeste. Los jadeos volvieron a ser el grito de la codorniz, cada vez más distante, más alterado, más fugaz. La carretera detrás del seto estaba desierta. Una neblina cubría los cerros.

Una vaca evacuó cuando él terminó de tocar la pieza. Le llegó un acre olor a ajo silvestre. Recordó el vals de «Rosalie de Bon Matin». Lo tocó lo más alto que pudo.

Fue por Louis, quien todavía, incluso borracho como una cuba, era capaz de discutir con un político, por quien Félix empezó a tocar regularmente todas las semanas en el café de Lapraz. Una noche, al invierno siguiente, Louis fue a intentar venderle a Félix un boleto para una lotería benéfica con la que estaban intentando recaudar fondos para pagar el transporte de los niños del pueblo a la piscina más próxima. Todos los nacidos en las montañas deben aprender a nadar, decía el eslogan de la campaña.

Y hete aquí, explicaría luego Louis en el café, que subo atravesando el huerto hasta la casa de Felo. Ya estaba oscuro y me alegró llevar una linterna. Al llegar a lo alto de la colina, me pareció oír una música. Debe de ser la radio, me dije. Mi oído ya no es tan bueno como antes. Un búho blanco se echó a volar desde el gran peral, junto al patio. No suben muchos este camino por la noche, me dije. Ahora se oía mejor la música, y era un acordeón. Ninguna radio suena así. Mira qué chico más astuto; tiene compañía, pensé. Al llegar más cerca de la casa, no podía creer lo que oían mis oídos, ¡la música salía del establo! Había luz en la ventana, ¡y la música salía del establo! Tal vez está bailando con los gitanos, tal vez le gusta bailar con los gitanos y le da miedo dejarlos entrar en la casa con lo vagos y lo ladrones que son. ¿Quién hubiera creído que Felo bailarían con los gitanos si no fuera el hijo de su padre? Miré por la sucia ventanita y pude distinguir las figuras de los bailarines. De nada sirve llamar aquí, Lulu, me dije. Así que intenté abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Mandé al infierno el boleto de lotería; ya solo me interesaba saber lo que sucedía. Todas las puertas estaban cerradas, y él estaba con los gitanos en el establo. Entonces tuve una idea. Diez a uno a que Félix no cerró la puerta del pajar, encima de la casa. Subí la rampa en cinco segundos, y acerté; estaba abierta.

Al lado de cada trampilla había dejado preparado el heno que iba a echar a cada

una de las vacas por la mañana. Nadie hace esto; es muy previsor, Félix. La música se colaba a través de las tablas del suelo, más alta y más frenética que nunca: una mazurca. Levanté una de las trampillas y, tumbándome boca abajo sobre un montoncito de heno, observé. Se veía una vaca acostada y, bajo la débil bombilla, se veía a Félix sentado en una banqueta con el acordeón entre los brazos. En cuanto al resto, no podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Lulu, estás viendo visiones, me dije. ¡Félix estaba solo! No había nadie más en el establo; ¡tocaba para las jodidas vacas! Y toca bien, Félix; sabe tocar. Deberías traerlo a tocar aquí alguna vez.

La noche de la boda de Philippe, cuando ya empezaba a clarear, mucho después de que Philippe hubiera llevado a Yvonne a la cama y de que sus padres y sus suegros se hubieran ido a casa, unos cuantos de nosotros, incluyendo a la costurera de los largos pendientes que no paraba de reír y trabajaba en una fábrica que producía mangos para las brochas de pintura, unos cuantos de nosotros estábamos todavía bailando, y Félix, sentado en la silla de costumbre, tocaba llevando el ritmo con sus pesadas botas de trabajo. Podríamos haber dejado de bailar antes, pero una melodía había seguido a la otra, y Félix las había fundido, como si uniera un tubo al siguiente, hasta que la chimenea fue tan alta que se perdió en el cielo. Una chimenea de melodías; y las mujeres tenían los pies tan cansados, que se quitaron los zapatos para seguir bailando descalzas.

La música requiere obediencia. Incluso exige obediencia de la imaginación cuando una melodía se te viene a la cabeza. No puedes pensar en otra cosa. Es como un tirano. A cambio ofrece su propia libertad. Con música, todos los cuerpos pueden presumir de sí mismos. Los viejos pueden bailar tan bien como los jóvenes. Se olvida el tiempo. Y aquella noche, por detrás del silencio de las últimas estrellas, creíamos oír la afirmación de un Sí.

¡«La Belle Jacqueline» otra vez!, le gritó a Félix la costurera. ¡Me encanta la música! ¡Con música puedes decirlo todo!

No puedes dirigirte con música a un abogado, respondió Félix.

Tal vez tengan razón quienes dicen que hay arpas en el cielo. Tal vez también violines y flautas. Pero estoy seguro de que no hay acordeones, del mismo modo que estoy seguro de que no hay bosta de vaca verduzca con olor a ajo silvestre. El acordeón se hizo para la vida en esta tierra: la mano izquierda marca los bajos y los latidos del corazón, los brazos y los hombros trabajan para sacarle el aliento, y la mano derecha pulsa las esperanzas.

Por fin dejamos de bailar.

Vamos, Caroline, vamos, murmuró Félix dirigiéndose solo hacia la puerta. Es hora de irse.

## Boris compra caballos

A veces, a fin de rebatir una sola frase es necesario contar toda una vida.

En nuestro pueblo, como en otros muchos pueblos del mundo por aquel entonces, había una tienda de *souvenirs*. La tienda estaba en una antigua granja, que había sido construida cuatro o cinco generaciones antes, en la carretera que sube a las montañas, y que posteriormente habían reconvertido al efecto. Allí podías comprar botellas con esquiadores diminutos en su interior, pisapapeles de cristal que contenían flores alpinas, platos decorados con gencianas, cencerros en miniatura, rucas de plástico, cucharas de madera labradas, pieles de gamuza y de cordero, marmotas de juguete a las que se les podía dar cuerda y andaban, cuernos de cabra, casetes, mapas de Europa, cuchillos con el mango de madera, guantes, camisetas, carretes de fotografía, llaveros, gafas de sol, lecheras de imitación, mis libros.

La propietaria de la tienda la atendía ella misma. Rondaría por entonces los cuarenta. Rubia y sonriente, pero con ojos suplicantes —sabe Dios qué suplicaban—, era una mujer entrada en carnes, de pies pequeños y tobillos finos. Los jóvenes del pueblo la apodaron la Oca, por razones que no forman parte de esta historia. Su nombre verdadero era Marie-Jeanne. Antes, antes de que Marie-Jeanne y su marido llegaran al pueblo, la casa pertenecía a Boris. De él la habían heredado.

Y aquí llego a la frase que quiero rebatir.

Boris murió, dijo Marc un domingo por la mañana apoyado contra el muro que cruza de parte a parte nuestro caserío formando una figura similar a la de la última letra del alfabeto, Boris murió como una de sus propias ovejas, abandonado y famélico. Lo que hizo con su propio ganado terminó sucediéndole a él mismo: murió como uno de sus animales.

Boris era el tercero de cuatro hermanos. El mayor murió en la guerra; el segundo, arrollado por una avalancha; y el más joven emigró. Ya de niño Boris era conocido por su fuerza bruta. En la escuela, los otros chicos le temían un poco y, al mismo tiempo, le tomaban el pelo. Habían descubierto su punto flaco. Para retar a la mayoría de los chicos, te apostabas con ellos a que no podían levantar un saco de setenta kilos. Boris podía levantar setenta kilos con toda facilidad. Para retar a Boris, tenías que apostar con él a que no era capaz de hacer un silbato con una rama de fresno.

Durante el verano, para cuando el canto de los cucos se había acallado, todos los chicos tenían silbatos de fresno, y los había incluso que tenían flautas de ocho agujeros. Una vez que habías encontrado y cortado una ramita de esa madera, recta y del diámetro adecuado, te la metías en la boca para humedecerla y ablandarla con la lengua; luego, girándola, le dabas unos golpes, certeros pero suaves, con el mango de la navaja. Al golpearla, la corteza se separaba de la madera blanca, de forma que tirabas de ella, y salía, como un brazo de la manga. Por último, labrabas la boquilla y

volvías a introducirla en la corteza. Todo el proceso no llevaba más de un cuarto de hora.

Boris se metía la ramita en la boca como si fuera a devorar el árbol de la vida misma. Su problema radicaba en que golpeaba con demasiada fuerza el mango de la navaja, de modo que estropeaba la corteza. Todo su cuerpo se ponía en tensión. Volvía a intentarlo. Cortaba otra rama y cuando llegaba el momento de golpearla, o bien volvía a darle demasiado fuerte, o bien, debido al esfuerzo de concentración que tenía que hacer para que no se le desmandaran sus fuerzas, el brazo se le quedaba inmóvil.

Venga, Boris, tócanos algo, le decían para reírse de él.

Cuando llegó a adulto, sus manos eran inusualmente grandes y las cuencas de sus ojos azules parecían destinadas a unos ojos del tamaño de los de las terneras. Era como si, en el momento de su concepción, todas y cada una de sus células hubieran sido instruidas para ser más grandes de lo normal; pero la columna vertebral, el fémur, la tibia y el peroné hubieran hecho novillos. Como resultado de ello, tenía una altura media, pero sus rasgos y sus extremidades eran las de un gigante.

Hace años, estando en el *alpage*, al despertarme una mañana, todos los pastos estaban blancos. No se puede hablar realmente de las primeras nieves del año a una altura de 1.600 metros, porque con frecuencia nieva todos los meses, pero esta era la primera nieve que no iba a desaparecer hasta el año siguiente, y caía en grandes copos.

Hacia mediodía llamaron a la puerta. La abrí. Al otro lado del umbral, apenas reconocibles en la nieve, había unas treinta ovejas, silenciosas, con el cuello cubierto de nieve. Delante de ellas estaba Boris.

Entró y se dirigió a la estufa para deshelarse. Era una de esas altas salamandras de leña, que están exentas en el centro de la habitación, como postes de calor. La chaqueta que cubría sus hombros gigantescos estaba blanca como una montaña.

Permaneció de pie, en silencio, durante un cuarto de hora, bebiendo a sorbos el vaso de aguardiente que sostenían sus inmensas manos sobre la estufa. A su alrededor se iba formando un charco de agua cada vez mayor.

Finalmente empezó a hablar con su voz ronca. Su voz, independientemente de cuáles fueran las palabras, hablaba de una suerte de abandono. Se había salido de los goznes, tenía los cristales rotos, y, sin embargo, había en ella algo desafiante, como si, al igual que el explorador que habita una choza miserable, supiera dónde hay oro.

Por la noche, dijo, vi que había empezado a nevar. Y sabía que mis ovejas andaban por la cumbre. Cuanto menos hay para comer, más alto suben. Vine hasta aquí en coche antes de amanecer y emprendí la escalada. Era una locura subir solo. La nieve ocultaba el sendero. Un paso en falso, y nada, nada me hubiera detenido hasta el atrio de la iglesia, allá abajo. Durante cinco horas, desde el amanecer, he



estado jugándome la vida.

Desde la profundidad de sus cuencas, sus ojos me interrogaban para comprobar si había entendido lo que estaba diciendo. No sus palabras, sino lo que había tras ellas. A Boris le gustaba guardar cierto misterio. Creía que lo no dicho le favorecía. Y, sin embargo, pese a todo, soñaba con ser comprendido.

Allí de pie, en medio del charco de nieve derretida, no se parecía en absoluto al buen pastor que acaba de arriesgar la vida por salvar a su rebaño. San Juan Bautista, que coronó con flores al Cordero, era lo opuesto a Boris. Boris tenía a sus ovejas totalmente descuidadas. Todos los años las esquilaba demasiado tarde, así que sufrían con el calor. Todos los veranos se olvidaba de recortarles las pezuñas, y terminaban cojeando. Las ovejas de Boris parecían un rebaño de mendigos vestidos de lana gris. Si aquel día en la montaña había arriesgado su vida, no había sido exactamente por el bien de ellas, sino por el valor que tenían en el mercado.

Sus padres habían sido pobres, y a los veinte años Boris ya andaba presumiendo del dinero que tendría algún día. Iba a hacer *grandes* dineros —conforme a las instrucciones recibidas en el momento de su concepción e inscritas en todas las células de su cuerpo.

En el mercado compraba ganado que nadie compraba y lo hacía al final del día, ofreciendo un precio que doce horas antes habría parecido ridículo. Todavía lo veo, taciturno, junto a los huesudos animales, pellizcándoles la carne con uno de sus inmensos pulgares, vestido de caqui y con una gorra del ejército americano en la cabeza.

Creía que el tiempo no le daría nada y que su astucia se lo daría todo. Cuando vendía nunca daba un precio. No me voy a sentir insultado, decía, dígame simplemente cuánto ofrece. Luego esperaba; desde la profundidad de sus cuencas, sus ojos azules mostraban ya una punta de la mofa con la que iba a recibir el precio que le dieran.

Ahora me está mirando con la misma expresión. Una vez le dije que tenía suficientes poemas en la cabeza para llenar un libro, ¿se acuerda? Ahora está escribiendo la historia de mi vida. Puede hacerlo porque está acabada. Cuando todavía estaba vivo, ¿qué hizo? Una vez que estaba apacentando las ovejas en los pastos que hay más arriba de la fundición, me trajo una cajetilla.

No digo nada. Sigo escribiendo.

El abuelo de todos los tratantes de ganado me dijo una vez: lo mejor que se puede hacer con un carnero como Boris es comérselo.

El plan de Boris era muy sencillo: comprar delgado para vender cebado. Lo que minusvaloraba a veces era el trabajo y el tiempo necesario entre los dos. Deseaba que el ganado delgado engordara rápido, pero la carne de las bestias, como la suya propia, no siempre se mostraba obediente a sus deseos. Y sus cuerpos, en el momento de ser concebidos, no habían recibido las mismas instrucciones.

No había un solo pedazo de tierra comunal en el que no pastaran sus ovejas y, a

menudo, lo hacían en tierras con dueño. En invierno siempre se veía obligado a comprar más heno del que tenía almacenado y prometía pagarlo con corderos en primavera. Pero nunca pagaba. Y, sin embargo, lograba sobrevivir. Y su rebaño se fue haciendo más grande: en sus mejores momentos llegó a contar con ciento cincuenta ovejas. Tenía un Land Rover, que había recuperado de un barranco. Tenía un pastor, que había recuperado de un hospital para alcohólicos. Nadie se fiaba de Boris; nadie se le resistía.

La historia de su prosperidad se difundió. También se propagaron las historias de su negligencia: a la hora de pagar las deudas, a la hora de dejar que sus ovejas pastaran en tierras que pertenecían a otros. Se consideraba que las ovejas de Boris eran un azote, tal que una manada de jabalíes. Y, a menudo, como el del demonio, su rebaño partía y llegaba por la noche.

En el Lira Republicana, el café de enfrente de la iglesia, Boris también tenía, a veces, algo de demonio. Se apostaba en la barra —nunca se sentaba— rodeado de jóvenes de varios pueblos a la redonda: esos jóvenes que veían iniciativas que estaban allende la comprensión de sus cautelosos, y astutos, padres; esos jóvenes que soñaban con el ocio y con las mujeres extranjeras.

Deberíais iros a Canadá, decía Boris, allí es donde está el futuro. Aquí en cuanto haces algo por tu cuenta, ya empiezan a desconfiar. Canadá es grande, y cuando algo es grande, es generoso.

Pagaba la ronda con un billete de cincuenta mil francos, que dejaba sobre la barra con la navaja encima, para que no se volara.

Aquí, continuaba, nunca olvidan nada. No a este lado de la muerte, al menos. Y en cuanto al otro lado, se lo dejan al cura. ¿Habéis visto aquí alguna vez a alguien riéndose de puro gusto?

Y en ese momento, como si él, el demonio, lo hubiera ordenado, la puerta del café se abrió y entró una mujer riéndose a carcajadas acompañada de un hombre. Los dos eran desconocidos. El hombre iba de traje y llevaba zapatos de punta fina, y la mujer, que, al igual que su compañero aparentaba unos treinta años, era rubia y llevaba un abrigo de pieles. Uno de los jóvenes miró por la ventana y vio su coche aparcado enfrente del café. Tenía matrícula de Lyon. Boris se los quedó mirando. El hombre dijo algo, y la mujer volvió a reírse. Su risa era como una promesa. ¿De qué?, pueden preguntarse algunos. De algo grande, de lo desconocido, de una especie de Canadá.

¿Los conoces?

Boris negó con la cabeza.

Poco después se guardó en el bolsillo la navaja, blandió en el aire el billete de cincuenta mil francos, insistió en pagar los cafés que se estaba tomando la pareja de Lyon y se fue, sin siquiera echar un vistazo hacia donde estaban ellos o al resto de la clientela.

Cuando los desconocidos se levantaron para pagar, la patrona les dijo simplemente: ya está pagado.

¿Por quién?

Por el hombre que se fue hace cinco minutos.

¿El que iba vestido de caqui?, preguntó la rubia. La patrona hizo un gesto afirmativo.

Estamos buscando una casa para alquilar, amueblada a ser posible, dijo el hombre. ¿Sabe usted de alguna en el pueblo?

¿Para un mes o para una semana?

No, para todo el año.

¿Quieren establecerse aquí?, preguntó uno de los jóvenes, incrédulo.

Mi marido trabaja en A..., explicó la rubia. Es profesor en una autoescuela.

La pareja encontró una casa. Y un martes por la mañana, justo antes de Pascua, Boris subió hasta allí en el Land Rover y llamó a la puerta. Abrió la rubia, que todavía estaba en bata.

Tengo un regalo para ustedes.

Cuánto lo siento, pero mi marido acaba de irse a trabajar.

Ya lo sé. Lo he visto marchar. ¡Espere!

Abrió la puerta trasera del Land Rover y volvió con un cordero en las manos.

Este es el regalo.

¿Está dormido?

No. Está muerto.

La rubia echó la cabeza hacia atrás y se rio. Pero ¿qué vamos a hacer con un cordero muerto?, musitó, pasándose la manga por la boca.

¡Pues asarlo!

Todavía tiene la lana. No sabemos cómo se hacen estas cosas, y Gérard no soporta ver sangre.

Yo se lo prepararé.

Fue usted quien nos pagó el café, ¿no?

Boris se encogió de hombros. Tenía el cordero agarrado por las patas traseras, y el hocico del animal casi rozaba el suelo. Ella llevaba unas zapatillas que imitaban la piel de leopardo.

Pase, entonces, dijo.

Todo ello fue atentamente observado por los vecinos.

Ató las patas traseras del cordero y lo colgó detrás de la puerta de la cocina, como si fuera una chaqueta. Cuando llegó él, la rubia estaba desayunando, y el bol de café con leche estaba todavía sobre la mesa. La cocina olía a café, a jabón en polvo y al aroma que despedía ella misma. Tenía el aroma de los cuerpos entrados en carnes, rollizos, sin asomo de olor a trabajo. El trabajo huele a vinagre. Al pasar ella entre la mesa y la estufa, él alargó la mano y le tocó las caderas. Ella volvió a reír, pero esta vez calladamente. Más tarde, él recordaría aquella primera mañana en su cocina,

como si fuera algo que se hubiera tragado, como si su lengua nunca hubiera olvidado el sabor de la boca de la mujer, cuando ella se inclinó por primera vez para besarlo.

Cada vez que la visitaba le llevaba un regalo; el cordero fue solo el primero. Una vez llegó en el tractor, y en el remolque había cargado un aparador. Nunca ocultaba sus visitas. Las hacía a plena luz del día, ante los ojos de todos sus vecinos, quienes observaron que, cada vez, transcurrido aproximadamente un cuarto de hora, la rubia cerraba las contraventanas del dormitorio.

¿Y si un día el marido volviera inesperadamente?, preguntó uno de los vecinos.

¡Dios no lo quiera! Boris sería capaz de agarrarlo y tirarlo por encima del tejado.

Pero debe de sospechar algo, ¿no?

¿Quién?

El marido.

Está claro que nunca has vivido en una ciudad.

¿Por qué dices eso?

El marido lo sabe. Si hubieras vivido en una ciudad sabrías que el marido lo sabe.

¿Entonces por qué no hace algo para demostrar su autoridad? No puede ser tan cobarde.

Un día el marido volverá, a una hora acordada con su esposa, y Boris estará todavía allí, y el marido dirá: ¿qué quiere tomar de aperitivo? ¿Un pastís?

¿Y le pondrá veneno?

¡No! ¡Pimienta negra! Para excitarlo aún más. Boris se había casado a los veinticinco años. Su mujer lo abandonó un mes después. Posteriormente se divorciaron. Su mujer, que no era del valle, nunca lo acusó de nada. Solo decía, tranquilamente, que no podía vivir con él. Y una vez añadió: tal vez otra mujer sí podría.

La rubia le dio a Boris el sobrenombre de Jorobadito.

Pero si tengo la espalda tan recta como tú.

Yo no he dicho que no fuera así.

Entonces, ¿por qué...?

Jorobadito, le dijo un día, ¿sabes esquiar?

¿Cuándo iba a haber aprendido?

Cómprate unos esquís y te enseñaré.

Soy demasiado viejo para empezar.

Eres un campeón en la cama, ¡también podrías serlo en las pistas de esquí!

Él la atrajo hacia sí y le cubrió el rostro y la boca con su inmensa mano.

Esto también lo recordaría más tarde cuando pensaba en las vidas de los dos y en las diferencias que había entre ellas.

Un día llegó a la casa con una lavadora a la espalda. Otro día apareció con un tapiz tan grande como una alfombra en el que estaban representados, con brillantes

colores de terciopelo, dos caballos en una ladera.

Por esa época Boris tenía dos caballos. Los había comprado sin pensarlo porque le gustaron y había conseguido un buen precio. En la primavera yo tenía que entregarle un tercer caballo. Era una mañana temprano, y una semana antes había comenzado el deshielo. Estaba en la cama, dormido, y tuve que despertarlo. Sobre su cama había una imagen de la Virgen y una foto de la rubia. Cogimos una bala de heno y salimos al prado. Allí solté al caballo. Tras un largo invierno encerrado en el establo, dio un salto y se lanzó al galope entre los árboles. Boris se lo quedó mirando fijamente con las manos extendidas. ¡Libertad!, dijo. Lo dijo de tal forma que no sonó ni como un susurro ni como un grito. Sencillamente lo pronunció como si fuera el nombre del caballo.

La rubia colgó el tapiz en la pared del dormitorio. Un domingo por la tarde, Gérard, que estaba tumbado en la cama viendo la televisión, señaló con la barbilla hacia el tapiz —en el que las colas de los caballos estaban peinadas por el viento como si acabaran de salir de la peluquería y su pelo resplandecía como unos zapatos recién comprados y la nieve entre los pinos era blanca como un traje de novia— y dijo:

Es el único de sus regalos del que podría prescindir.

Me gustan los caballos, dijo ella.

¡Caballos! Emitió un sonido similar a un relincho.

Lo que pasa es que a ti te dan miedo.

¡Caballos! Lo único bueno que se puede decir de esa pintura —y es una pintura aunque sea de algodón...

¡Terciopelo!

... lo mismo da; lo único que se puede decir de esa pintura... es que en las pinturas los caballos no cagan.

Tú sí que tienes la cabeza llena de mierda, dijo ella.

¿Le has hablado ya sobre la casa?, preguntó Gérard.

Le hablaré cuando me dé la gana.

¡Es gracioso que lo llames Jorobadito!

Ella apagó la televisión.

Lo llamo como me gusta llamarlo, Gérard; eso es asunto mío.

¡Qué difícil es impedir que ciertas historias se conviertan en simples lecciones morales! ¡Como si nunca hubiera vacilaciones, como si la vida no se envolviera como un trapo en la hoja más afilada!

Un mediodía, al junio siguiente, Boris llegó a la casa de la rubia chorreando de sudor. Parecía que acabara de sumergir la cara, con su nariz aguileña y sus pómulos como guijarros, en un riego. Entró en la cocina y la besó como era su costumbre, pero

esta vez sin decirle una palabra. Luego se dirigió al fregadero y puso la cabeza bajo el chorro del grifo. Ella le ofreció una toalla, y él la rechazó. El agua le caía por la cabeza y le corría por el cuello hasta la camisa. La rubia le preguntó si quería comer algo; él movió negativamente la cabeza. Seguía con la mirada todos los movimientos de ella, pero no sentimentalmente, como un perro, ni tampoco con aire de sospecha, sino como si estuviera a una gran distancia.

¿Estás enfermo?, le preguntó ella bruscamente poniéndole un plato en la mesa.

Nunca he estado enfermo.

¿Qué te pasa entonces?

A modo de respuesta, él la atrajo hacia sí y hundió violentamente la cabeza, que estaba todavía húmeda, entre sus senos. Ella no sintió dolor en el pecho, sino en la espalda. Pero no se defendió, y puso una de sus manos regordetas y blancas sobre la dura cabeza de Boris. ¿Cuánto tiempo se quedó parada ante la silla? ¿Cuánto tiempo permaneció el rostro de él alojado entre sus pechos como una pistola en el interior de su estuche forrado de terciopelo? La noche en la que Boris murió solo, tendido en el suelo con sus tres perros negros, le pareció que su cara había estado alojada en el pecho de aquella mujer desde la primera vez que puso sus ojos en ella.

Luego no quiso comer lo que le había puesto en el plato.

Venga, Jorobado, quítate las botas y vamos a la cama.

El negó con la cabeza.

¿Qué te pasa? Te quedas ahí sentado sin decir nada, sin querer comer, sin hacer nada, ¡no sirves para nada!

El se puso en pie y caminó hacia la puerta. Por primera vez ella se dio cuenta de que iba cojeando.

¿Qué te pasa en el pie?

Boris no respondió.

¡Por el amor de Dios!, di, ¿te has hecho daño en el pie?

Me lo he roto.

¿Cómo?

Volqué con el tractor en la cuesta encima de la casa. Salí despedido y el parachoques me aplastó el pie.

¿Has llamado al médico?

He venido aquí.

¿Dónde está el jeep?

No puedo conducir; no puedo mover el tobillo.

Ella se dispuso a quitarle las botas. Primero la del pie ileso. Con la segunda bota fue otro cantar. El cuerpo de Boris se puso rígido, cuando ella empezó a desatarle el cordón. Tenía el calcetín empapado de sangre, y el pie estaba demasiado hinchado para poder sacarle la bota.

Ella se mordió el labio e intentó abrirla un poco más.

¡Has venido andando hasta aquí!, exclamó.

Boris asintió con un movimiento de cabeza.

Sentada en el suelo de la cocina a los pies de Boris, con las manos desmayadas a ambos lados del cuerpo, la rubia empezó a sollozar.

Tenía el pie fracturado en once partes. El médico se negó a creer que hubiera andado los cuatro kilómetros que separaban su granja de la de ella. Dijo que era categóricamente imposible. La rubia había llevado a Boris hasta la clínica, y, según el médico, había pasado toda la mañana en casa de Boris, pero por alguna razón no quería reconocerlo. Por eso, siempre según el médico, los dos se habían inventado esa historia tan poco plausible de que había caminado cuatro kilómetros. El médico, sin embargo, estaba equivocado. De todas las veces que Boris había ido a visitarla, esta fue la única que la rubia nunca mencionó a Gérard. Y, cuando más tarde supo de la muerte de Boris, preguntó brusca y sorprendentemente si llevaba las botas puestas cuando lo encontraron.

No, fue la respuesta. Estaba descalzo.

De joven, Boris había heredado tres casas, pero todas ellas, para los estándares de la ciudad, estaban en un estado lamentable. Él vivía en la que tenía el granero más grande. Había electricidad, pero no agua corriente. La casa estaba más baja que la carretera, y los que pasaban podían mirar por la chimenea. Fue en esta casa en donde los tres perros negros aullaron toda la noche cuando él murió.

La segunda casa, a la que él siempre se refería como la casa de madre, era la mejor situada de las tres, y Boris tenía la idea a largo plazo de vendérsela a algún parisino, cuando llegaran el momento y el parisino.

En la tercera casa, que era poco más que una cabaña al pie de la montaña, dormía, cuando podía, Edmond, el pastor. Edmond era un hombre delgado con ojos de ermitaño. Su experiencia le había llevado a creer que todo lo que caminaba sobre dos piernas pertenecía a una especie denominada Malentendido. Boris no le daba un salario regular, sino regalos ocasionales y la manutención.

¡No estás mucho por casa últimamente! Edmond lo recibió con estas palabras.

¿Por qué dices eso?

Tengo ojos. Me doy cuenta cuando pasa el Land Rover.

¿Y sabes adónde voy?

Edmond consideró que no merecería la pena responder a semejante pregunta, y se limitó a fijar en Boris su fútil mirada.

Me gustaría casarme con ella, dijo Boris.

Pero no puedes.

Ella estaría encantada.

¿Estás seguro?

Boris respondió entrechocando el puño de la mano derecha con la palma de la izquierda. Edmond se calló.

¿Cuántos corderos?, preguntó Boris.

Treinta y tres. Es de la ciudad, ¿no?

Su padre tiene una carnicería en Lyon.

¿Por qué no tiene hijos?

No todos los carneros tienen cojones, deberías saberlo. Tendrá un hijo mío.

¿Hace cuánto tiempo que la ves?

Dieciocho meses.

Edmond enarcó las cejas. Las mujeres de la ciudad no son iguales, dijo, deberías saberlo. He visto suficientes. No están hechas de la misma forma. No tienen la misma mierda y no tienen la misma sangre. Tampoco huelen igual. No huelen a establo y a gallinero; huelen a otra cosa. Y esa otra cosa es un peligro. Tienen unas pestañas perfectas, tienen unas piernas sin arañosos, sin varices; tienen unos zapatos de suela fina como las *crêpes*; tienen unas manos blancas y suaves como patatas peladas; y cuando las hueles, te llenas de un deseo que Dios confunda. Te entran ganas de tragártelas hasta las heces; te entran ganas de exprimirlas hasta que no quede ni una gota, ni un pipo. ¿Y quieres que te diga a qué huelen? Su olor es el olor del dinero. Lo hacen todo por dinero. Esas mujeres no están hechas como nuestras madres.

No hace falta que mezcles a mi madre en esto.

Ten cuidado, dijo Edmond, tu rubia te lo quitará todo. Luego se deshará de ti; te desplumará como a un pollo.

Con un lento directo a la mandíbula, Boris derribó al pastor. Su cuerpo quedó desparramado en el suelo.

Nada se movía. El perro lamía la frente de Edmond.

Solo alguien que haya visto un campo de batalla puede imaginar la indiferencia total de las estrellas sobre el pastor, desparramado en el suelo. Es para hacer frente a esta indiferencia para lo que buscamos amor.

Mañana le compraré un chal, susurró Boris, y sin mirar atrás tomó el camino de regreso al pueblo.

A la mañana siguiente, la policía vino a prevenirle de que sus ovejas eran un peligro público, pues estaban entorpeciendo en la carretera. Edmond, el pastor, había desaparecido, y no se le volvió a ver hasta después de la muerte de Boris.

El mes de agosto fue el mes del triunfo de Boris. ¿O es gloria un término más adecuado? Pues estaba demasiado feliz, demasiado absorbido en sí mismo para verse como vencedor triunfante sobre los demás. Le parecía evidente que las instrucciones inscritas en el momento de su concepción implicaban algo más que el tamaño de sus huesos, el grosor de su cráneo o la fuerza de su voluntad. Estaba destinado a que al llegar a los cuarenta se le reconociera en lo que valía.

La siega del heno había acabado; tenía el pajar lleno, sus ovejas pastaban arriba en las montañas —sin pastor, pero Dios cuidaría de ellas— y todas las tardes se



sentaba en la terraza del Lira Republicana, en la plaza del pueblo, con la rubia, vestida de verano, con los hombros desnudos y unas sandalias plateadas de tacón alto en los pies; y hasta que caía la noche la pareja que formaban constituía la televisión en color del pueblo.

¡Invita a todas las mesas!, decía balanceándose en la silla, y si te preguntan a qué se debe, diles que Boris está comprando caballos.

Jorobadito, no lo hagas todas las tardes, ¡no puedes permitirte!

¡Todas! Se me han hinchado los cojones.

Puso una de sus inmensas manos en la pechera del vestido de lunares rojos de la mujer.

Es verdad lo de los caballos, dijo, voy a criar caballos: ¡para ti! Voy a criar caballos de montar que venderemos a los idiotas que vienen a pasar el fin de semana.

¿Pero qué voy a hacer yo con los caballos? No sé montar.

Si tienes un hijo mío...

Sí, Jorobadito.

Enseñaré al niño a montar, dijo. Un hijo nuestro se parecerá a ti y tendrá mi orgullo.

Nunca había pronunciado esta última palabra refiriéndose a sí mismo.

Si tenemos un hijo, susurró ella, la casa en la que vivimos ahora es demasiado pequeña. Necesitamos por lo menos otra habitación.

¿Y cuántos meses tenemos para solucionar el problema de la casa?, preguntó Boris con la astucia del tratante de ganado.

No sé, Jorobadito, tal vez ocho.

Champán para todos, gritó Boris.

¿Sigues comprando caballos?, preguntó Marc, que, con su pipa y su mono azul, es el escéptico del Lira Republicana, el perenne instructor sobre la idiotez del mundo.

Eso a ti no te importa, respondió Boris. Te estoy invitando a un trago.

Me voy a marear si bebo más, dijo la rubia.

Te traeré unos cacahuets.

En la barra del Lira Republicana hay una máquina en la que metes un franco y te sale un puñadito de cacahuets. Boris metió una moneda tras otra y pidió un plato sopero.

Cuando los hombres que estaban de pie en la barra alzaron sus copas hacia Boris, en realidad, todos ellos estaban brindando por la rubia: y todos ellos se estaban imaginando en el lugar de Boris, algunos con envidia, y todos ellos con esa extraña nostalgia que uno siente por las cosas que sabe que nunca sucederán.

Al lado de Marc estaba Jean, que en tiempos había sido camionero. Por entonces él y su mujer criaban conejos y tenía setenta años. Jean estaba a mitad de una historia:

Guy estaba totalmente trompa, contaba Jean, se desplomó y cayó al suelo cuan largo era; se quedó como muerto. Jean hizo una pausa y miró alrededor a todas las caras del bar, haciendo hincapié en el silencio. ¿Qué vamos a hacer con él? Fue

entonces cuando se le ocurrió la idea a Patrick. Traedlo a mi casa, dijo. Metieron a Guy en el coche y lo llevaron a casa de Patrick. Ponedlo aquí, tendido sobre el banco, dijo Patrick. Ahora quitadle los pantalones.

La rubia le puso unos cacahuetes en la boca a Boris.

¿Le vas a hacer daño? Os digo que le quitéis los pantalones. Ahora los calcetines. Estaba extendido sobre el banco de trabajo de Patrick, desnudo como Dios lo trajo al mundo. ¿Y ahora qué? Se ha roto una pierna, anunció Patrick. No seáis tontos. Le vamos a hacer creer que se ha roto una pierna, explicó Patrick. Pero ¿cómo se lo va a creer? Esperad y veréis. Patrick mezcló escayola en un barreño y, con toda la profesionalidad que uno puede esperar de Patrick, escayoló la pierna de Guy desde el tobillo hasta la mitad del muslo. Jean hizo una pausa y miró a sus oyentes. En el camino hacia su casa, en el coche, Guy volvió en sí. No te preocupes, chico, dijo Patrick, te has roto una pierna, pero no es una mala rotura; te llevamos al hospital, y te pusieron la escayola y dijeron que te la podrán quitar dentro de una semana; no ha sido una mala rotura. Guy se observó la pierna, y las lágrimas le empezaron a caer por las mejillas. ¡Soy un gilipollas!, repetía. ¡Soy un gilipollas!

¿Qué pasó después?, preguntó Marc.

Estuvo de baja una semana, viendo la televisión con la pierna levantada sobre una silla.

La rubia se echó a reír, y Boris aproximó el dorso de la mano —por miedo a que la palma estuviera demasiado encallecida— contra su garganta; así sentía la risa de la mujer, que brotaba en sus caderas y subía a borbotones hasta la boca. Su inmensa mano se movía rítmicamente, subiendo y bajando por la garganta de la mujer.

Jean, el camionero que había dejado la profesión para criar conejos, observó fascinado ese movimiento, como si fuera todavía más improbable que la historia que acababa de relatar.

No podía creerlo, contaría más tarde esa misma noche a los parroquianos del Lira Republicana: pues ahí mismo estaba Boris, el tontaina de Boris, acariciando a la rubia como si fuera una ardilla sentada, y dándole cacahuetes hasta que vació el plato. ¿Y qué creéis que hace cuando llega el marido? Se levanta, le da la mano y anuncia: ¿qué vas a beber? ¿Un vino blanco con cassis? Esta noche voy a llevarla a bailar, dice Boris. No volveremos hasta la mañana.

El baile era en el pueblo de al lado. Durante toda la noche, a Boris le pareció que la tierra traspasaba el arado de su propia volición.

Una vez dejaron de bailar para beber algo. Él una cerveza, ella una gaseosa.

Te daré la casa de madre, dijo.

¿Por qué la llamas así?

Mi madre la heredó de su padre.

¿Y si un día quieres venderla?

¿Cómo la voy a vender si te la he dado?

Gérard no se lo creerá.

¿Lo de nuestro hijo?

No. Lo de la casa; no querrá trasladarse allí, a no ser que sea seguro.

¡Deja a Gérard! ¡Vente a vivir conmigo!

No, Jorobadito; no estoy hecha para preparar la comida a las gallinas.

Una vez más, a modo de respuesta, Boris hundió violentamente su masiva cabeza entre los senos de la mujer. Su rostro se alojó entre los pechos como una pistola en su estuche forrado de terciopelo. ¿Cuánto tiempo permaneció su rostro allí sepultado? Cuando lo alzó, dijo: Te daré la casa formalmente, iré a ver al notario, será tuya, no suya, y luego pasará a nuestro hijo. ¿Quieres volver a bailar?

Sí, amor mío.

Bailaron hasta que el vestido blanco con lunares rojos se ensució con el sudor de ambos, hasta que paró la música, hasta que el cabello de la rubia se impregnó con el olor de las vacas de Boris.

Años después, la gente se preguntaba: ¿cómo es posible que Boris, que nunca dio nada en su vida a nadie, Boris, que engañaría a su propia abuela, Boris, que nunca mantenía su palabra, diera la casa a la rubia? Y la respuesta, que era una manera de admitir el misterio, siempre era la misma: una pasión es una pasión.

Las mujeres no se hacían la misma pregunta. Para ellas era obvio que, dado el momento y las circunstancias apropiadas, cualquier hombre puede ser llevado adonde una quiera. No había misterio alguno. Y tal vez era por esto por lo que las mujeres se apiadaban de Boris un poco más que los hombres. Y en lo que se refiere a Boris, él nunca llegó a preguntarse: ¿por qué le di la casa? Nunca se arrepintió de haber tomado aquella decisión, aunque —y en esto todos los comentaristas tienen razón— era diferente de todas las que había tomado en su vida. No se arrepentía de nada. El arrepentimiento te fuerza a limpiar el pasado, y él estuvo esperando hasta el final.

Las flores que crecen en la montaña tienen unos colores más brillantes e intensos que esas mismas flores en la llanura. Un principio similar se podría aplicar a las tormentas. El rayo en las montañas no se limitaba a hendir el cielo una vez, bailaba en círculos; el trueno no se limitaba a un solo estampido, retumbaba transmitido por el eco. Y a veces el eco de uno no había cesado cuando llegaba un nuevo estampido, de forma que el estruendo era continuo. La causa de todo ello eran los depósitos metálicos de las rocas. Durante una tormenta, incluso el más curtido de los pastores se preguntaba: por todos los santos, ¿qué estoy haciendo aquí? Y a la mañana siguiente, cuando se hacía de día, quizá encontraba signos de unas visitas de las que, afortunadamente, no se había llegado a percatar del todo la noche anterior: agujeros en la tierra, hierba abrasada, árboles humeantes, ganado muerto. A finales de agosto hubo una de estas tormentas.

Algunas de las ovejas de Boris estaban pastando justo debajo de la Roca de St. Antoine, en las laderas más alejadas que miran al Este. Cuando las ovejas están asustadas, suben y suben, en busca del cielo para ponerse a salvo; y así las ovejas de Boris treparon hacia el talud, junto a la roca, y allí se arracimaron bajo la lluvia.

Sesenta ovejas amontonadas, cada cual reposando su empapada cabeza sobre el oleoso ijar, sobre las paletillas chorreantes, de su vecina. Cuando el relámpago iluminaba la montaña —y todo aparecía tan claro y tan cercano que el momento se hacía infinito—, las sesenta ovejas parecían el abrigo de piel de un gigante. Incluso se distinguían dos mangas, formada cada una por media docena de ovejas que se habían agrupado a lo largo de dos estrechas franjas de hierba entre las escarpadas rocas. Con cada relámpago, asomaban, temerosos, de entre el abrigo, cien o más ojos, que relucían como brasas. Tenían razón en estar asustadas. El centro de la tormenta se aproximaba. El siguiente rayo cayó en medio del abrigo, dejando sin vida a todo el rebaño. Las mandíbulas y las patas delanteras de la mayoría resultaron rotas por la sacudida de la descarga eléctrica recibida en la cabeza y transmitida hasta la tierra por sus patas huesudas y finas.

Boris perdió tres millones en una noche.

Fui yo el primero que, treinta y seis horas más tarde, reparé en los cuervos volando en círculos. Tenía que haber algo muerto allá arriba, pero no sabía qué. Alguien se lo dijo a Boris, y al día siguiente subió hasta la Roca de St. Antoine. Allí se encontró el gigantesco abrigo, tirado, frío, cubierto de moscas. Las reses muertas estaban demasiado lejos de toda carretera. Lo único que podía hacer era quemarlas allí mismo.

Fue a buscar gasolina y empezó a hacer una pira, arrastrando los cuerpos que habían formado las mangas y echándolos encima de los otros. Prendió la hoguera con un neumático viejo. Por encima de la cumbre se alzó una espesa columna de humo y, junto con ella, el olor a carne quemada. No cuesta mucho trabajo el convertir una montaña en un rincón del infierno. De vez en cuando, Boris se consolaba pensando en la rubia. Luego se reiría con ella. Luego, con el rostro apretado contra ella, olvidaría la vergüenza de esta escena. Pero más que las promesas que se hacía a sí mismo lo que le animaba era el simple hecho de la existencia de aquella mujer.

Para entonces ya todo el pueblo sabía lo que había sucedido con las ovejas de Boris. Nadie le echaba directamente la culpa, ¿cómo podrían hacerlo? Pero hubo quienes insinuaron que un hombre no podía perder tantos animales de un golpe a no ser que se lo mereciera de un modo u otro. Boris tenía abandonados a sus animales. Boris no pagaba las deudas. Boris se lo estaba haciendo con una mujer casada. La Providencia le estaba mandando un aviso.

Dicen que Boris está quemando sus ovejas, dijo la rubia, se ve el humo por encima de la montaña.

¿Por qué no vamos a echar un vistazo?, sugirió Gérard.

Ella se excusó diciendo que le dolía la cabeza.

Venga, dijo él, es sábado por la tarde y el aire de la montaña te despejará. Nunca he visto a un hombre quemando sesenta ovejas.

No quiero ir.

¿Qué te pasa?

Estoy preocupada.

¿Crees que cambiará de opinión con respecto a la casa ahora? Seguro que tendrá problemas de dinero.

Un rebaño de ovejas no le hará cambiar de opinión sobre la casa.

No deberíamos hacer lo mismo que la lechera del cuento...

Solo una cosa podría hacerle retraerse en lo dicho con respecto a la casa.

¿Si dejaras de verlo?

No exactamente.

¿Entonces qué?

Nada.

¿Ha hablado de la casa recientemente?

¿Sabes cómo la llama? La llama la casa de madre.

¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

Venga, dijo Gérard.

Gérard y su mujer subieron en coche hasta donde acababa la carretera. Desde allí, tras asegurarse de que el coche quedaba bien cerrado, continuaron a pie. De repente, ella dio un grito; un urogallo había alzado el vuelo justo a sus pies.

¡Creí que era un niño!

Debes de haber bebido demasiado. ¿Cómo va a volar un niño?

Te digo que eso es lo que pensé.

¿Ves el humo?, preguntó Gérard.

¿Qué es ese ruido?

¡Las ovejas de Boris asándose!, dijo Gérard.

No seas gracioso.

Saltamontes.

¿Hueles algo?

No.

Imagínate estar aquí arriba durante una tormenta, dijo ella.

Tengo cosas mejores que hacer.

Mira quién fue a hablar; tú que no has levantado una pala en tu vida, dijo ella.

Eso es porque no soy estúpido.

No. Nadie podría decir que lo eres. Y él es estúpido; ¡Boris es estúpido, estúpido, estúpido!

Estaba atizando el fuego con gasolina, cuyas llamas azules perseguían a las amarillas, que eran más lentas. Cogió una oveja por las patas y la balanceó en el aire antes de arrojarla por encima de su cabeza a fin de que cayera en lo alto de la pira, en donde todavía guardó su aspecto animal durante algunos minutos. Los surcos que habían dejado las lágrimas al correr por sus mejillas eran de lágrimas provocadas por el calor y, cuando cambiaba el viento, por el humo acre. A cada rato, cogía otro cuerpo, lo balanceaba para tomar impulso y lo lanzaba al aire. El muchacho que

nunca había sido capaz de golpear con la suavidad necesaria la corteza de fresno para hacerse un pito se había convertido en el hombre que podía quemar por sí solo su propio rebaño.

Gérard y la rubia se detuvieron a unos cincuenta metros del resplandor. El calor, el tufo y algo desconocido para ellos les impedía acercarse más. Lo desconocido los unía; tácitamente acordaron no avanzar más. Se protegieron los ojos con las manos. Los fuegos y las grandes cataratas tienen algo en común. Está el agua en forma de lluvia que el viento separa de la cascada, y están las llamas; está la pared de roca, chorreando y erosionándose a ojos vistas, y está la desintegración de lo que se quema; está el estrépito del agua, y está el terrible crepitar del fuego. Y, sin embargo, en el centro de los dos, del fuego y de la catarata, hay una calma persistente. Y es esta calma la que es catastrófica.

¡Míralo!, susurró Gérard.

¡Tres millones ha perdido! ¡Pobre cabronazo!, murmuró la rubia.

¿Por qué estás tan convencida de que no estaba asegurado?

Lo sé, dijo ella en un susurro. Lo sé.

Boris, de espaldas al fuego, estaba inclinado sobre su mochila bebiendo agua de una botella. Después de beber se echó agua por la cara y los brazos. La frescura del agua le hizo pensar en que por la noche se desnudaría en la cocina y se lavaría antes de ir a ver a la rubia.

Al volverse hacia el fuego, los vio. Inmediatamente después, una ráfaga de humo los ocultó de su vista. Pero ni por un instante, sin embargo, se preguntó si no estaría equivocado. La reconocería al momento, hiciera lo que hiciera, en cualquier lugar. La reconocería en cualquier país del mundo, en cualquier etapa de su vida.

El viento cambió y volvió a verlos. Allí estaba ella, y el brazo de Gérard cubría sus hombros. Era imposible que no lo hubieran visto, pero ella no le hizo ninguna señal. Estaban solo a unos cincuenta metros. Estaban mirando en su dirección. Pero ella seguía sin hacerle señal alguna.

¿Gritaría ella si él se tirara a la hoguera? Todavía con la botella en la mano, caminó erguido, derecho —como un soldado encaminándose a recibir una medalla— hacia el fuego. El viento volvió a cambiar, y desaparecieron.

Cuando el humo se dispersó, no se veía ni rastro de la pareja.

Contrariamente a lo que había pensado un poco antes, Boris no bajó al pueblo aquella noche. Se quedó junto al fuego. Las llamas se habían reducido, sus ovejas se habían convertido en cenizas, pero las rocas estaban todavía calientes como un horno, y los rescoldos, como su rabia, cambiaban de color con el viento.

Acurrucado contra la roca, mientras sobre él la Vía Láctea arrastraba su velo hacia el Sur, consideró su posición. Las deudas eran un aviso de la verdad última, eran signos, todavía no insistentes, de la definitiva inhospitalidad de esta vida en la tierra. Hacia medianoche cesó el viento, y un olor a rancio se quedó flotando sobre el talud; llenaba el silencio, como lo hace el olor de la pólvora cuando el sonido del

último disparo se ha desvanecido. En esta inhospitalaria tierra, él había encontrado, a los cuarenta y un años, un refugio. La rubia era como un lugar: un lugar en el que no se aplicaba la ley de la inhospitalidad. Podía llevarlo a cualquier parte, y le bastaba con pensar en ella para aproximarse al lugar. ¿Cómo era posible entonces que ella hubiera subido a la montaña el día de su pérdida y no le hubiera dicho una palabra? ¿Cómo era posible que, después de haber llegado hasta esta roca, alejada del pueblo, en donde ni siquiera podían oírse las campanas de la iglesia, hubiera estado apenas a cincuenta metros y no le hubiera hecho una seña? Atizó las brasas con la bota. Sabía la respuesta a la pregunta, y era elemental. Orinó en los rescoldos, y al caer sobre las piedras, la orina se transformó en vapor. Era elemental, había venido a observarlo por curiosidad.

Antes de verla se estaba diciendo a sí mismo que, después de todo, solo había perdido la mitad de sus ovejas. En cuanto la vio con sus propios ojos y ella no le hizo ninguna seña, su rabia se unió a la del fuego: él y el fuego quemarían el mundo entero, todo, ovejas, ganado, casas, muebles, bosques, ciudades. Había venido a ver su humillación.

La odió durante toda la noche. Justo después de amanecer, cuando hace más frío, su odio había alcanzado el zenit. Y así, cuatro días después se preguntaba: ¿podría haber tenido otra razón para subir hasta la Roca de St. Antoine?

Boris decidió quedarse en las montañas. Si bajaba al pueblo, todos lo mirarían para ver cómo se había tomado la pérdida. Le preguntarían si estaba asegurado, solo para oírle decir que no. No les daría ese gusto. Si bajaba empezaría a romper cosas: las ventanas del ayuntamiento, los vasos en la barra del Lira Republicana, la cara de Gérard, la nariz del primero que pusiera un brazo en torno a la cintura de la rubia. El resto de sus ovejas estaban cerca de Peniel, en donde había un *chalet* en el que podía dormir. Permanecería allí con las ovejas que le quedaban hasta que llegaran las nieves. Así ya estaría allí cuando llegara la hora de bajarlas para el invierno. Si ella había subido a verlo por otra razón, volvería.

Pasó una semana. Tenía muy poco que hacer. Por las tardes se tumbaba en la hierba, contemplaba el cielo y ocasionalmente daba una orden a uno de los perros para que hiciera volver a alguna de las ovejas, miraba distraídamente hacia los valles a sus pies. Cada día parecían más lejanos. Por la noche se veía obligado a encender una hoguera dentro del *chalet*; no había chimenea, pero tenía un agujero en el tejado. Sus fuerzas físicas no habían disminuido, pero había dejado de planear y de desear. En la ladera de la montaña, enfrente del *chalet*, había una colonia de marmotas. Oía silbar a la marmota de guardia cada vez que uno de sus perros se aproximaba. Por la mañana temprano las veía prepararse para el invierno y su largo sueño. Levantaban terrones de hierba con raíces y todo, y los transportaban, como si fueran flores, a sus escondrijos subterráneos. Como viudas, pensó, como viudas.

Una noche en que las estrellas brillaban tanto como en primavera, la cólera volvió a galvanizarlo. Así que se creen que Boris está acabado, les dijo entre dientes a los

perros, pues se equivocan esos jodidos. Boris está solo al principio. Durmió con el puño en la boca, y esa noche soñó.

A la tarde siguiente, estaba echado, mirando al cielo, cuando de repente se volvió boca abajo a fin de mirar hacia el camino que cruza el bosque hasta la carretera asfaltada. Su oído se había vuelto casi tan afinado como el de sus perros. La vio caminar hacia donde estaba él. Llevaba un traje blanco y unas sandalias azules; alrededor del cuello, un collar de cuentas, como perlas.

¿Cómo estás, Jorobadito?

¡Así que por fin has venido!

¡Desapareciste! ¡Desapareciste! Extendió los brazos para abrazarlo. Desapareciste y entonces me dije: iré a buscar al Jorobado, y aquí estoy.

Dio un paso atrás para mirarlo. Le había crecido la barba, tenía el pelo enredado, la piel sucia, y sus ojos, fijos en ella, enfocaban un poco demasiado lejos.

¿Cómo has llegado hasta aquí?

Dejé el coche en un *chalet* un poco más abajo.

¿En el que está la vieja?

Ahora no hay nadie, y las ventanas están tapiadas con tablones.

Deben de haber bajado ya las vacas, dijo él. ¿Qué día es hoy?

Treinta de septiembre.

¿A qué viniste el día que yo estaba quemando las ovejas?

¿Qué quieres decir?

Subiste hasta La Roca de St. Antoine con tu marido.

No.

El día que estaba quemando las ovejas; te vi.

Tiene que haber sido otra persona.

Nunca te confundiría con otra mujer.

Me dio mucha pena cuando supe lo que había pasado con tus ovejas, Boris.

Mi abuela solía decir que los sueños dicen lo contrario de la verdad. Anoche soñé que teníamos una hija, así que en realidad será un niño.

No estoy embarazada, Jorobado.

¿Es verdad eso?

No quiero mentirte.

¿Por qué viniste a espiarme? Si estás diciendo la verdad, dílo.

Yo no quería.

¿Por qué no te acercaste a hablar conmigo?

Tenía miedo.

¿De mí?

No, Jorobado, de lo que estabas haciendo.

Estaba haciendo lo que tenía que hacer. Luego iba a ir a verte.

Te estuve esperando, dijo ella.

No, no estuviste esperándome. Habías visto lo que querías ver.



He venido ahora.

Si es concebido hoy, nacerá en junio.

Tras estas palabras, la tomó bruscamente del brazo y la condujo hacia el destartalado *chalet*, cuya madera estaba totalmente ennegrecida por el sol. Abrió la puerta de una patada. La habitación era lo suficientemente grande para alojar cuatro o cinco cabras. En el suelo de tierra había extendidas unas mantas. La ventana, que no era más grande que un transistor, estaba gris, opaca, a causa del polvo acumulado en ella. Había una bombona de gas y un hornillo, sobre el que puso un cazo negro que contenía café.

Te daré lo que quieras, dijo.

Estaba de pie en la penumbra de la habitación con las manos extendidas. Tras él, en el suelo, había un montón de ropa, entre la cual ella reconoció la gorra del ejército americano y una camisa roja que una vez le había planchado. En el rincón más alejado se oyó algo que se arrastraba, y un cordero avanzó cojeando hacia la puerta, en la que estaba echado uno de los perros. El suelo de tierra batida olía a polvo, a animales y a café. Tras levantar el cazo, Boris apagó el hornillo, y cesó el siseo de la llama. El silencio que siguió fue muy diferente de cualquier otro silencio abajo en el valle.

Si es un chico, le compraré un caballo...

Haciendo caso omiso del bol de café que él le estaba ofreciendo, sin esperar al final de la frase, ella salió huyendo. Él se acercó a la puerta y la vio correr a trompicones colina abajo. Miraba hacia atrás de vez en cuando, como si pensara que la seguían. Él no se movió de la puerta, y ella no dejó de correr.

Por la noche empezó a nevar, suavemente, como de prueba. Una vez que hizo entrar a los tres perros, Boris atrancó la puerta con cerrojo, cosa que nunca hacía, se echó al lado de los animales y trató de dormir llevándose el puño a la boca. A la mañana siguiente, bajo los pinos nevados y por entre las zarzas y los charcos de agua helados, condujo su rebaño de miserables ovejas grises hacia la carretera que bajaba al pueblo.

Cuando Corneille, el tratante de ganado, llegó con el camión frente a su casa y luego, con las lentas zancadas propias de los hombres gruesos como él, caminó por la nieve para llamar en la ventana de la cocina, Boris no se sorprendió. Sabía a qué había venido. Increpó a los perros, que se habían puesto a ladrar, y los amenazó con salarlos y ahumarlos si no se quedaban tranquilos, y abrió la puerta. Corneille, echándose el sombrero hacia atrás, se sentó en una silla.

Hacía mucho que no te veía, dijo Corneille. Ni siquiera estuviste en la Feria del Frío. ¿Cómo te van las cosas?

Tranquilas, contestó Boris.

¿Sabes que van a cerrar el matadero de Saint-Denis? Ahora hay que llevarlo todo a A...

No lo sabía.

Cada vez hay más inspecciones, cada vez hay más funcionarios. El oficio está desapareciendo.

¡Oficio! ¡Menuda forma de llamarlo!

A ti nunca te ha faltado, dijo Corneille. En esto, me quito el sombrero ante ti.

En realidad, se lo dejó puesto y se subió el cuello del abrigo. La cocina estaba fría y vacía, como si, al igual que las hayas de afuera, hubiera perdido las hojas, las hojas de las pequeñas comodidades.

Hasta te diré, continuó Corneille, que nadie me puede enseñar ninguna treta nueva, me las sé todas, pero tampoco hay ninguna que yo te pueda enseñar. Es verdad que has tenido mala suerte, y no solo el mes pasado, arriba en la montaña. ¡Pobre tío, Boris!, nos decimos. ¿Cómo va a salir de esta? Has tenido mala suerte, y nunca tuviste suficiente dinero disponible.

Del bolsillo derecho del abrigo sacó un mazo de billetes de cincuenta mil y lo puso en el borde de la mesa. Uno de los perros se acercó y le olisqueó la mano. ¡Fuera!, dijo Corneille, empujando al perro con uno de sus inmensos muslos; al estar cubierto por el abrigo, el muslo avanzó como una pared.

Te lo digo yo, Boris. Tú podrías comprar las patas traseras de una cabra y cambiarlas por un caballo. Y con esto te estoy haciendo un cumplido.

¿Qué quieres?

¿No me vas a ofrecer un vaso de algo? No hace mucho calor en esta cocina.

¿*Gnôle* o vino tinto?

Un vasito de *gnôle* entonces. No le afecta tanto al viejo cachivache que tengo entre las piernas.

Eso dicen.

Me han dicho que la volviste loca, dijo Corneille, y que al marido se los pusiste bien puestos.

Boris no dijo nada y sirvió los vasos.

No todo el mundo puede hacer lo mismo, dijo Corneille. Eso le anima a uno.

¿Tú crees? ¿Para qué me estás enseñando tu dinero?

Para hacer un negocio, Boris. Un negocio honrado, por una vez, porque sé que no te puedo engañar.

¿Sabes cómo cuentas, Corneille? Tú cuentas: uno, dos, tres, seis, nueve, veinte.

Los dos hombres se rieron. El frío subía en forma de bruma del suelo de piedra de la cocina. Vaciaron los vasitos de un trago.

El invierno va a ser largo, dijo Corneille; la nieve ha venido a quedarse. Nos aguardan sus buenos cinco meses de nieve. Esa es mi predicción, y el tío Corneille ha vivido ya muchos inviernos.

Boris volvió a llenar los vasos.

El precio del heno subirá a trescientos la bala antes de Cuaresma. ¿Cómo se te dio a ti este año?

Estupendamente.

No te pregunto por las mujeres, amigo, sino por el heno.

Estupendamente, repitió Boris.

Veo que tus caballos están todavía fuera, dijo Corneille.

Tienes buena vista.

Me estoy haciendo viejo. Mi viejo cachivache ya no es el potro que era en tiempos. Me han dicho que es muy hermosa, que tiene clase.

¿Qué quieres?

He venido a comprar.

¿Sabes lo que dicen los árboles cuando el hacha entra en el bosque?, preguntó Boris.

Corneille se bebió de un trago el contenido del vaso y no respondió.

Cuando el hacha entra en el bosque, los árboles dicen: ¡Mira, el mango es uno de los nuestros!

Por eso sé que no te puedo engañar, dijo Corneille.

¿Cómo sabes que quiero vender?, preguntó Boris.

Cualquier hombre en tu situación querría vender. Todo depende de la oferta, y yo voy a decirte una cifra que te va a dejar pasmado.

¡Pasmado yo!

¡Tres millones!

¿Qué es lo que quieres comprar por esa cantidad? ¿Heno?

¡Tu estupendo heno!, dijo Corneille quitándose el sombrero y poniéndoselo de nuevo un poco más atrás. No. Quiero comprarte todo lo que tengas sobre cuatro patas.

¿Has dicho diez millones, Corneille?

Boris se quedó mirando la nieve al otro lado de la ventana con aire de indiferencia.

Sin tener en cuenta la condición en la que están, amigo mío. Estoy comprando a ciegas. Cuatro millones.

No estoy interesado en vender.

Como quieras, dijo Corneille. Se inclinó hacia delante y, poniendo los codos sobre la mesa, como una vaca levantándose del suelo del establo —primero los cuartos traseros y luego las patas delanteras— acabó por ponerse en pie. Colocó una mano sobre el mazo de billetes, como si fuera una boca abierta gritando.

He sabido de tus problemas, dijo suavemente, con la voz que pone la gente en el cuarto de un enfermo. Tengo una debilidad por ti, así que me dije: en este momento necesita a sus amigos y yo puedo ayudarle. Te doy cinco millones.

Llévatelo todo, dijo Boris. Como dices, va a ser un largo invierno. Llévatelo todo y deja el dinero sobre la mesa. Seis millones.

Ni siquiera sé cuántas ovejas estoy comprando, musitó Corneille.

En esta tierra, Corneille, nunca sabemos lo que compramos. Tal vez exista otro planeta en el que todos los tratos sean honrados. Todo lo que sé es que aquí la tierra

está poblada por todos aquellos que Dios desechó por defectuosos.

Cinco y medio, dijo Corneille.

Seis.

Corneille levantó la mano del montón y estrechó la de Boris.

Aquí hay seis. Cuéntalo.

Boris contó los billetes.

Si quieres un pequeño consejo de una picha vieja, Corneille hablaba despacio, sin aspavientos, si quieres un consejo, no te lo gastes todo en ella.

Para eso tendrás que esperar y ver, Corneille, exactamente lo mismo que voy a hacer yo.

A esto siguió la correspondencia entre Boris y la rubia. Consistió en dos cartas. La primera, matasellada el 30 de octubre, era de él:

*Querida mía:*

*Tengo el dinero para nuestro viaje a Canadá.*

*Te espero.*

*siempre tuyo, Boris.*

La segunda, fechada el primero de noviembre, era de ella:

*Querido Jorobado:*

*En otra vida podría ir; en esta,*

*perdona a Marie Jeanne.*

Ya no tenía ovejas que alimentar. Los caballos habían desaparecido del huerto cubierto de nieve. Cuando el camión vino a buscarlos, quedó media bala de heno caída en la nieve, y Boris la lanzó dentro, detrás de los caballos. Marc tenía razón en un pequeño punto cuando decía que Boris murió como uno de sus propios animales. El no tener que echar de comer a ningún animal le dio la idea de no comer él mismo.

Escondió una botella de champán, preparada para servirla fría, en el pilón, entonces medio cubierto de hielo, del patio. El agua despegó la etiqueta, y una semana después estaba flotando en la superficie. Cuando la policía abrió la alacena, encontró un gran tarro de cerezas en aguardiente adornado alrededor con un lazo inmenso y una caja de chokolatinas After Eight, abierta pero intacta. Pero más curioso todavía, en el suelo, bajo las ventanas sin cortinas, encontraron una caja de cartón de pastelería con los bordes dorados que contenía de esas peladillas rosas que a veces se dan a los invitados en los bautizos. También en el suelo había dos mantas, excrementos de perro y papeles de periódico húmedos. Pero los perros no habían tocado los dulces.

Dentro de la casa, durante el incesante período de espera, no escuchaba los

sonidos que llegaban de fuera. Su oído era inmejorable, como lo es el mío ahora registrando el sonido de la pluma sobre el papel —un sonido que se parece al de un ratón por la noche royendo con toda seriedad lo que su afilado hocico acaba de descubrir entre sus patitas. Su oído era inmejorable, pero su indiferencia era tal que el cacareo del gallo de un vecino, el sonido de un coche subiendo por la carretera, desde la cual se ve la chimenea de su casa desde arriba, los gritos de los niños, el zumbido de la sierra mecánica en el bosque, al otro lado del río, la bocina de la furgoneta del cartero, todos estos sonidos perdieron su nombre, dejaron de contener mensaje alguno, se quedaron vacíos, mucho más vacíos que el silencio.

Aguardaba, y nunca perdió ni por un instante, ni despierto ni dormido, la imagen de lo que esperaba —el pecho en el que por fin podía alojarse su rostro—, pero ya no sabía de dónde vendría lo que estaba esperando. Ya no había un camino en el que mirar. Su corazón seguía estando bajo su costilla izquierda; seguía partiendo el pan para los perros con la mano derecha mientras sostenía la hogaza con la izquierda; al caer la tarde, el sol seguía ocultándose detrás de la misma montaña, pero había dejado de haber dirección alguna. Los perros sabían cuán perdido estaba.

Por eso dormía en el suelo, por eso nunca se cambiaba de ropa, por eso dejó de hablar con los perros y se limitaba a aproximarlos o a alejarlos con el puño.

Cuando subió la escalera de mano hasta el granero, se dio cuenta de que se había olvidado la sogá y, mirando al heno, vio unas yeguas en el momento de parir. Y, sin embargo, considerando el ayuno al que se había sometido, tuvo muy pocas alucinaciones. Cuando se quitó las botas para caminar sobre la nieve, sabía lo que estaba haciendo.

En un día soleado de finales de diciembre, caminó descalzo por la nieve del huerto en dirección al torrente que marca el límite del pueblo. Fue allí en donde vio por primera vez los árboles que no estaban cubiertos de nieve.

Los árboles de un bosquecillo que yo podría ver ahora por la ventana si no fuera de noche. Tiene una forma más o menos triangular, con un tilo en el vértice. También hay un gran roble. Los otros árboles son un fresno, un haya y un sicómoro. El sicómoro quedaba a la izquierda del lugar en el que estaba Boris. Pese a la luz de aquella tarde de diciembre, el interior del bosquecillo parecía oscuro e impenetrable. El hecho de que ninguno de los árboles estuviera cubierto de nieve le pareció improbable, pero grato.

Se quedó vigilando los árboles como podría haber vigilado sus ovejas. Era allí en donde encontraría lo que estaba esperando. Y este descubrimiento del lugar de la llegada era en sí mismo una promesa de que su espera se vería recompensada. Caminó despacio de vuelta a casa, pero el bosquecillo estaba todavía ante sus ojos. Cayó la noche, pero seguía viendo los árboles. Se aproximó a ellos en el sueño.

Al día siguiente volvió a caminar por el huerto en dirección al torrente. Y, cruzando los brazos sobre el pecho, estudió el bosquecillo. Había un claro. Estaba menos oscuro que entre los árboles. Ella aparecería en ese claro.

Ella había perdido su nombre —al igual que la botella de champán que estaba guardando para su llegada había perdido la etiqueta. Ya no tenía nombre, pero su pasión había conservado todo lo demás que había en ella.

Durante los últimos días del año, el claro del bosquecillo se fue haciendo cada vez más grande. Había espacio y luz alrededor de cada árbol. Cuantos más dolores tenía, más seguro estaba de que se acercaba el momento de la llegada de la mujer. El dos de enero por la tarde entró en el bosquecillo.

Durante esa noche, los vecinos de Boris oyeron aullar a los tres perros. A la mañana siguiente, temprano, trataron de abrir la puerta de la cocina, que estaba cerrada por dentro. Por la ventana vieron el cuerpo de Boris en el suelo; estaba con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Nadie se atrevió a saltar por la ventana por miedo a los perros, que lloraban salvajemente la vida que había terminado.

Y así he contado la historia. El viento arrastra la nieve pulverizada formando profundos remolinos. El blanco lo envuelve todo, incluso el aire. Si sales a caminar con esta ventisca por los campos, lejos de la protección del pueblo, en un minuto tienes las mejillas cubiertas de hielo, y, si te quedas un rato, el dolor que sientes en el cráneo se convierte en una especie de conmoción cerebral, como después de haber sufrido un golpe.

Quienes crean que no existe el mal y que el mundo fue hecho bueno deberían salir esta noche a los campos.

En una noche como esta, una partida de cartas es como llevar una cama hasta el centro de la habitación. Cuatro de nosotros nos hemos reunido para jugar al pinacle. Se ha ido la luz. Las dos velas iluminan justo lo necesario para ver las cartas que tenemos en la mano. La Patronne se pone las gafas. De vez en cuando se saca una linterna del bolsillo para distinguir entre un corazón y un diamante.

## La era de los cosmonautas

Si se pudiera dar un nombre a todo lo que sucede, sobrarían las historias. Tal y como son aquí las cosas, la vida suele superar a nuestro vocabulario. Falta una palabra, y entonces hay que relatar una historia. ¿Cuál era, por ejemplo, la relación entre el viejo vaquero Marius y la criatura que Danielle llevaba en su vientre cuando dejó el pueblo? ¿Era Marius el padrino del niño? No es muy probable.

La historia comenzó y acabó en el verano de 1982, arriba en la montaña, en los pastos que llamamos Peniel. Algunos dicen que el nombre Peniel viene de la Biblia. Génesis, Capítulo 32. Pero si lo lees, no te enterarás de lo que sucedió realmente entre Marius y Danielle.

Peniel es una meseta situada a una altura de 1.600 metros. Desde la escarpada pared rocosa que forma uno de sus márgenes, se domina el pueblo. Desde aquí, cuando hay tormenta y hace sol, miras hacia abajo y ves el arco iris: como si tuvieras a tus pies el ojo de un puente. La pendiente rocosa es fundamentalmente caliza, mezclada aquí y allá con flysch. Los otros márgenes de la meseta se pierden allende las montañas.

Alguna vez hubo un bosque en esta meseta, y todavía se conservan algunos troncos gigantescos, cubiertos por una capa de arcilla, bajo el mantillo en el que crece el pasto. Allí en donde esta arcilla y el antiguo bosque están más cerca de la superficie, la tierra es oleosa y húmeda, y sobre las rocas crece un musgo verde oscuro, que, si lo tocas o te tumbas en él, tiene el tacto del pelo de un animal. Así es como las rocas se convierten en animales.

Hace años, cuando el ruso Gagarin, el primer hombre que salió al espacio, daba vueltas alrededor de la tierra, los veinte *chalets* dispersos por la zona de Peniel alojaban, cada verano, ganado, mujeres y hombres. El ganado era tanto, que la hierba no sobraba, y, por común acuerdo, se limitaba el tiempo del pasto. Te levantabas a las tres de la madrugada para ordeñar y llevabas las vacas a pastar en cuanto se hacía de día. A las diez, cuando el sol empezaba a estar alto, las encerrabas de nuevo y aprovechabas para hacer los quesos. A mediodía, en el establo, les ponías hierba segada. Después de comer te echabas una siesta. A las cuatro volvías a ordeñar, y solo entonces sacabas las vacas a pastar por segunda vez y permanecías en los pastos con ellas hasta que ya no se distinguían los árboles, sino solo la mancha del bosque. Volvías a entrar las vacas entonces y, cuando ya se habían acostado sobre su lecho de paja, podías salir fuera y escrutar la noche, en la que la Vía Láctea parecía hecha de gasa, para intentar localizar a Gagarin dando vueltas en su Sputnik. Todo esto era hace veinticinco años. Durante el verano en cuestión —el verano de 1982—, solo dos de los veinte *chalets* estaban habitados: uno por Marius y el otro por Danielle, y había tanta hierba, que podían dejar pastar a los animales día y noche.

Los dos *chalets* están separados por un collado flanqueado por dos crestas, la de St. Pair y la Tete de Duet. A Danielle le llevaba media hora atravesar el paso para

llegar hasta el *chalet* de Marius.

¿Por qué tienen un olor tan fuerte los machos cabríos?, le había preguntado Marius la primera vez que ella se había acercado hasta allí. Tras un invierno de hielo y nieve, ¿en cuanto entras en el establo, sabes que el año pasado hubo uno! Los carneros no huelen así, ni los toros, ni tampoco los sementales, ¿por qué sí los machos cabríos? El único olor tan fuerte como el del macho cabrío, continuó Marius, es el olor de las tenerías. Cuando volví al pueblo, me llevó seis meses sacarme esa peste de la piel. Cuando volví al pueblo, podías arrancar un pelo de cualquier parte de mi cuerpo —clavó sus ojos astutos y resueltos en Danielle, de modo que a ella no se le escapara lo que quería decir—, de cualquier parte de mi cuerpo, olerlo y decir: este hombre ha trabajado en una tenería.

¿Cómo quieres que sea un macho cabrío?, contestó Danielle; todos los machos cabríos huelen, ¿o no?

La otra cosa, aparte del tufo de la tenería, que Marius se había traído consigo de vuelta al pueblo era su manera de llevar el sombrero. Llevaba el sombrero desenfadadamente caído sobre un ojo. Como un jefe. No el jefe de una fábrica, sino el jefe de una banda. Y nunca iba sin sombrero. Dormía con él puesto. Cuando encerraba las vacas después de una tormenta —si el chaparrón es grande se niegan a moverse; bajan la cabeza, colocan la espalda como si fuera un tejado, de forma que la lluvia resbale por ambos costados, y esperan—, cuando Marius encerraba el rebaño después de una tormenta y su sombrero estaba tan empapado, que incluso en el interior continuaba lloviéndole encima, se lo quitaba y directamente se ponía otro.

Ponerse un sombrero era para él un gesto de autoridad, y desde los diecisiete a los setenta, la autoridad que encerraba ese gesto no había cambiado. Ahora llevaba el sombrero como si esperara una obediencia total por parte de las treinta vacas y el perro.

Esa de ahí es Violette, le dijo entre dientes a Danielle, señalando con el bastón a una inmensa vaca castaña de ojos y cuernos negros. Siempre es la última en acudir cuando las llamo, siempre está alejándose sola; tiene su propio sistema esta Violette, ¡y yo me voy a deshacer de ella en el otoño!

Había perdido a su padre a los catorce años. Su padre, que se casó dos veces, era un apasionado del juego. En invierno, todas las noches decía: *¡Sauva la graisse!* Limpia la grasa de la mesa, que vamos a jugar a las cartas. Y así empezó a ser conocido como Emilien à Sauva; y su hijo, como Marius a Sauva.

Emilien, el padre, dejó poco, aparte de las deudas. Vendieron la casa familiar, y Marius, que era el hijo mayor, tuvo que irse a París a buscar trabajo. Al subirse a un tren por primera vez en su vida, juró que volvería con el dinero suficiente para pagar las deudas de la familia y poder tener el rebaño de vacas más grande del pueblo.

¿Conque te vas a deshollinarles las chimeneas?, le preguntó el revisor.

Me comeré su mierda, contestó el muchacho —Marius—, si me pagan más por hacerlo.



Consiguió lo que se había jurado. Trabajó en una tenería en Aubervilliers, un poco al norte del Arc de Triomphe. Cuando cumplió treinta años, había pagado las deudas de la familia. A los cincuenta, tenía el rebaño más grande del pueblo.

Hoy están tranquilas, Danielle, continuó, tranquilas y conformes, y no se dispersan. No como ayer; ayer sentían la tormenta, y había hormigas voladoras. Se echaban a correr con el rabo levantado. Ya te imaginas cómo estaban ayer de insoportables. Y hoy están dulces como la miel. Tan dulces como la miel, Danielle.

Era al principio del verano, y la hierba estaba plagada de flores: orquídeas, árnicas, cambroneras rojas, botones de oro y centaureas azules que, según dicen, son el alma de los poetas.

Danielle tenía veintitrés años. Su madre había muerto, y ella vivía con su anciano padre, que tenía cinco vacas y algunas cabras. Trabajaba en el almacén de una fábrica de muebles. Pero en la primavera del 82, la fábrica quebró, y ella le propuso a su padre llevar los animales a los pastos, al chalet en donde, de niña, había pasado varios veranos con su madre.

¿Cómo tiene el valor de quedarse allí arriba sola?, se preguntaban en el pueblo. Pero la verdad era que no necesitaba valor. Le gustaba: el silencio, el sol, la lenta rutina diaria. Como muchas personas seguras de sí mismas, Danielle intimidaba un poco. En los bailes del pueblo, los muchachos no se la rifaban como pareja, aunque bailaba bien y tenía las caderas anchas y los pies pequeños. No estaban seguros de que fuera a reírse de sus bromas. Así que decían que era *aburrida*. En realidad, ese aburrimiento que le atribuían era un tipo de imperturbabilidad. Tenía la cara ancha — un poco parecida a la de una india piel roja— y los ojos oscuros; unos hombros fuertes, las muñecas finas y unas manos regordetas y capaces. Era fácil imaginar a Danielle de madre de varios niños, salvo que no parecía tener prisa en encontrar un hombre que fuera el padre.

¡Abuelo!, le dijo bromeando a Marius, cuando volvió a visitarlo por segunda vez unos días después. Se lo tiñe, ¿verdad?

¿Teñir el qué?

A los setenta no tiene ni una sola cana.

Es la raza.

Danielle miró hacia otro lado, como si de repente se hubiera olvidado de su broma. Unas cuantas nubes blancas sobre las cumbres eran el único signo de que el mundo seguía su curso.

Mi padre tenía el mismo pelo, continuó Marius, espeso y negro, cuando clavaron la tapa de su ataúd. ¡Trae de vuelta a Lorraine, Johnny!, le gritó al perro. ¡Tráela!

El perro dio un brinco y echó a correr en busca de la vaca, que se alejaba por la ladera hacia el Oeste. A lo largo de todas las temporadas en los pastos de Peniel, las vacas habían ido abriendo con las pezuñas estrechos senderos, como terrazas, en las pendientes. Puedes seguir uno de estos caminos sin llegar a darte cuenta realmente de que a un lado la caída se hace cada vez más abrupta.

¡Trae a Lorraine!

Marius tenía su propia manera de gritar. Sus gritos sonaban como una orden y un ruego al mismo tiempo. Todo el mundo descubre la manera de hacer que su voz se oiga en las montañas y todo el mundo sabe que los animales responden a los sonidos que son cantarines. Pero sus voces no eran musicales; eran una suerte de grito compulsivo y cada frase terminaba con el sonido ¡ya! ¡Johnny trae ya! ¡Coge ya! ¡Ahí, Johnny, ya! Alguien que se despertara de repente sobresaltado podría gritar igual que Marius cuando daba órdenes a su perro.

¡Trae a Lorraine ya!

Es peligroso, dijo. Lilac se cayó ahí hace dos años y se rompió una pata. Para salvar la carne tuve que cortar la res con un hacha y llevar los cuartos montados en la narria hasta el *chalet*. Solo. Sin nadie que me ayudara, sin nadie a la vista.

La siguiente vez que Danielle fue a visitarlo era al anochecer. Había hecho mucho calor todo el día, y las cabras estaban tan lánguidas como ella. Cuando acabó de ordeñar, subió hasta el collado. Desde allí se oían los cencerros del rebaño de Marius, y, al mismo tiempo, detrás de ella y con más fuerza, los de sus cinco vacas. Llevaba una linterna, por si la necesitaba a la vuelta.

Marius estaba sentado en una banqueta en el establo, vacío a excepción de una vaca. Alzó la cara, oculta bajo el sombrero, y sus ojos negros se quedaron fijos, absortos, en Danielle.

Estaba haciendo todo lo posible por hacerte venir, gruñó, tal vez necesite de tu ayuda cuando haya que tirar. Conozco a la Comtesse.

Comtesse, la vaca que estaba ante ellos, tenía la cola levantada, y unos brillantes bucles de mucosidad colgaban de su distendida vulva. Danielle aproximó la cabeza y comprobó la temperatura de los cuernos.

Lo que necesita, dijo, es un poco de rocío en la nariz.

Le entraron ganas de hacer bromas porque veía que a Marius le temblaban las manos. ¿A cuántas vacas habría ayudado a parir durante su vida? Y esta no era la única, sino que tenía treinta. ¿Por qué tenía que estar tan nervioso? Los últimos rayos de sol se filtraban entre los listones de la pared de poniente. Cuando Comtesse movió la cabeza, el cencerro que llevaba alrededor del cuello sonó como un animal herido. El ambiente era sofocante, como si toda la madera del suelo y de las paredes y del tejado, toda la madera del establo, tuviera fiebre; Danielle sabía por qué estaba nervioso. Para estar así de nervioso tenía que ser un hombre y tenía que ser viejo; no era el peligro de perder el ternero o la vaca lo que le preocupaba; era una cuestión de orgullo. Como si tuviera que pasar una prueba, como si lo estuvieran juzgando. Ninguna mujer, joven o vieja, sufriría así.

Tiene la cabeza girada, murmuró Marius, echándose el sombrero hacia atrás, por eso no sale el hijo puta.

Por tercera o cuarta vez, se enrolló la manga de la camisa hasta el hombro e introdujo el brazo derecho en la vaca. La Comtesse estaba ya tan débil, que se

tambaleaba, como borracha.

¡Por el amor de Dios! ¡Sujétala!, gritó, ¿quieres romperme el brazo? ¡Que no se caiga! ¡Santo Dios! ¿Será posible? ¡Que la sujetes! ¿Me estás oyendo? Puede que tu padre sea mi peor enemigo, pero tú tienes que mantenerla en pie, ¿me oyes?

Mientras le gritaba de esta forma a Danielle, permanecía muy quieto, palpando sistemáticamente con la mano abierta y los dedos separados, como sondas, para encontrar la espalda y luego las caderas del ternero y girarlas entonces con una sola mano, a fin de situar correctamente al animal en su camino. Sudaba profusamente, lo mismo que Danielle y Comtesse. Mucosidad, madera impregnada con un siglo de olor a vacas, sudor y, en alguna parte, la emanación de yodo que acompaña al nacimiento.

Ya está, dijo con un gruñido. Sacó el brazo, y casi inmediatamente asomaron las dos pezuñas delanteras, que tenían el mismo aire de abandono de los gatitos ahogados. Danielle tenía la soga en las manos, impaciente por atarla en torno a las pezuñas y tirar y terminar así de una vez con un parto que ya había durado demasiado; pero dudaba, porque Marius se había quedado parado, con la cara a unos centímetros de la vulva de la vaca y los ojos vueltos hacia arriba, como si estuviera rezando.

¡Ya viene! Está saliendo. El ternero salió y cayó, flácido, agotado, en los brazos de Marius. Se roció los dedos con aguardiente y se los metió en la boca al ternero para que los chupara. Parecía más muerto que vivo. Se lo acercó a Comtesse, que le lamió la cara y luego mugió. Emitió un sonido alto y penetrante: un sonido alocado, pensó Danielle. El ternero se estiró. La chica fue a buscar una brazada de paja.

Cuando todo estuvo dispuesto, Marius se sentó en la banqueta; su mano derecha, con la que había girado al ternero, estaba aún abierta y extendida y seguía efectuando en el aire del establo los mismos movimientos que había hecho en el útero de la vaca.

¡Desde luego que sabe usted lo que se hace, abuelo!

Por la puerta se colaba una suave brisa. El establo se iba quedando en penumbra.

No podría haberlo hecho sin ti, dijo.

Yo no hice nada.

Él se rio y empezó a bajarse las mangas de la camisa. ¡Pero estabas aquí!, gritó, ¡estabas aquí! La sostuviste en pie.

De vuelta a casa se alegró de llevar la linterna, pues el collado cruza de Norte a Sur, y estando la luna todavía baja en el Este, el paso entre los riscos estaba muy oscuro. Se paró a mirar las estrellas, que desde allí, al ser total la oscuridad, parecían diez veces más brillantes.

Lo observaba a menudo. Hacia mediodía, dejaba las cabras solas y subía hasta el collado, en donde soplabá un poco de brisa, y comía allí. Para ser sincera, lo espiaba, pues tenía buen cuidado de esconderme.

Sus hijos, que habían dejado la casa, decían que era un tirano. Y lo que los tiranizaba, aparte de sus órdenes, eran sus fuerzas inagotables.

¡Tráelo, ya! ¡Llévalo, ya!

Cada tarde hacía un plan diferente sobre dónde y cómo debían pastar sus vacas. Nunca las dejaba tranquilas.

Siempre había chovas revoloteando en el collado. Cuando hacía sol y volaban cerca del risco de St. Pair, sus sombras se proyectaban en la pared de roca, y así parecía que se duplicaba el número de pájaros en vuelo. Luego, en un momento preciso, el guía de la bandada viraba hacia el sol, y, al girar los otros para seguirlo, sus sombras se desvanecían inmediatamente, de forma que parecía que la mitad de los pájaros se hubieran esfumado de repente. A veces me quedaba allí tumbada viendo cómo aparecían y desaparecían los pájaros hasta que perdía la noción del tiempo. Miraba hacia abajo y observaba a Marius y su rebaño junto al torrente, donde las vacas iban a beber a mediodía, y un momento después se habían alejado cinco kilómetros.

Una semana después, Danielle volvió a visitar a Marius. Estaba con el rebaño junto al bosque en el que algunos pastores, dos generaciones antes que ellos, habían excavado en busca de oro y no habían encontrado nada.

Marius la saludó diciendo: ¡Un día tú también serás vieja! ¡Incluso tú, Danielle! Anoche me caí.

¡No me diga!

Todos envejecemos.

¿Cómo se cayó?

A modo de respuesta, empezó a desabrocharse el cinturón. Los pantalones, apelmazados de barro y bosta de vaca, mil veces empapados y secados al aire, estaban, como era normal en él, sin abotonar en el frente. Entonces cayeron al suelo, rodeándole los tobillos. Se volvió para que ella pudiera verle la parte posterior del muslo; algo muy afilado le había desgarrado la carne, como un jirón, justo debajo de la nalga. Tenía las piernas blancas, tan blancas como debió de tenerlas cuando todavía estaba en la cuna.

¿Es profunda?, preguntó.

Hay que limpiarla.

Sangró como un cerdo.

¿Qué le ha puesto?

Coñac y árnica.

Hay que lavarla y vendarla, dijo ella.

¿Cómo es?

Mide unos diez centímetros y es roja, como todas las heridas.

¿Tiene mal aspecto? Es que no puedo vérmela.

Se curará si la mantiene limpia.

¡Todo lo que no te mata acaba sanando!

Tenía el ala del sombrero plagada de moscas.

Vayamos a casa, dijo él.

El cuenco en el que había tomado el café con leche y el pan de la mañana estaba todavía sobre la mesa de la cocina.

Como vivo solo no tengo que cambiar los platos, dijo.

¿Dónde se cayó?

Ahí fuera, junto a la leña. Todas las noches dejo preparadas las astillas para encender el fogón por la mañana. Debí de tropezar, no sé cómo.

Hace demasiado, abuelo.

¿Quién lo va a hacer si no? ¿Sabes cuántos quesos he hecho esta semana?

Ella negó con la cabeza.

Treinta.

Tiene usted un hijo abajo en el pueblo.

Pero solo le interesa que lo hagan alcalde.

Nunca lo elegirán.

Te haré un café. Enchufó un molinillo eléctrico. No sé lo que haría sin electricidad, dijo; ¡la electricidad puede sustituir a una esposa! Y le hizo un guiño. Un guiño franco y cómplice.

Ella bebió unos sorbos de café. Empezaron a caer unas gotas de lluvia. Un minuto después, la lluvia golpeaba el tejado como un borracho, y se oyeron truenos.

¿No te da miedo, Danielle?

Ella repitió lo que tantas veces había oído decir. Hay tres tipos de tormenta: la tormenta de lluvia, la tormenta de granizo y la tormenta de fuego; y no se puede hacer nada por remediar ninguna de las tres.

Las vacas no se moverán con esta lluvia.

Cuando la tormenta se alejó, ella dijo: si se tumba, le limpiaré la herida.

El *chalet*, además del pajar y el establo, tenía dos habitaciones, una sin ventanas, para almacenar los quesos, y otra con una ventana, que era en la que se hacía la vida. La cama, situada en la esquina opuesta al fogón, era de madera y estaba atornillada a la pared. Se subió a ella, le alcanzó una botella de aguardiente, se volvió de espaldas y se bajó los pantalones. A un lado de la cama, clavada con chinchetas a las planchas de madera, había una foto en color, que había sido arrancada de una revista y representaba una gran manifestación política junto al Arco del Triunfo. Ella vertió un poco de aguardiente en un paño y empezó a limpiar la herida.

Había mucha gente aquel día, dijo mirando la foto.

La recorté porque he visto el Arco del Triunfo, contestó. Lo conozco bien.

De joven, pensó ella al agarrarle la pierna —que era blanca como la de un bebé—, debió de ser bien guapo, con esos ojos oscuros, las cejas espesas y el bigote negro como el azabache. Seguramente en París no faltó quien le pretendiera. Pero si quería

permanecer fiel a su juramento, no podía permitirse casarse —independientemente de lo que hiciera— con una modistilla o una florista. Tenía que encontrar una mujer que supiera ordeñar las vacas que se iba a comprar.

Apretó los puños.

¿Le hago daño?

¿Daño? ¿No sabes lo que le hicieron a Jesús? A Jesús le colgaron de una cruz atravesándole las manos y los pies con clavos, hasta llegar a la madera. Así es como lo hirieron. ¡Y él no era un pecador como yo!

No se casó hasta que volvió al pueblo. Elaine, su mujer, murió joven, y al día siguiente de su funeral, se compró una ordeñadora mecánica.

Danielle vertió un poco de aguardiente sobre la herida y luego cogió el trozo de estopilla nueva que él le había dado y empezó a vendarle el muslo. Para hacerlo tenía que inclinarse sobre él y pasar una y otra vez la mano entre sus piernas, a la altura del escroto; y cada vez, por respeto hacia él, cerraba los ojos.

Me gustaría ir a París, dijo mientras le vendaba. Hasta ahora nunca se me ha presentado la oportunidad.

Espera un poco más, Danielle. Todavía eres joven, y un día irás a París y a Roma y hasta a Nueva York. La gente va hoy volando a todas partes. Lo verás todo.

Se sentó al borde de la cama balanceando las piernas e hizo una pequeña mueca de dolor.

¿Está demasiado apretada?

No. Perfecta.

Se agachó, se subió los pantalones y se abrochó el cinturón. No se quitó ni el sombrero ni las botas durante toda la operación.

La tormenta había pasado, y todo estaba lavado y limpio. Incluso el aire. Abajo, parecía que los valles que conducen por el Este hacia las montañas de cumbres nevadas hubieran sido pintados por un miniaturista hacía miles de años. En contraste, en Peniel, las rocas cubiertas de musgo, la hierba y los pinos, parecían nuevos, como recién creados. El humor de Marius cambió con la presión atmosférica, y los ojos le brillaban de alegría.

Ven a ayudarme a entrar el rebaño, dijo. No, no protestes; puedes acompañarnos hasta Nimes y cruzar por donde el pino cembro hasta el paso.

Caminaron con el perro por el lindero del bosque. Llegados a un punto, Danielle se alejó del viejo desviándose hasta una hondonada en donde se crían unas setas que se llaman «cojón de lobo». Solo se pueden comer cuando acaban de salir; luego se convierten en polvo.

Cuando volvió a reunirse con él, Marius dijo: Eres tan atrevida como un fantasma, Danielle.

Es una pena, contestó ella, que los fantasmas no sean felices.

¡La felicidad! Dijo esta palabra como si fuera el nombre de una de sus vacas más antipáticas, como Violette. ¡La felicidad!

¡Alcánzala, ya! ¡Trae a Marquise, ya!

Nadie es feliz, anunció él. Solo hay momentos felices. Como este ahora aquí contigo.

No les resultó difícil reunir el rebaño aquella tarde, y solo tuvieron que seguir a las vacas, que volvían al establo rápidas, subiendo y bajando el cuello como la manivela de una bomba de agua y haciendo sonar los cencerros frenéticamente. Debió de ser la concentración de cencerros lo que trajo la idea de gloria a la cabeza de Marius. ¡La gloria no dura!, gritó. Pero lo gritó riéndose, blandiendo el bastón al son de la música. ¡La gloria nunca dura!

En el camino hacia su casa, Danielle se volvió a mirar. Marius había puesto el sombrero en el extremo del bastón y lo giraba formando grandes círculos por encima de su cabeza. Le respondió al saludo con la mano y continuó haciéndolo hasta que desapareció tras la última peña.

Por la tarde, mientras las vacas rumiaban su comida, Marius se tumbaba en la hierba, sacaba un periódico del bolsillo, lo leía durante unos diez minutos y luego se quedaba dormido. Había reparado en ello varias veces cuando lo espiaba desde el collado, junto a St. Pair. Un día fui a visitarlo mientras dormía. Conforme me acercaba me aposté conmigo misma a que le sacaría el periódico de las manos sin despertarlo. El problema iba a ser el perro. Tendría que vérmelas con Johnny.

Estaban uno al lado del otro, resguardados del sol por unas matas de brezo. El perro empezó a mover la cola, y yo le hice una seña para que se acercara. El viejo seguía dormido. Estaba de lado, con las rodillas ligeramente dobladas y el sombrero tapándole una oreja. Su cabeza reposaba sobre una roca cubierta de musgo. Johnny gemía de gusto junto a la garganta del hombre. Le acerqué mi manga para que la mordiera. Una de sus manos estaba extendida, con la palma hacia arriba, sobre la hierba: tenía unas uñas inesperadamente largas. El periódico estaba apoyado contra su estómago, encima del cinturón, que mantenía cerrados unos pantalones permanentemente desabrochados.

Todas las vacas estaban acostadas. No se oía el coro de cencerros porque estaban demasiado quietas. Una vaca giró lentamente la cabeza, y sonó uno solo, seguido, tras una pausa, por otro. Parecía que todo fuera más despacio, como el pulso del hombre mientras dormía. Me incliné y cogí el periódico. Fue fácil. Había ganado la apuesta. Pero ¿por qué iba a despertarlo? Así que dejé el periódico sobre la hierba y le toqué muy suavemente en la mano que tenía abierta, porque no quería irme como una furtiva. Pasé los dedos sobre la palma de su mano, tan suavemente como si lo hiciera con una pluma.

¿Por qué no te buscas un marido? Le preguntó Marius a Danielle la siguiente vez que esta lo visitó.

No tengo prisa.

No te casarás con un chico del pueblo.

¿Por qué no?

Porque eres demasiado independiente.

¿Está mal eso?

¡No si tienes suficiente dinero!

¡No me haré rica cuidando las cabras de papá!

Ese no es tu trabajo.

¿Estás diciendo que soy una vaga?

No. Te tengo mucha admiración. El viejo hablaba con un tono formal, como si estuviera diciendo un discurso. Te admiro mucho, Danielle. Eres lista y cuidadosa.

¡No despiertas al hombre que duerme!

Fue entonces cuando supo que se había hecho el dormido. Debió de sentirla cuando le tocó la mano. Y él sabía que ella lo sabía, pero no hablaron de ello.

Así fueron pasando las semanas y así fueron conociéndose más.

Una noche, a finales de julio, un poco antes de amanecer, cuando todavía estaba oscuro, un coche subió montaña arriba, sobre la hierba, hacia la Tête de Duet y se detuvo a unos cien metros del *chalet* de Danielle. El coche era un Mercedes Berlin 18 de 1960, y estaba pintado a brocha, no a pistola, de un color gris plateado. Seis hombres se bajaron del coche, cada uno con un saco en la mano. Cerraron las puertas sin hacer ruido. El más viejo, que llevaba boina y un chaleco de cuero, rodeó con su inmensa mano el cuello del más joven, que bostezaba.

¡Lo mejor de la vida ante ti, muchacho!

¡Déjeme ya!

¿Ves ese pico? No, ese no. El que está nevado; ahí es donde vamos a talar hoy.

¡Cristo! Está por lo menos a diez kilómetros.

Los otros cinco se echaron a reír. El muchacho había vuelto a caer. Como era temprano, y el aire estaba frío, la risa les hizo toser.

Y fueron sus toses lo que despertó a Danielle. Para cuando salió de la cama y se puso una falda, todo lo que pudo ver desde la puerta en las primeras luces de la mañana fue una fila india de hombres con un saco al hombro subiendo hacia el bosque de St. Pair, y, delante del chalet, por donde pastaban las cabras, la oscura silueta de un coche.

Más tarde intentó abrir todas y cada una de las cuatro portezuelas. Estaban cerradas con llave. Por las ventanillas, que parecían blindadas, admiró la tapicería de cuero y el salpicadero de madera de teca, con todos sus diales parecidos a los de los instrumentos de los médicos.

Por las tardes sacaba los conejos de la jaula. Y aquel día, después de que hubieron comido, se escabulleron de un brinco bajo el Mercedes, contentos de encontrar allí un



poco de sombra. Cuando entornaba los ojos, las olas de calor que se alzaban por las crestas de las montañas frente a ella formaban un halo azul. Durante todo el día oyó el zumbido de las sierras de los leñadores.

Por la tarde, por la ventanita del *chalet*, vio a los mismos seis hombres bajar desde St. Pair con el saco al hombro. Estaba oscureciendo. Caminaban despacio, como si fueran ciegos y antes de dar un paso tuvieran que tantear el terreno con los pies. Llevaban un perro con ellos, pero estaban demasiado cansados para reparar en sus cabriolas. Lentamente se fueron aproximando al *chalet*, cada cual a su ritmo, agotado y solo.

Cuando la vieron en el umbral de la puerta, su humor se volvió un poco más vivaz. El ver a una mujer —unido a la perspectiva de nueve horas de descanso de su deslomadora tarea— les recordó el otro lado de la vida: el lado dulce.

Oí sus sierras.

Cuarenta cabezales, señorita.

Padre es el que lleva la cuenta, dijo uno bastante achaparrado y con el pelo cubierto de serrín. Todos rieron y luego se quedaron en silencio, tímidos.

¿Cree que lloverá?, preguntó uno.

Ño. Los pájaros vuelan alto.

Al menos, no mañana.

¡Cuarenta!

¡Cuarenta, brillantes como peces!

Los descortezamos conforme los vamos talando.

Es un lugar muy abrupto el Pair.

¿Pair? ¿Así es como lo llaman?, preguntó el achaparrado que tenía el pelo cubierto de serrín.

St. Pair, dijo ella.

Sus cuerpos, brazos, rostros, camisetas, hombros, estaban untados con un polvo gris pegado al sudor y a la resina. Esta capa era tan espesa, que a la media luz parecía que tuvieran la cara cubierta con una piel de animal.

Muy abrupto; y también hace mucho calor allí, dijo el muchacho.

En el abrevadero hay agua corriente, dijo ella.

Los hombres se volvieron a mirar a donde ella señalaba. A poca distancia del chalet había un inmenso tronco ahuecado y dispuesto en sentido horizontal sobre unas piedras. Cuatro gansos, fosforescentes a la media luz del anochecer, se contoneaban por delante; y encima había una cañería que venía directamente desde la ladera de la montaña que se alzaba por detrás.

Es un manantial..., si se quieren lavar.

En veinte minutos estaremos en casa, dijo el que llamaban Padre, que llevaba boina y un chaleco de cuero.

¿En casa?

Los gansos se acercaron a la casa en fila, sacando el pecho.

Dormimos en el Chalet Blanc, explicó el Padre.

Allí no hay manantial, dijo ella, solo agua de lluvia.

Tenemos bidones.

Lávense ahí; es un manantial, dijo ella, un manantial que nunca se seca. ¿Tienen jabón?

¡Y hasta pijama!, dijo uno alto.

Entonces voy a traerles una pastilla.

Entró en la casa. Cuando salió le dio al Padre una gran pastilla de jabón. Los hombres dejaron sus sacos en el suelo y se acercaron al abrevadero, que era lo bastante largo como para que los seis pudieran lavarse al mismo tiempo, uno al lado del otro.

En la brisa del anochecer, se sentía el olor de los hombres lavándose: una mezcla de jabón, camisas sucias, gasolina, humo, resina de pino y sudor. Los observó, desnudos de cintura para arriba. Las espaldas de los más jóvenes estaban morenas. Los mayores siempre llevaban camiseta, y sus espaldas, en contraste con los brazos y hombros, estaban muy blancas. El Padre se había quitado la boina. Se tiraban el jabón de uno a otro y se reían. Encontraron los dos cepillos que ella utilizaba para fregar la lechera. Una mujer, pensó Danielle, se lava de una forma muy distinta a un hombre; los hombres restriegan su cuerpo como si estuvieran fregando una carretilla; no es lavándose como un hombre aprende a acariciar.

Para cuando todos ellos tuvieron puesta de nuevo la camisa, ya había oscurecido. Bajo la mirada del Padre, estrecharon uno tras otro la mano de Danielle, solemnemente, al tiempo que le daban las gracias y se presentaban. El nombre que ella recordó fue el del achaparrado con el pelo cubierto de serrín. Cuando llegaron, era el más sucio, y ella presintió que se debía a que era el que trabajaba con más ahínco. Su nombre era Pasquale.

Echaron los sacos al portaequipajes del Mercedes. Cuatro se montaron detrás. El Padre se sentó delante, y Pasquale conducía. Se acomodó tras el volante, un poco encorvado, concentrado, sin dejar posibilidad alguna de que lo distrajeran.

Todas las tardes, de camino hacia su albergue, los leñadores se paraban a lavarse en el abrevadero de Danielle. Ella preparaba café. Se lo bebían fuera, sentados sobre los sacos. Virginio, que era alto y llevaba gafas, se dejó allí una maquinilla por si le apetecía afeitarse. Danielle encontró un trozo de espejo roto y lo colgó de un alambre junto al abrevadero. Se enteró de que cuatro de ellos eran del mismo pueblo, al otro lado de los Alpes, cerca de Bergamo. Alberto era de Sicilia. Todos los inviernos volvían a su país. Se enteró de que les pagaban por metro cúbico de madera talada: cuanto más deprisa trabajaran, más ganaban. El Padre se encargaba de preparar la comida. El Mercedes era de Pasquale.

A veces, cuando pasaban al amanecer, le dejaban un regalito: una lata de melocotones en almíbar, una botella de vermut. Una vez le dejaron una pañoleta estampada con rosas.

La primera vez que vi a Pasquale sin sus ropas de trabajo fue una mañana que llamó a la puerta cuando yo me estaba tomando el café.

Los domingos no trabajo, dijo.

Te mereces un día de descanso.

¿Para qué?

Se hizo un largo silencio.

Una vez trabajamos en domingo, y tuve un accidente.

¿Qué pasó?, pregunté yo.

Los árboles no caían bien; uno tras otro. No estábamos trabajando lo bastante rápido. Por eso decidimos trabajar el domingo.

¿Quieres sidra?

Dijo que no con la cabeza.

¿Aguardiente?

No tengo sed.

Te montaré un poco de nata, dije yo.

Sus gruesos labios esbozaron una sonrisa y separó sus manos inmensas en un gesto de sumisión.

Cuéntame lo que sucedió mientras bato la nata.

Un largo silencio.

El domingo aquel que trabajasteis, le apunté.

El primer árbol que me tocó descortezar había caído mal. El sitio en el que estábamos trabajando era muy escarpado, igual que aquí. Había rocas por todas partes. Y grietas y barrancos. Me dije que lo mejor era trabajar desde la copa para no tener que pisar por donde ya había descortezado. Cuando están pelados se vuelven tan resbaladizos como peces. A veces la resina te salta a la cara cuando le pegas un hachazo a la corteza.

La nata se iba espesando y ya se desprendía de los bordes del cuenco. Miraba a Pasquale mientras me hablaba. Tenía la cara triste. Había detenido su relato. Silencio.

¿Tienes algún hermano o hermana?

Ninguno. Mi madre murió al nacer yo.

¿Y tu padre?

Se fue a América y no volvimos a saber de él. Dice mi tía que desapareció en América como una lágrima en un pozo.

Otra vez silencio. Solo se oía el sonido del tenedor contra el cuenco.

Continúa, dije yo, continúa.

Empecé a descortezarlo por la copa, y el tronco empezó a rodar precisamente por arriba. Nada puede parar a un árbol que empieza a rodar, salvo otro árbol o una roca. Dudé, porque me preocupaba la máquina. Era nueva, acabábamos de comprarla. Si dudas, estás perdido. Salté demasiado tarde, sosteniendo la máquina en alto, por encima de la cabeza. Empecé a resbalar por el barranco; tenía la misma pendiente que

el lateral de una pirámide. Fui a caer contra unas peñas, y me rompí una pierna.

¿Pudiste levantarte?

¡Pero no le pasó nada a la máquina!

Ninguna máquina vale tanto como para romperte una pierna.

Una máquina de esas cuesta medio millón.

Un largo silencio.

¿Pudiste levantarte?

Me llevaron hasta la cabaña y me echaron en la cama. Padre dijo: Pasquale, ¿puedes esperar hasta mañana? Al principio no entendí. ¿Esperar a qué? A que te llevemos al hospital. Eso son veinticuatro horas, dije yo. Me sentaré a tu lado, contestó él; duele más cuando estás solo. No, vuelve a trabajar, dije yo. Al día siguiente, el lunes, me llevaron al hospital.

Le alargué el cuenco, y se empezó a comer la nata. Tenía las manos inmensas puestas sobre la mesa. Comía acercando la cabeza a la cuchara. Cuando terminó, se relamió apretando los labios y luego sonrió.

Nunca había tomado una nata tan buena, dijo.

¿Por qué no te llevaron al hospital inmediatamente?

Porque era domingo.

¿Y qué pasa los domingos?

Los domingos no estamos asegurados. Lo que hacemos los domingos es por nuestra cuenta y riesgo. Me miró muy serio. Como lo que hagamos hoy nosotros, dijo.

Hubo otro largo silencio, y no hicimos nada.

Si vuelves el domingo que viene con tus amigos, dije yo, haré una tarta para acompañar a la nata.

Unos días después, a Danielle se le ocurrió acercarse hasta el pino cembro con el fin de llegar a la cresta, justo encima de Nîmes —por donde abundan los arándanos— y descender luego por el talud para sorprender a Marius, a quien no había visitado en una o dos semanas. Llenó el cubo de arándanos, y los dedos se le mancharon de azul, como cuando escribía con tinta en la escuela.

Se aproximó al borde de la cresta para ver Peniel abajo. El cielo estaba totalmente despejado. Soplaba un fuerte viento norte, que amainaría con el crepúsculo. El sol ya estaba bajo, así que las vacas tenían una sombra larga, como la de los camellos. Marius estaba allí, con el perro a su lado. Pero sucedía algo extraño. Lo supo sin saber por qué. El viejo estaba gritando con los brazos extendidos hacia los riscos que se alzaban ante él. ¿Por qué no se movía el perro? No alcanzaba a oír lo que decía porque estaba contra el viento. De repente, este dejó de soplar.

Los sonidos, como las distancias, son engañosos en las montañas. A veces, puedes reconocer una voz, pero no las palabras que dice. A veces oyes a una vaca

gruñir como un perro, y a todo un rebaño de ovejas cantar como mujeres. Lo que Danielle creyó oír fue:

¡Marius à Sauva! ¡Marius à Sauva!

El sol estaba tan bajo, que solo iluminaba un lado de cada montaña, un lado de cada bosque, un lado de cada loma, en los pastos; el otro lado de todas las cosas estaba en sombra, como si el sol ya se hubiera puesto o todavía no hubiera salido.

Quizá le estaba diciendo al perro que fuera a salvar algunas de las vacas, pensó; eso sonaría parecido a *à Sauva*. Pero ¿por qué no se movía el perro?

Ya no estaba segura; volvía a soplar el viento. Bajó con cuidado por el talud. De vez en cuando, a su paso, saltaba una piedra o un guijarro que, rodando con gran estrépito, hacía que saltaran otras, y estas, a su vez, otras y otras. Pero, pese a todo el ruido que estaba haciendo al bajar, Marius no levantó la vista ni una sola vez en aquella dirección. Era como si aquella tarde en Nîmes todos los sonidos estuvieran gastando bromas.

El perro se acercó corriendo a saludarla. Esperó a que Marius la besara en ambas mejillas, como hacía siempre. La besó y empezó a hablar como si los hubieran interrumpido en el medio de una conversación.

Mira, ese de ahí es Guste —señaló hacia un toro de raza charolesa, rechoncho y con un pelo rizado como la lana—; es un animal estupendo: el toro más manso que he tenido, pero ya está demasiado viejo. Este otoño lo venderé para carne. Tiene dos años y medio. El año que viene sus crías serán demasiado chicas.

Debía de estar usted pensando que había desaparecido, dijo Danielle.

El viejo levantó el sombrero y luego se lo bajó más, dejando que le cubriera casi toda la frente.

No, no, dijo suavemente. Oigo sus sierras durante todo el día. Y son seis, ¿no? ¡Trae a Comtesse, ya! ¡Espacio, por Dios! ¡Ya!

Detuvo sus pasos y se arrimó contra una gran peña cubierta de musgo. Se frotaba el dorso de la mano contra ella. Y tú, Danielle, ¿recordarás nuestro verano en Peniel?, dijo, ¿lo recordarás, no?

Al domingo siguiente, los leñadores fueron después de cenar a comer la tarta de arándanos que había hecho Danielle. Llevaron dos botellas de vino espumoso italiano. Iban vestidos como si fueran a ir al pueblo. Zapatos de punta fina, en lugar de botas, camisas blancas, elegantes cinturones. Lo único que no habían podido cambiar eran sus manos, llenas de cicatrices. Virgino era el más transformado por el cambio de ropas: alto y con gafas, casi tenía el aspecto de un maestro. Padre parecía más viejo; y Pasquale, más joven.

Los días se estaban acortando y se aproximaba el final del verano. Los pastos ya no estaban verdes, sino que tenían un color pardo; no quedaban flores, las águilas ratoneras volaban cada vez más bajas y hacia las ocho de la tarde ya era casi de noche.

Los hombres se tumbaron en la hierba y contemplaron el cielo, en donde estaban

apareciendo las primeras estrellas. Sentían el calor de la tierra a través de la camisa.  
¿Queréis más tarta?  
Estaba tan buena.  
Hice dos, contestó Danielle con orgullo, y entró en busca de la segunda.  
La semana que viene... el helicóptero, dijo Virginio.  
Nunca he visto un helicóptero recogiendo la madera, dijo el muchacho.  
Sube los pinos como si fueran cerillas.  
Miras hacia arriba y te sientes pequeño como una rana, dijo Alberto, el siciliano.  
¿Sabes cuánto les cuesta alquilar el helicóptero durante una hora?  
No tengo ni idea.  
Doscientos mil. En una hora gasta doscientos litros de gasolina.  
Aquí tienes tu trozo de tarta, Pasquale, dijo Danielle. Apenas se distinguía a los otros hombres, pero reconoció sus voces.  
Un piloto de helicóptero se mató el año pasado cerca de Boege.  
Se estaban pasando una botella de vino.  
Se olvidó de los cables; no miró hacia abajo.  
La ley les prohíbe volar más de cuatro horas seguidas, dijo el Padre. En cuatro horas pueden llevarse ochenta árboles.  
Si uno de los cables se enreda, dijo Alberto haciendo un gesto con las manos, lo arrastra desde el cielo y ¡plaf!  
El siglo que viene haremos de todo en el cielo, dijo el muchacho. Nadie trabajará como nosotros dentro de un siglo.  
Pasquale lo va dejar el año que viene, ¿no es así, Pasquale?  
Todavía no lo he decidido, respondió él.  
No lo conseguirás. Por ti solo no puedes competir con los grandes supermercados, dijo Virginio.  
Con las frutas y las verduras sí que puedo, insistió Pasquale.  
No, dijo el Padre, no puedes competir con sus precios y su publicidad.  
¡Haré mi propia publicidad!  
Los otros hombres rieron. Un avión cruzó el cielo; veían sus luces.  
Me haré con un pájaro, uno de esos zorzales.  
¡Este Pasquale se ha vuelto loco!  
Los zorzales no aprenden a hablar.  
¿No?  
Cada vez que un cliente entre en la tienda, el pájaro hablará. Pasquale recitó con el soniquete de un vendedor algo que, bajo las estrellas, sonaba más como una oración.

*Guarda quanto è bella 'sta mela  
quanto è bellissima e cotta!*

Volviéndose hacia Danielle, le tradujo estas palabras: ¡Mira qué manzanas más bonitas! ¡Bonitas y ricas!

El muchacho no podía parar de reír. Buena idea, dijo el Padre, pero tienes que hacerlo más efectivo, inolvidable. Enseña a tu pájaro a insultar a los clientes. *Stronzo!*, para los maridos; *Fica!*, para las esposas. Eso les gustará mucho en Bergamo; mucho.

¿Estás seguro?

Si quieres, yo me puedo encargar de adiestrarlo, dijo el siciliano.

La luna estaba saliendo por la derecha del St. Pair. Vieron un halo rosa que poco a poco fue cambiando hasta convertirse en una neblina blanca y luego, de repente, en el blanco óseo incandescente del primer segmento de la luna. Danielle se sentó en la hierba al lado de Pasquale.

¿Y usted cuándo lo va a dejar, Padre?

Al año que viene, alguna vez, nunca, alguna vez... No tengo elección; no quiero caerme muerto.

La cara de la luna estaba ahora descubierta en el cielo, enorme y cercana, como todo lo recién nacido.

¿Sabéis quién cayó muerto el martes pasado?, preguntó Virginio. Nuestro amigo Bergamelli: lo degollaron en la cárcel.

¿Quién lo hizo?

Las Brigadas Rojas.

¡Hijos de puta!

¿Bergamelli?, susurró Danielle.

Un gángster de Marsella... Virginio lo conoció cuando estuvo preso, dijo Pasquale.

A la luz de la luna, que se iba haciendo más fuerte a medida que la propia luna subía y disminuía de tamaño, Danielle vio la cara de Virginio, que contemplaba el firmamento con la cabeza sobre las manos, que le hacían de almohada.

Me recordaba a mi padre, continuó Virginio; Bergamelli tenía la misma truculencia, la misma mirada amenazadora cuando estaba enfadado, la misma sonrisa cuando algo le complacía... Mi padre se mató cuando yo tenía doce años; se cayó de un tejado.

¿Era albañil tu padre?

Construía chimeneas... El día que lo trajeron a casa, me abrí las venas de la muñeca..., pero me encontraron demasiado pronto. A mí me pusieron en un carro y me mandaron al hospital, a él lo bajaron al cementerio.

¡Mierda!, murmuró Alberto.

Ese día aprendía algo, dijo Virginio; en esta vida dejada de la mano de Dios, antes o después a todos nos abandonan. Padre lo hizo todo por mí. Me enseñó a cocinar, me enseñó a cazar ranas, cientos de ranas por la noche, se aseguró de que aprendía a descerrajar las puertas, fue mi maestro de música, me habló de las mujeres; cuando se

emborrachaba en el café al lado de la fuente grande, me subía a la mesa, y yo bailaba mientras él cantaba... Y, de repente, un miércoles por la mañana, con tiempo seco, en una semana que apenas había bebido, con la camisa limpia y unas buenas botas — maldito miércoles por la mañana—, ¡plaf!, así sin más, va y se cae de un tejado. Solía ir a ver la marca que había en el pavimento en el lugar en el que había caído.

Desde el establo llegó el sonido amortiguado de los cencerros de las cabras. A veces, por la noche, los cencerros suenan oleaginosos, como la luz en la superficie del agua de un pozo profundo.

Lo veo allá arriba. Él no puede vernos. Aunque todos gritáramos al mismo tiempo, no nos oiría. Los muertos están sordos a toda la dinamita del mundo.

Siguió un largo silencio, como si cada uno de ellos estuviera pensando en la sordera de los muertos.

Es muy duro perder a un padre, dijo el siciliano.

¿Más duro que perder a una madre?

Cuando pierdes a tu padre, sabes que ya no habrá más milagros.

Yo nunca conocí ningún milagro, dijo Pasquale, sentado en la hierba al lado de Danielle. Mi padre desapareció como una piedra en un pozo antes de que yo lo conociera..., así que nunca sentí esa pérdida.

En Peniel, las galaxias son visibles como nunca lo son en la llanura. Su silencio hace hablar a la gente, más que el alcohol.

¿Vive tu padre, Danielle?, preguntó el muchacho.

Vive... Yo no lo conozco como Virginio conoció al suyo. No habla mucho conmigo. Todo lo que me dice es: nunca serás una esposa como lo fue tu madre, Danielle; no eres lo bastante modesta para hacer feliz a un hombre, hija mía.

Tal vez tu padre no te ve tal como eres, dijo Pasquale, como si cada una de sus palabras fuera un botón que él estuviera abrochando.

Pasquale debe de saberlo bien, declaró Virginio, súbitamente alborozado; ¡pues nuestro Pasquale solo tiene ojos para ti!

Todos los hombres, a excepción de Pasquale, se rieron, y el muchacho cantó:

*Guarda quanto è bella 'sta mela  
quanto è bellissima e cotta!*

Unos días después, subí hasta el collado con la idea de hacerle una visita a Marius. Miré hacia abajo y vi su rebaño pastando junto al arroyo. Luego oí su voz.

¡Marius à Sauva!

Esta vez no cabía duda. Cada sílaba sonaba clara, diáfana, y cada sílaba se oía dos veces al repetirla el eco desde la Tête de Duet. Me agaché protegiéndome la cabeza con las manos, como se hace cuando hay tormenta cerca. Que no diga más palabras, recé, que se calle.

¡Marius à Sauva!



Avancé un poco arrastrándome. Estaba de pie junto a la primera peña. Tenía los brazos extendidos.

¡Para tu ladera, tengo piernas!, gritaba.

Sus palabras seguían sonando como una orden. ¿Qué esperaba que sucediera? ¿Qué esperaba modificar entre los riscos?

¡Para tu ladera, tengo mis viejas piernas!

La primera vez no había dicho nada con respecto a su edad. Ahora gritaba que era viejo.

¡Para tu cumbre, tengo ojos!

Se cubrió los ojos con las manos, como si estuviera llorando.

El eco de cada palabra hacía todavía más terrible el silencio que la seguía.

¡Para tus árboles, tengo brazos!

De haberse movido algo, hubiera servido de respuesta. Todo estaba inmóvil. Incluso yo estaba conteniendo la respiración.

¡Para tus árboles, mis fieles manos!

Johnny estaba quieto, con el rabo entre las piernas, a cierta distancia de Marius.

¡Para tu carga, tengo una espalda!

Ni siquiera cambiaba la forma de las nubes. El viejo estaba ahora de rodillas, mirando a la pared de roca.

¡Para frenar tu trineo, tengo talones!

Golpeaba la tierra con los pies al tiempo que echaba hacia atrás todo su peso, como si estuviera bajando una narria cargada por una ladera.

¡Para frenar tu trineo, tengo talones y nalgas!

Las vacas pastaban pacíficamente detrás de él.

Se subió a lo alto de una peña y se quedó allí parado, a unos buenos dos metros del suelo. La visión de su pequeña figura sobre la peña, empequeñecida por las gigantescas pendientes de Peniel, me hizo comprender algo. Marius estaba hablando de sus logros. Marius no valoraba en mucho la opinión de los demás. Todo lo que Marius había hecho en su vida, lo había hecho porque sí. Su logro no era tan solo el rebaño de treinta vacas. También era su voluntad. Entonces, todos los días, viejo y solo, había encontrado una respuesta a la pregunta. ¿Para qué seguir? Nadie le había dado una respuesta. Cada día del verano había encontrado él mismo la respuesta. Y ahora presumía de ello en solitario. Eso es lo que me dije.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

¡Para tu cueva tengo cojones! Para tu cueva, mis cojones.

En la hierba ya había crocos de otoño, con los pétalos amarillos y violetas abiertos como los picos de los pajarillos recién salidos del cascarón. Los estrujé con las manos. Fui estrujando todos los que encontré a mi paso.

Cuando los leñadores llegaron a lavarse aquella tarde, Danielle cogió aparte a

Pasquale y le dijo: tengo que hablarte.

El domingo que viene, dijo él.

¡No!, insistió ella. ¡Ahora! No puedo quedarme ni un día más si no hablo con alguien.

Pasquale se acercó al abrevadero y consultó con el Padre. Los oyó hablar en italiano. Cinco minutos después, el Padre empezó a apresurar a los otros para que se movieran. Renunciaron al ritual de peinarse uno a uno ante el trozo de espejo. Cogieron sus sacos, dijeron adiós y, con la pesada inclinación de su cansancio habitual, se dirigieron al coche. Alberto, el siciliano, se sentó al volante.

Pasquale se quedó atrás y empezó a afeitarse delante del espejo roto.

No te das cuenta de nada, dijo Danielle. ¿Por qué tienes que afeitarte ahora?

Es la primera vez que me invitas a cenar.

¡Cenar! ¡Pero si solo hay sopa!

Empezó a sollozar en silencio. Al principio, atento como estaba a lograr distinguir algo en el espejo, Pasquale no reparó en ello. Fue la inmovilidad de la muchacha lo que finalmente le hizo alzar la vista en dirección a ella. Vio que le temblaban los hombros.

Shhh, dijo, ssshhh. La llevó hasta el *chalet*. Los siguió un ganso. La puerta estaba abierta. Una vez dentro se paró porque ya no distinguía nada. Ella lo condujo de la mano hasta una silla que estaba arrimada a la mesa, luego ella se sentó en otra en el lado opuesto. No se le ocurrió ni encender la lámpara ni calentar la sopa.

Esta tarde ha sucedido algo, dijo.

¿Qué?

A oscuras, con las manos sobre la mesa, ella se lo contó, despacio, sosegadamente. Incluso le dijo lo de los crocos. Cuando terminó, se produjo un silencio. Oyeron a una vaca orinar en el establo, que estaba separado de la cocina por una pared de planchas de madera de pino.

¿Por qué iba un viejo a hablar con las montañas de este modo?, susurró ella.

Danielle, dijo Pasquale, hablando muy despacio y sopesando cada palabra, no era a las montañas a lo que gritaba el viejo, no era a las montañas a las que se estaba ofreciendo parte por parte, era a ti y tú lo sabes, claro que lo sabes, ¿no, Danielle?

Ella empezó a sollozar otra vez, y los sollozos se convirtieron en aullidos. Se levantó para tomar aliento y aullar con más fuerza. Pasquale rodeó a tientas la mesa y la estrechó entre sus brazos. Ella apretó la cara con todas sus fuerzas contra su pecho. Le mordió la camisa, que sabía a resina y a sudor. Le hizo un agujero.

Pasquale llevaba en la muñeca un reloj con despertador. Sonó a las cuatro y media. No quería que los otros se acercaran al *chalet* a recogerlo, porque sabía que ella todavía no entendería sus risas. La besó repetidamente, buscó a tientas por el suelo sus botas y su ropa, y salió a vestirse fuera, en el sitio en donde siempre dejaban

el Mercedes.

Si pasas hoy por Bergamo y tomas la carretera del Norte en dirección a Zogno, verás, ya a las afueras de la ciudad, donde las aceras dejan de estar asfaltadas y los postes del telégrafo bordean la calzada, frente a un garaje agip y pegada a un patio en el que se reparan neumáticos, una tienda con un cartel que dice VERDURA E ALIMENTARI. Si es invierno, encontrarás a Pasquale dentro despachando. Pesa las verduras con la escrupulosidad y la precisión de San Pedro. Parece absorto y contento consigo mismo.

La criatura de Danielle era una niña, a la que bautizaron con el nombre de Bárbara. En un plátano del solar que hay detrás de la tienda, Pasquale ha puesto un columpio, y Bárbara a veces juega allí con sus amiguitos. Los hombres de los neumáticos dicen que Bárbara es su *uccellina*, su pajarillo.

Si es verano, no verás a Pasquale, pues habiéndose gastado todos sus ahorros en la tienda, se vio obligado a volver a trabajar de leñador en las montañas, al otro lado de la frontera. Cuando está fuera, escribe a Danielle casi todos los domingos contándole cuántos árboles llevan talados y qué tiempo hace. Danielle habla a los clientes en italiano con un fuerte acento francés. Va vestida más elegante que muchos de ellos y lleva unos pendientes largos y vistosos. Espera otro niño.

Colgada de la pared al lado de la puerta hay una jaula. El pájaro que la habita es de color pardo, un zorzal con el pico amarillo y unos ojos que parecen lentejuelas. Cada vez que entra un cliente en la tienda, el pájaro grazna uno de los insultos que Pasquale le ha enseñado. Es capaz de distinguir entre hombres y mujeres, así que el insulto cuadra siempre. A estas alturas, los clientes lo echarían de menos si se lo llevaran. A veces, alguno le contesta como si lo hiciera a un compañero de fatigas, maldiciendo a los hombres o a las mujeres o al gobierno o a los curas o a los abogados o a hacienda o al tiempo o al mundo. Y, a veces, cuando nadie le presta atención o nadie le da algún fruto seco, guiña sus ojos de lentejuela y repite lentamente una frase que tiene el acento y la cadencia de otra lengua, de la voz de otro maestro.

¡Marius a Sauva! ¡Marius à Sauva!...

En el pequeño colmado no es posible que los sonidos engañen.

## Una vez en Europa

Antes de florecer, el cáliz verde de la amapola es duro como la cáscara de una almendra. Un día esta cáscara se abre. Tres trozos verdes caen al suelo. No es un hacha lo que la abre, simplemente una bola retorcida de pétalos finos como membranas y arrugados como trapos. A medida que se van desarrugando, el color de los trapos cambia del rosa neonatal al escarlata más chillón que se puede encontrar en los campos. Es como si la fuerza que abre el cáliz fuera la necesidad de este rojo de hacerse visible y de ser visto.

Los primeros sonidos que recuerdo son la sirena de la fundición y el ruido del río. La sirena era muy poco frecuente, y probablemente por eso la recuerdo: solo sonaba en caso de accidente. Siempre iba seguida por gritos y el barullo de los hombres corriendo. El ruido del río lo recuerdo porque estaba siempre presente. Era más fuerte en primavera y más callado en agosto, pero nunca paraba. Durante el verano, con las ventanas abiertas, lo oías desde la casa; en el invierno, después de que padre pusiera las dobles ventanas, no se oía desde dentro, pero en seguida volvías a oírlo en cuanto salías para ir a cagar o a buscar leña para la estufa. Cuando iba a la escuela, caminaba siguiendo el sonido del río.

En la escuela aprendimos a dibujar el mapa del valle con el río pintado de azul. Nunca estaba azul. A veces, el Giffre tenía el color del salvado; a veces, era gris como un topo; a veces, era lechoso; y de cuando en cuando, pero no con frecuencia, con tan poca frecuencia como la sirena, era transparente, y se veían todas las piedras del fondo.

Aquí solo se oye el viento que bate en la vela, sobre nosotros.

Una vez mi madre me dijo que cuidara de mi prima Claire, que por entonces era solo un bebé. Nos dejó solas en el huerto. Empecé a buscar caracoles por el camino que baja hasta el río, detrás de los hornos de la fundición, y me olvidé de Claire. Cuando mi madre volvió encontró al bebé solo en la cuna, bajo los ciruelos.

¡Podría haber venido el águila!, gritó, ¡y haberle sacado los ojos a la pobrecita!

Me mandó que cogiera unas ortigas y me vigiló mientras lo hacía. Recuerdo que intenté protegerme los dedos tirando de las mangas del jersey para que me cubrieran las manos. El ramo de ortigas que había recogido quedó sobre un banco que había junto al grifo, al lado de la puerta de la casa, a la espera del regreso de mi padre.

Tienes que castigar a Odile, le dijo mi madre cuando llegó, dándole un paño para que agarrara las ortigas. Me subió el mandilón. No llevaba nada por debajo.

Padre se quedó parado, quieto como un poste. Luego, cogiendo las ortigas, las puso debajo del grifo y lo abrió.

Así duele menos, dijo. Déjamela a mí.

Mi madre entró, y mi padre sacudió el agua de las ortigas sobre mi espalda. No

me tocó ni una. Puso en ello todo su cuidado.

Pensé que iba a tener miedo, pero no tengo. Desde que era un chiquillo, fue un hijo del que te podías fiar. Christian nunca hacía locuras como los otros y siempre me tranquilizaba. Tiene mucho de su padre. Nunca olvidaré mientras viva cuando se dejó bigote por primera vez. No pude evitar echarme a llorar; se parecía tanto a su padre. Tal vez lo más loco que Christian haya hecho en su vida, al menos que yo sepa, es subirme a mí aquí arriba. ¿Estás segura de que quieres, madre? Sí, hijo, contesté. Y él hizo una mueca como si le doliera algo. Quizá se estaba riendo.

A tres mil metros del suelo —dijo que podía subir hasta cinco mil, pero no sé si estaba presumiendo— sin nada, salvo el aire, entre nosotros y lo que vemos allá abajo, ¡y no estoy asustada! Desde el momento que nuestros pies dejaron la tierra empezó el viento. El viento nos mantiene arriba, y me siento segura, me siento, me siento... como una palabra en el aliento de una voz.

De niña, había una adivinanza que me gustaba mucho: cuatro apuntan al cielo, cuatro caminan sobre el rocío y cuatro contienen alimento: las doce forman una, ¿qué es?

Una vaca, contestaba Régis, mi hermano mayor, suspirando ruidosamente para demostrar que ya la había oído mil veces.

Odile, ¿por qué es una vaca?, preguntaba el pobre de Emile, mi hermano menor. La gente se aprovecharía de Emile durante toda su vida. Su pereza no era tanto un pecado como una enfermedad. Y cada vez yo me alegraba de que Emile no se acordara del acertijo; me ofrecía la posibilidad de explicárselo.

¡Una vaca tiene dos cuernos y dos orejas que apuntan hacia arriba; cuatro patas para caminar y cuatro tetas!

¡Seis tetas!, protestaba Régis.

¡Pero solo cuatro tienen leche!

Madre animaba a Régis a que trabajara en los altos hornos porque estaba preocupada por Emile; a Emile no le iba a ser fácil encontrar trabajo en ningún sitio, así que lo más seguro es que fuera él quien se quedara en la granja con padre.

Padre se oponía a que cualquiera de sus hijos trabajara en la fundición. Lo mejor que podía hacer Régis era irse a París, como lo habían hecho todos los hombres desde tiempos inmemoriales. Mucho antes de la Torre Eiffel, mucho antes del Arco de Triunfo, mucho antes de las primeras fábricas, se habían ido a París de fogoneros y deshollinadores, y en la primavera habían vuelto con dinero en sus carteras y orgullosos de sí mismos. Nadie puede sentirse orgulloso de trabajar... ahí. Padre señalaba con el pulgar hacia la ventana.

Los tiempos cambian, Achille, te olvidas de eso.

¡Olvidar! Primero intentan quedarse con nuestra tierra, luego quieren a nuestros hijos. ¿Para qué? Para producir su manganeso. ¿De qué nos sirve a nosotros el manganeso?

Cuando padre estaba fuera, en los campos, Régis decía: papá no sabe qué pinta de

viejo estúpido tiene cuando atraviesa cuatro veces al día con sus cuatro miserables vacas el patio de su fundición.

Ahora sobrevolamos la fundición. Cuando viramos hacia el Norte, nos llega el olor de los vapores que se desprenden con el humo.

Una noche salí a encerrar las gallinas y me encontré a mi padre junto al peral mirando al cielo y a las llamas que vacilaban en la cima de la más alta de las chimeneas, que era casi tan alta como la mitad del farallón que se alzaba detrás.

Mira, Odile, susurró, ¡mira! Parece una víbora negra levantándose sobre su propia cola. ¿Le ves la lengua?

Veo las llamas, papá; algunas noches son azules.

¡Veneno!, dijo. ¡Veneno!

Cada vez que me acercaba a la fundición, veía el polvo. Tenía el color del hígado de vaca, salvo que, en lugar de estar húmedo y brillante, era una especie de arena seca: como hígado seco pulverizado. La nave principal era más alta que cualquier pino, y cuando abrían uno de los hornos, al subir el aire caliente se producía una corriente, de modo que arriba, junto a las vigas más altas, la brisa levantaba el polvo acumulado en las cornisas, y veías una nube, ondeante como un velo rojo, que ocultaba el tejado. Este polvo me asombraba, me fascinaba. Volvía ligeramente castaño el pelo de todos los hombres que iban sin casco.

Los hombres que trabajaban en la fundición olían a sudor; algunos, a vino o a ajo, y todos ellos a algo polvoriento y metálico. Similar al olor de la mina de un lapicero recién afilado. Para mi trabajo en la escuela, tenía un sacapuntas con la forma de un globo terráqueo; era tan pequeño, que no se distinguían los países, solo la diferencia entre la tierra y el mar.

Blanca la página del mundo bajo nosotros. Como huellas de animales chiquitos en la nieve, los garabatos de lo que conocí de niña. Nadie más podría leerlos desde aquí. Veo el tejado, el peral junto a la letrina, el establo, en donde almacenábamos la leña, con las colmenas en el balcón —el pilón en donde lavaba las sábanas de madre debe de estar lleno de nieve, pues no se distingue—, el jardín bajo las ventanas, el pequeño huerto, y rodeándolo todo, como el suelo rodea el platillo con la comida de un gato, los terrenos de la fundición. Todos los años venía a la escuela un hombre a explicarnos a los niños por qué era el orgullo de la región. ¡Habían venido desde Nueva York a visitarla!, decía. Luego dibujaba en la pizarra el curso del río. El suyo era blanco sobre negro, y el que se ve allá abajo es negro sobre blanco. El río atraviesa la fundición. La fundición está acuclillada sobre el río, como una mujer orinando. Esto no lo decía.

Hacia principios de siglo, nos contaba a los niños de la escuela, los hombres de todo el mundo soñaban con una nueva fuerza, que era la fuerza de la electricidad. Esta nueva fuerza estaba escondida en nuestras montañas, en sus cascadas. ¡A las cascadas las llamaban Carbón Blanco! En la pizarra parecía muy simple. Los ingenieros canalizaron el agua en tuberías de hierro que tenían dos metros de

diámetro. Dejaban que el agua, una vez capturada, cayera en vertical hasta que adquiría una presión de 100 kilos por centímetro cuadrado; y con esta presión, el agua de nuestras cascadas movía unas turbinas gigantes, que, al girar, producían nueve millones de kilovatios de electricidad por hora. ¡El inicio de la electrometalurgia en Europa!, exclamaba. *Vive la République!*

Una vez hecho su trabajo, el río volvía a su curso y seguía avanzando hasta el mar. ¿Podían colarse los peces por las turbinas?, preguntó un niño. No, no, pequeño, respondió el hombre. ¿Por qué no? Porque tenemos filtros.

Nuestra casa tenía tres habitaciones. La cocina, que era en donde sucedía todo y yo hacía mis deberes. La *Pele*, en donde dormían mis dos hermanos. Y la Tercera Habitación, en donde dormíamos mis padres y yo. En el verano, cuando todo el heno estaba ya dentro, a veces mis hermanos preferían dormir en el pajar. Entonces yo me cambiaba a la *Pele* y dormía allí sola. Enfrente de la cama había colgado un espejo que tenía manchas negras. Cuando no podía dormir, acostada en la cama hablaba conmigo misma. Le hablaba a mi dedo meñique. ¿Qué había al Principio?, preguntaba. Silencio. Antes de que Dios creara el mundo y de que no hubiera tierra, ni manganeso, ni montañas, ¿qué había? El dedo se movía. Si ves una araña sobre una mesa, y la quitas, la mesa sigue estando allí; si sacas una mesa fuera, las tablas del suelo siguen donde estaban; si levantas las tablas, estará la tierra; si te llevas la tierra a carretadas, siguen estando el cielo y las estrellas en la otra parte del mundo, ¿qué había al principio entonces? El dedo no respondía, y yo me lo mordía.

Vista desde la altura a la que estoy ahora, la negativa de padre a vender su granja a la fundición parece absurda. Estábamos rodeados. Cada año, el patio de la fundición por el que mi padre se veía obligado a atravesar con las vacas, se hacía más grande y tenía más raíles. Los montones de escoria crecían de año en año, ocultando cada vez de una forma más eficaz la vista de la casa y del jardín desde la carretera y desde los pastos, al otro lado del río, que también pertenecían a la granja. Los propietarios primero duplicaron y luego triplicaron el dinero que estaban dispuestos a pagarle. Su respuesta siempre fue la misma. Mi patrimonio no está en venta. Más tarde intentaron forzarlo por ley. Dijo que dinamitaría las oficinas. Ahora la nieve lo cubre todo.

Mi tarea era dar de comer a los conejos. Al principio de la primavera era con diente de león. Padre decía que no había otro valle en el mundo con tanto diente de león. ¡Con qué impaciencia comen los conejos! ¡Como si les fuera la vida en ello! El de las mandíbulas de los conejos mascando las hojas de diente de león era el movimiento más rápido que había visto en mi vida, y sus hocicos temblaban con la misma rapidez con la que masticaban sus mandíbulas.

Había un conejo macho al que odiaba. Había algo perverso en sus ojos. Siempre estaba esperando maliciosamente el momento, y me mordió más de una vez. Madre daba un golpe a los conejos para dejarlos inconscientes y los colgaba de las patas traseras, luego les sacaba los ojos con un cuchillo y dejaba que se desangraran. Cuando hacía esto siempre era viernes, porque el conejo, asado al horno con mostaza,

era un festín para los domingos, cuando los hombres no tenían que volver a trabajar después de comer y podían quedarse sentados a la mesa bebiendo *gnôle*.

Te puedes beber dos litros de sidra y no mear ni una gota: en los hornos la sudas, Achille.

Yo intenté convencer a mi madre de que matara al conejo negro. Es el único macho grande que tenemos, decía ella. Finalmente, acabó cocinándolo también. Y para mi sorpresa, no pude probar bocado. Debe de estar un poco malucha, dijo padre. No pude comer porque no podía dejar de pensar cuánto lo odiaba.

En cuanto desaparecía la nieve, madre empezaba a regañar a padre. Allá arriba, por Pessy, ya están cavando las huertas. Es demasiado pronto para empezar a plantar, respondía él sin levantar la vista del periódico, la tierra todavía no se ha calentado lo suficiente. ¡Siempre somos los últimos!, se quejaba ella. ¿Y qué me dices de las coliflores que tuvimos el año pasado? Mis coliflores eran grandes como barreños, decía mi padre lleno de presunción.

A papá le llevaba tres días arar la tierra del huerto y esparcir el estiércol. Yo le ayudaba descargándolo de la carretilla con una horca. Los lilos estaban en flor, y un cuco cantaba en el bosque, por encima de la fundición. Hacía tanto calor como en junio. Padre llevaba la camisa arremangada, y cuando tenía mucho calor, se quitaba la gorra y se la pasaba por la calva para limpiarse el sudor, pero siempre se negó a quitarse el chaleco de pana negro. Todas las primaveras decía lo mismo: ¡haz lo contrario a los nogales! Yo sabía lo que quería decir con esta adivinanza: el nogal es el primero que pierde las hojas y el último en echarlas.

El huerto estaba casi totalmente cavado. La tierra marrón había sido rastrillada y se secaba al sol. Los primeros brotes verdes no tardarían en aparecer en hileras rectas, sin un error, porque, al igual que en la escuela trazábamos líneas con el lápiz en nuestros cuadernos para escribir sobre ellas, así también madre hacía una línea en la tierra con un cordel cuando plantaba las semillas.

Mi horca tenía tres púas, como todas las horcas que se utilizan para levantar el estiércol, pero el mango de madera era más corto, de forma que me fuera más fácil manejarla. Me la había hecho padre. Durante todo el año estaba apoyada contra la pared junto al grifo del establo, preparada para cuando iba a ayudarlo a limpiar el establo después del ordeño de la tarde, al terminar de hacer los deberes.

A menudo se quejaba de mi caligrafía, y es verdad que no era tan buena como la suya. Escribía haciendo bucles y florituras, como si toda la palabra fuera un solo trozo de cordel.

La lluvia en los cristales lo hace mejor, Odile, ¡escríbelo otra vez!

En el huerto, enderezaba la espalda, me miraba maliciosamente y me decía: cuando te cases, Odile, no lo hagas con un hombre que beba.

¡No hay hombre que no beba!, respondía yo.

Vete a la bodega y tráeme un vaso de sidra, me ordenaba, del barril que está a la derecha.



Bebía la sidra despacio, mirando a las montañas, que todavía estaban nevadas.

Darí a un montón, Odile, por conocer al hombre con el que te vas a casar.

Ya lo verás, papá.

Movía la cabeza y me devolvía el vaso. No, Odile, nunca veré al hombre con el que te casarás.

Lo decía sonriendo, pero yo no podía soportar oírle decir esto. No podía soportar el silencio de lo que significaba. Y decía lo primero que me venía a la cabeza: no me casaré a no ser que lo quiera, y si lo quiero, él me querrá, y si nos queremos, tendremos hijos, y yo estaré demasiado ocupada para darme cuenta de que bebe, papá, y si bebe demasiado y con frecuencia, iré a buscar la sidra a la bodega, tantos vasos que se quede dormido en la cocina, y lo llevaré a la cama en cuanto haya echado de comer a las vacas.

Los barracones allá abajo apenas se distinguen entre la nieve. Los puedo localizar por el humo azul que sale de una chimenea. Una mujer cruza el puente sobre el río. Los barracones estaban a tres minutos de la fundición: igual que nuestra casa, pero en la otra dirección. Desde nuestra casa al puente se tardaba cinco minutos. Tres, si llovía. Madre solía mandarme a la tienda junto a los barracones a comprar mostaza o sal o lo que hubiera olvidado. Caminaba hasta el puente y luego corría. A cualquier hora del día, los hombres que vivían allí me gritaban y me saludaban con la mano. Trabajaban en turnos, y de aquellos que no estaban trabajando o durmiendo siempre había algunos lavando ropa sobre la hierba, preparando una comida ante una ventana abierta o arreglando un coche viejo con la esperanza de hacerlo andar. En el invierno, encendían hogueras y hacían té y asaban castañas. Les estaba prohibido pescar en el río.

Si paraba de correr, levantaban los brazos y sonreían e intentaban acariciarme la cabeza. Siempre me sentía aliviada cuando atravesaba el puente hacia nuestro lado. Padre decía que la Compañía había construido los barracones para alojar a cien hombres en cuanto terminaron la fundición. La Compañía sabía que no encontrarían más de doscientos o trescientos trabajadores locales y necesitarían extranjeros. Todos los hombres que se alojaban en los barracones tenían sus propios secretos. Tres, cuatro, quizá más. Impenetrables e innombrables. Daban vueltas a esos secretos en sus manos, los envolvían en papel, los echaban al río, los quemaban, los tallaban con sus navajas cuando no tenían nada mejor que hacer. Cientos de secretos. Nosotros, en el pueblo, a este lado del río, solo teníamos cuatro. ¿Quién mató a Lucie Cabrol por su dinero? ¿En qué lugar encima de Peniel se encuentra la entrada de la mina de oro abandonada? ¿Qué sucede en el funeral del novio antes de que lo metan en el ataúd? ¿Quién traicionó al Marmota, que era el tío de Michel, después de la reunión a la entrada de la fundición? Solo cuatro secretos. Al otro lado del río, ellos, en sus cobertizos, guardaban cientos.

Desde aquí arriba, el río, la casa, los barracones, la fundición, el puente, todo parece de juguete. Así era en la infancia, Odile Blanc.

Un caluroso día de julio del año 1950, Mademoiselle Vincent, la maestra de la escuela, vino a la casa. Yo me escondí en el establo. Llevaba un sombrero cuya ala era más ancha que sus hombros; era gris plata y tenía alrededor una cinta de satén rosa.

*Merde!*, dijo padre. ¡Mira, Louise, es la maestra!

Yo me voy a escabullir, Achille, dijo madre.

He venido a hablarle de su hija, Monsieur Blanc.

¿No va bien en la escuela? Siéntese, Mademoiselle Vincent.

Al contrario, he venido a decirle —se rascó un hombro acalorado y cubierto de pecas—, al contrario, he venido a decirle lo bien que va su Odile.

Muy amable por su parte el venir hasta aquí a decírnoslo. ¿Un cafetito?

Padre sirvió café en una taza, se quitó la gorra y se la volvió a poner un poco más atrás.

Nunca ha sido una niña difícil nuestra Odile. ¿No es verdad?

Su inteligencia...

No sé qué opina usted, Mademoiselle Vincent, pero según yo veo las cosas, la inteligencia no es...

Es una alumna que promete mucho.

Espere un año o dos; solo tiene trece, dijo padre. Dentro de uno o dos años, todas esas promesas... ¿Toma azúcar?

Justamente porque tiene trece años hemos de tomar ahora una decisión, Monsieur Blanc.

Ni siquiera en mis tiempos, dijo padre, se casaban antes de los dieciséis.

Quiero proponerle, Monsieur Blanc, que enviemos a Odile a Cluses.

Está usted diciendo que no da ningún problema, Mademoiselle. Al menos, eso es lo que yo he entendido, ¿cuál es el problema?

Mademoiselle Vincent se quitó el sombrero y lo dejó sobre su regazo. Su cabello encanecido, ligeramente húmedo, estaba totalmente pegado a la cabeza.

No hay ningún problema, dijo lentamente, quiero que vaya a Cluses por su bien.

¿Cómo por su bien?

Si se queda aquí, continuó Mademoiselle Vincent, tendrá que dejar la escuela al año que viene. Si se va a Cluses puede continuar hasta que tenga el CAP. Déjela ir. Se abanicaba con un cuadernito que había sacado del bolso.

¿Tendrá que quedarse interna?, preguntó el padre.

Sí.

¿Se lo ha dicho a ella?

No quería hacerlo antes de hablar con usted, Monsieur Blanc.

Mi padre se encogió de hombros, miró al barómetro y no dijo nada.

Mademoiselle Vincent se puso en pie, con el sombrero en la mano.

Sabía que comprendería, dijo, dándole la mano, como si fuera un regalo.

Yo estaba mirando desde la puerta del establo.

¡No tiene nada que ver con comprender o dejar de comprender!, gritó padre. ¡Por Dios! Nada que ver con la comprensión. Hizo una pausa, soltó una risita y miró de reojo a Mademoiselle Vincent. Odile fue el último pecado de un viejo —me pregunto si entiende esto, Mademoiselle—, su último pecado.

Tendrá que trabajar mucho, dijo ella.

No la fuerce demasiado, dijo padre, no cambiará nada. Un día verá que yo tenía razón. Odile se casará antes de cumplir los dieciocho. A los diecisiete estará casada.

No podemos saberlo, Monsieur Blanc. Espero que continúe hasta pasar el *Baccalaureate*.

¡Me cachiendiez! ¿Se imagina usted a mi Odile de maestra?

Podría ser, dijo Mademoiselle Vincent.

No, no. Es demasiado desordenada. Para ser maestra, tienes que ser muy ordenada.

Yo no soy muy ordenada, dijo Mademoiselle Vincent, míreme a mí; yo no soy muy ordenada.

Usted tiene una buena voz, Mademoiselle, cuando canta hace feliz a la gente. Eso compensa cualquier otra cosa.

Es usted un adulator, Monsieur Blanc.

Odile nunca será maestra; es demasiado... dudó. Está demasiado... demasiado pegada a la tierra.

Es gracioso pensar en esas palabras ahora desde aquí arriba.

Dos veces en mi vida he tenido añoranza y las dos veces fue en Cluses. La primera vez fue la peor, pues todavía no había pasado por nada peor que la añoranza. La añoranza tiene que ver con la vida, no con la muerte. En Cluses, la primera vez, todavía no sabía la diferencia.

La escuela era un edificio de cinco pisos. Yo no estaba acostumbrada a las escaleras. Echaba de menos el olor de las vacas, a papá atizando el fuego, a mamá vaciando su orinal, a cada miembro de la familia haciendo algo diferente y todos sabiendo dónde estaba cada cual; a Emile jugueteando con la radio y mis gritos para que se estuviera quieto; echaba de menos el armario con mi ropa mezclada con la de mamá, y a la cabra dando golpecitos en la puerta con los cuernos.

Que yo recordara, todo el mundo había sabido siempre quién era yo. Me llamaban Odile o la «hija de Blanc» o la «última de Achille». Si alguien no sabía quién era yo, una sola respuesta bastaba para localizarme. ¡Ah, sí! ¡Entonces debes de ser la hermana de Régis! En Cluses era una desconocida para todo el mundo. Mi nombre era Blanc, que empezaba por B, así que estaba al principio de la lista. Siempre estaba entre las diez primeras que tenían que ponerse en pie o salir en fila.

Allí en la escuela aprendí a considerar las palabras como algo escrito en una pizarra. Cuando un hombre blasfema, las palabras salen de su cuerpo como los excrementos. De niños hablábamos así todo el tiempo, salvo cuando hacíamos trampa con las palabras. Juan y Pínchame se fueron a bañar; Juan se ahogó, ¿quién quedó?

En Cluses aprendí que las palabras pertenecen a la escritura. Las utilizábamos, pero nunca eran enteramente nuestras.

Una tarde, después de la última hora, volví a la clase a buscar un libro que había olvidado. La profesora de francés estaba sentada en la mesa con la cabeza entre las manos, y lloraba. No me atreví a acercarme. Detrás de ella, en la pizarra, lo recuerdo estupendamente, estaba la conjugación del verbo *fuir*.

Si alguien me hubiera preguntado en 1952: ¿qué lugar te hace pensar más en los hombres? No habría contestado la fundición; no habría dicho el café de enfrente de la iglesia los días de funeral; no habría dicho la feria de ganado de otoño. Habría dicho: ¡el lindero del bosque! Si cogiéramos los linderos de todos los bosques y bosquecillos del valle y los uniéramos formando una pantalla, tendríamos una cenefa de hombres. Unos con escopetas, otros con perros, otros con sierras y algunos con muchachas. Oía sus voces desde la carretera. Los observaba: la delgadez de los más jóvenes, la forma en que sus camisas de cuadros colgaban de sus hombros, sus botas, el modo de llevar los pantalones, el bulto justo debajo de la hebilla del cinturón. No me fijaba en sus caras, no me molestaba en ponerles un nombre. Si alguno de ellos reparaba en mí, salía corriendo. No quería decir una palabra, no quería acercarme a ellos. Observarlos era más que suficiente, y observándolos supe cómo había sido hecho el mundo.

Llévale esta barra de pan a Régis, dijo madre. Cuando está helando, el frío se te mete hasta los huesos, y los hombres necesitan igualmente su comida, haga el tiempo que haga.

Me dio el pan. Corrí todo lo que pude hacia la fundición; había hielo por todas partes y tenía que tener cuidado con dónde pisaba. Todo estaba helado: las vías del ferrocarril, las esclusas, los marcos de las ventanas, las rodadas de la carretera; del farallón, a espaldas de los hornos, colgaban carámbanos; solo el río se seguía moviendo. A la entrada, llamé al primer hombre que apareció ante mi vista; tenía los ojos inyectados en sangre y hablaba con un fuerte acento español.

¡Régis! ¡Un gran hombre de honor!, gritó al tiempo que levantaba el pulgar. Esperé en el umbral unos minutos, golpeando el suelo con los pies para mantenerlos calientes. Cuando Régis llegó, venía acompañado de Michel. Eran de la misma quinta: la del 51. Habían ido juntos a la mili.

¿Conoces a Michel?, preguntó Régis.

Yo conocía a Michel. Michel Labourier, el sobrino del Marmota.

¡Por todos los santos, entra y caliéntate un poco!, siseó Régis al darle yo la barra de pan.

Padre...

No es lo mismo si estás conmigo. Dame la mano. ¡Jesús!, ¡si estás helada! Acabamos de sangrar el horno.

Me condujeron hasta otra nave mucho más pequeña, alejada de los grandes hornos y de las gigantescas grúas que se movían sobre raíles aéreos por encima de nuestras cabezas.

¿Vas a la escuela en Cluses?, me preguntó Michel.

Asentí con la cabeza.

¿Y te gusta?

Echo de menos mi casa.

Al menos allí aprenderás algo.

Aquel es otro mundo, dije.

¡Tonterías! Es el mismo maldito mundo. La diferencia es que los chavales que van a Cluses no se quedan pobres e ignorantes para siempre.

No somos ignorantes, dije.

Me miró fijamente. Mira, dijo, coge esto: te mantendrá caliente la sesera. Me dio su gorra de lana, roja y negra. Yo protesté, y él, riendo, me la encasquetó, de forma que me cubriera toda la cabeza.

Es comunista, me dijo Régis después.

Por entonces yo no sabía lo que significaba esa palabra. Nos sentamos sobre un montón de arena, arrimados contra el muro. Yo cogí un puñado y la dejé correr entre los dedos. Sentía el calor de la arena a través de las medias, en las pantorrillas. Régis se puso a revolver en una lata, sacó la navaja y empezó a cortar una salchicha. En el otro extremo de la nave había algunos hombres más.

Conque tu hermana ha venido a visitarnos, gritó uno de ellos.

Se llama Odile.

Hay una Santa Odile, ¿lo sabías?

Sí, grité yo, se celebra el trece de diciembre.

Nació en Alsacia y era ciega, gritó a su vez el hombre. Tenía por lo menos cincuenta años y era delgado como la pata de una cabra.

¿Ah sí?

No vio con sus propios ojos hasta que fue una mujer adulta. Entonces fundó un monasterio.

El hombre delgado, que no era del valle y lo sabía todo sobre Santa Odile, estaba tirando de las cadenas de una polea que hacía funcionar una máquina con la que se sujetaban y levantaban grandes pesos.

Ahora va a quitarle el sombrero al «pan», dijo Régis.

Pero si te lo acabo de dar, dije yo sin comprender nada.

¿Ves allí algo que chisporrotea?

¿En la arena?

Es el pan con el sombrero puesto. ¡Mira ahora!

Varios hombres empezaron a golpear el lingote con unas largas barras de hierro. A cada golpe, la cosa respondía escupiendo fuego. Yo estaba comiendo salchicha. La máquina que manejaba el hombre delgado descendió y levantó la parte superior del pan, como si fuera una gorra. Bajo la gorra, todo estaba al rojo vivo. Yo sentí una oleada de calor, pese a estar en el otro extremo del taller. Los bordes de la parte inferior, de un blanco incandescente, se derramaban, como un queso muy maduro.

Cuando un goterón se desprendía y caía al suelo, hacía un sonido semejante al que se produce cuando se quiebra un cristal y se ponía negro. Todos los hombres se protegían la cara con escudos.

Un lingote pesa una tonelada, dijo Régis. Estaba bebiendo de una botella de vino, y parte de este le resbalaba por el cuello. Una tonelada, continuó, y el ferromolibdeno está valorado en seis mil por kilo —cálculalo tú misma, todavía estás en la escuela—, ¿a cuánto se vende cada pan?

Seis millones.

Eso es.

El lingote, que tenía un metro y medio de diámetro, fosforecía ahora sobre la arena. Régis había dejado de mirar. Yo no podía apartar los ojos de aquello.

¿Te sabes la historia de los dos cazadores en el bosque?, preguntó Régis.

¿Qué historia?

El lingote estaba cambiando de color. Su blancura se tornaba violeta. El tono violáceo de un niño con difteria.

Creo que no me la sé.

Una vez, había dos cazadores en el bosque, por Peniel: Jean-Paul y Jean-Marc.

De una tubería instalada en el tejado y perforada con cientos de agujeros empezó a salir agua, como si lloviera directamente sobre el lingote. Ahora estaba escarlata.

Jean-Paul se para y dice: ¡mira allí, Jean-Marc! No veo nada, contesta Jean-Marc. Sin dejar de señalar, Jean-Paul dice: debes de estar ciego... allí, junto el abeto ese que está arrancado. Veo las raíces y la tierra y las piedras, Jean-Paul, es lo único que veo.

Al caer sobre el metal caliente, la lluvia se convertía en vapor y silbaba como un grillo.

Los dos cazadores se adentran en el bosque. ¿La ves ahora?, gritó Jean-Paul. ¿Dónde? En la nieve, bajo las raíces, Jean-Marc. ¡Dios mío! ¡Sí!, respondió gritando Jean-Marc. Ambos hombres detienen sus pasos y entonces empiezan a abrirse camino hacia el árbol. La nieve les llega a la cintura. Un rato después se paran a tomar aliento.

El color del pan se iba oscureciendo, y ya apenas lo distinguía cubierto como estaba por una nube de vapor.

¿Viva?, pregunta Jean-Marc. Jean-Paul se adelanta. ¡La siento desde aquí!, grita. ¡Ten cuidado, Jean-Paul! ¡Ten cuidado! Jean-Paul desaparece. Un momento después, Jean-Marc oye reír a su amigo, luego la risa se convierte en un suspiro. El suspiro más feliz del mundo, amigo mío. Jean-Marc sabe lo que está sucediendo, así que se pone a mirar las copas de los árboles. Mientras las mira, cuenta. Cuando ha contado hasta cinco mil, baja la vista y mira en dirección al abeto. Ni rastro de Jean-Paul. Ahora le toca a Jean-Marc.

Había dejado de caer agua sobre el lingote.

Jean-Marc también puede sentirlo. Oye el goteo. Al igual que Jean-Paul, cae boca abajo y empieza a reírse. Su risa también se convierte en un suspiro.

El lingote era ahora negro y tenía irisaciones, como el aceite.

¿Sabes lo que estaban haciendo Jean-Paul y Jean-Marc?

Dije que no con la cabeza.

¿No lo sabes, Odile? ¿No sabes lo que estaban haciendo los dos cazadores?

No.

Estaban jugando a cinco contra uno.

Miré a mi hermano y pensé: hermanito —era nueve años mayor que yo—, estás bebiendo demasiado.

La vela y todo lo que cuelga de ella está girando hacia el Sur, hacia el sol, en un cielo con el más intenso azul invernal, como el añil que utilizábamos para lavar la ropa.

El día que Cristo ascendió a los cielos, la banda del pueblo iba tocando de caserío en caserío. Llevaban los uniformes recién planchados, los instrumentos refulgían al sol, y las hojas de las hayas estaban tiernas como lechugas. Tocaban tan alto, que los cristales de las ventanas tamborileaban y siempre se caía alguna teja. Y en cada caserío, después del concierto, la gente solía invitarlos a aguardiente y pasteles, de modo que hacia el final de la tarde, el primer saxofón y el segundo estaban borrachos, así como varios trombones y un tambor o dos. Por la noche del Día de la Ascensión, padre volvía a casa con su trompeta un poquito desmejorado. En el caso de padre, sin embargo, nadie notaba nada hasta la noche. Nunca dejó que el alcohol influyera en sus dedos cuando tocaba.

Murió el nueve de febrero de 1953. El Día de la Ascensión del año siguiente, la banda vino a tocar en su honor a nuestro huerto. Tocarón una marcha de *Aïda* de Verdi y una canción llamada «Sorpriendente Gracia». Algunos hombres de la fundición se alinearon para escuchar la música desde el otro lado de la cerca del huerto. Madre estaba de pie junto a la puerta del establo; miraba al cielo con los brazos cruzados sobre el pecho. Y de repente, la casa de papá, con sus tres habitaciones, su pajar, su minúsculo balcón de madera y su leña apilada, dejó pequeña a la fundición, que tenía el tamaño de seis catedrales.

«Sorpriendente Gracia» empieza triste, y poco a poco la tristeza se convierte en un coro y entonces deja de ser triste para hacerse desafiante. Durante un rato creí que él estaba allí también. Más tarde la música se escucha a sí misma y descubre que algo se ha quedado en silencio. Irremediamente. Se había ido.

Mientras escuchaba «Sorpriendente Gracia» aquella tarde de mayo de 1953, comprendí que la virilidad que las mujeres buscan en los hombres es a menudo maliciosa, resbaladiza, desvergonzada. No es algo grandioso lo que buscan. Es cauteloso y astuto, exactamente como era padre.

Los hombres que estaban al otro lado de la valla empezaron a aplaudir, y Michel me saludó con la mano. Yo me volví, diciéndome a mí misma que solo a un comunista se le ocurría hacer semejante cosa en un momento como aquel.

La moto de Michel era roja y de fabricación checoslovaca. Los recambios eran

más baratos que los de cualquier otra moto, decía Michel, porque Checoslovaquia era un país comunista, y los comunistas no ponían el beneficio por encima de todo. Varios domingos me invitó a dar una vuelta y siempre rechacé la invitación. Estaba demasiado seguro de sí mismo, se creía que sabía más que nadie en el valle. Había dicho que mi padre era un *pringao*. No a mí. Me enteré por un amigo. Achielle Blanc ha *pringao* por los otros durante toda su vida. Esas habían sido sus palabras. Así que yo le dije que no.

La sexta vez que me invitó fue en agosto. Los dos estábamos de vacaciones. Ya habíamos segado y recogido el heno. Régis se había comprado un viejo Peugeot de tercera mano y lo estaba pintando en el huerto. Emile estaba en casa cuando llegó Michel. Conduce bien, Odile, dijo Emile, no tienes por qué tener miedo. El miércoles, anunció Michel, te recogeré a las cinco de la mañana. ¡A las cinco!, protesté yo. Las cinco no es tan temprano si queremos llegar a Italia. ¡Italia!, grité. Y, sin embargo, por alto que gritara, la palabra había surtido efecto. Si de verdad íbamos a ir a Italia, todo quedaba fuera de mi control. No dije nada más. Y el martes por la noche preparé los pantalones, las botas y una mochila con comida para los dos.

Atravesamos el Gran San Bernardo un poco hacia el este del Mont Blanc, en donde el viento ahora arremolina la nieve, como si fuera mi chal de gasa, contra el cielo azul. Ninguno de los dos sabíamos lo que la vida nos tenía reservado. Michel había traído un termo con café, y nos paramos a tomar el primero cerca de Chamonix. Dejamos atrás una fundición que, según Michel, era una copia de la nuestra. Ocupaba menos espacio. Y seguimos subiendo más y más. Almorzamos ya por encima de la línea de árboles. Nunca en mi vida había respirado un aire tan puro. Me entraba por la boca, por la nariz, por los oídos y por los ojos. Al llegar a la cumbre, nos tiramos bolas de nieve y vimos los perros. Eran grandes como pôneys. Había un lago. Un lago a aquella altura sorprendía tanto como las lágrimas después de una victoria. Cuando el viento se hizo demasiado frío, me protegí la cabeza contra su chaqueta de cuero. Iba con las rodillas metidas bajo sus piernas y agarrada con una mano a su cinturón. En las curvas, me tumbaba con la moto como la hierba ondulada por el viento.

Se calentó un poco en el último tramo, dijo él. Probablemente notaste el olor a aceite quemado.

No sé como huele el aceite de motos, respondí yo.

En aquella moto de 350 cc con motor de dos tiempos fabricada en Checoslovaquia, descendimos hasta Italia, al otro lado de la montaña. Las vacas parecían de peor raza; las cabras, más delgadas; había menos árboles y más rocas, pero el aire era como un beso. En ese clima las mujeres no tenían que ser como éramos nosotras en nuestro lado de las montañas. En donde nosotros tenemos frambuesas silvestres en bosques de abetos esquilmados, me dije para mí, ellos tienen vides plantadas entre los manzanos. Sentí envidia por primera vez en mi vida.

¿Te fijaste en el Saumua que bajaba hacia Aosta?, me preguntó.



No.

Es el camión más grande que se ha fabricado después de la Guerra. Puede llevar una carga de treinta toneladas.

Antes de oscurecer estábamos de vuelta. Llegué a tiempo de encerrar las gallinas y de cargarme la leche a la espalda y bajarla a la central. Me dolía el trasero, tenía las manos sucias y el pelo enredado. Me llevó horas desenredármelo antes de irme a la cama. Pero me sentía orgullosa de mí misma. Había estado en Italia.

Haremos otra excursión, propuso Michel.

La semana que viene empieza el curso.

Qué rara eres, Odile; los domingos no hay clase.

No, dije yo. Gracias por esta vez.

Eres una buena pasajera, por si no lo sabías.

¿Las hay malas?

Muchas. No se fían del conductor. No puedes montar en moto si no te dejas llevar. Apostaría algo a que no pasaste miedo en ningún momento, Odile. ¿A que te sentías segura? No pasaste miedo en ningún momento, ¿a que no?

Tal vez sí, tal vez no. Su seguridad me daba ganas de fastidiarlo un poco.

Dos meses después, un fin de semana, cuando cogí el autobús en Cluses para ir a casa, el conductor me dijo:

¿Sabes lo que le ha pasado a Michel?

¿Qué Michel?

Michel Labourier. ¿No te has enterado de que tuvo un accidente?

¿En la moto?

No; en la fábrica.

¿Qué le pasó?

Perdió las dos piernas.

¿En dónde está?

En Lyon. Es el mejor hospital del país para las quemaduras. Un hospital militar. Antes hacían la guerra con plomo, ahora la hacen con llamas. Las dos piernas.

Me quedé mirando por la ventanilla del autobús sin ver nada, ni siquiera la fundición cuando pasamos por delante. Al día siguiente fui a ver a su madre.

Tal vez habría sido mejor que hubiera muerto, dijo.

No, dije yo; no, Madame Labourier.

No permiten visitas, dijo; lo tienen en una jaula de cristal.

Estoy segura de que en seguida le dejarán visitarlo.

Es demasiado lejos. Demasiado lejos para que nadie pueda ir a verlo.

¿Todavía corre peligro?

No, su vida ya no está en peligro.

No llore, Madame Labourier, no llore.

Al volver a Cluses, durante una semana, cada vez que pensaba en ello empezaba a llorar. Qué horror para un hombre perder las dos piernas. También pensaba en lo que

los chicos llamaban su tercera pierna. Cuando eres joven y tienes unas piernas flexibles, la tercera se pone dura..., cuando eres viejo y tienes las piernas rígidas, la tercera se queda flaccida. Y esta estúpida broma me hacía llorar aún más.

La noche de fin de año de 1953 la pasé en casa. La silla de padre estaba vacía. Después de cenar, Régis y Emile se levantaron para ir al baile del pueblo. Ven con nosotros, Odile, dijo Emile. Me quedaré con madre. ¡Pero con lo que te gusta bailar!, insistió Emile. Ahora ya no hay ningún chico en el pueblo que sea bastante para nuestra Odile, dijo Régis. Se fueron. Madre cosió un rato y se fue a dormir pronto. Yo oí las campanadas de medianoche en la radio y la algarada de la gente. No tenía sueño, así que salí y di una vuelta por el huerto. La hierba estaba dura como el hierro. El *bise* llevaba varios días soplando, y el cielo estaba despejado. Miré a las estrellas y pensé en mi padre. Nadie puede mirar a las estrellas cuando están tan firmes y tan brillantes sin pensar que tienen algo que decirle. Entonces pensé en Michel sin sus piernas y en la Estrella Roja que llevaba en la solapa de la chaqueta de cuero. En el silencio, eché de menos sus bromas y su tos. Fui a comprobar que el gallinero estaba bien cerrado. Cuando durante una semana seguida las temperaturas se mantenían a quince bajo cero, los zorros cruzaban el patio de la fundición en busca de alimento. Un mes antes, el turno de noche había matado a un jabalí detrás del pabellón de las turbinas. De repente, cambió el viento, y para mi sorpresa oí música de baile. Flotando en el aire llegaba hasta mí la melodía de una banda. Parecía que llegaba en ráfagas, al igual que parecía que las estrellas parpadeaban. La distancia y el frío producen efectos extraños. Me decidí. Entré en la casa, me envolví la cabeza en una bufanda y me puse un viejo abrigo del ejército. Iría a ver lo que sucedía en el «baile de los carneros».

Todos los años, la Compañía traía una banda para la Noche de fin de año, y los hombres que vivían en los barracones tenían su propio baile. Los del pueblo no participaban; la Compañía tampoco se animaba a ello, y por eso se le llamaba el «baile de los carneros». Crucé la vía del tren. La música se oía más alta. Los hornos crepitaban, como siempre. El humo que salía de las chimeneas era blanco a la luz de las estrellas. Salvo esto, todo estaba quieto y helado. Afuera no se veía ni un alma. Las habitaciones del bajo contiguas al edificio de las oficinas estaban encendidas. No había cortinas, y las ventanas estaban empañadas por la escarcha.

Me encaramé a una y, como un ratón, rasqué el cristal con la uña. No podía creer lo que veían mis ojos; ¡había un hombre bailando sentado en el suelo! Tenía las manos en las caderas y lanzaba las piernas hacia delante, y sus pies volvían a la posición inicial con la misma rapidez con la que salían despedidos, como las pelotas cuando rebotan contra una pared. Estaba tan asombrada que no reparé en el desconocido que se aproximaba hasta mí y que ahora estaba a mi lado mirándome de arriba abajo.

Buenas noches, dijo. ¿Por qué no entras al calor?

Dije que no con la cabeza.

Debes de tener la sangre bien caliente cuando no te preocupa el frío en una noche como esta.

Solo estamos a menos quince, dije yo.

Estas fueron las primeras palabras que crucé con él. Luego hubo un silencio. Estábamos de pie iluminados por la luz de la ventana, y el vapor de nuestro aliento se entrelazaba como los resoplidos que salen de los ollares de un caballo.

¿Cómo te llamas?

Odile.

¿Cuál es tu nombre completo?

Mademoiselle Odile Blanc.

Se cuadró como un soldado e hizo una inclinación de cabeza. Debía de medir dos metros. Llevaba el pelo cortado al rape y tenía unos pulgares enormes; con las manos puestas contra los muslos, sus pulgares parecían tan grandes como golondrinas.

Yo me llamo Stepan Pirogov.

¿De dónde eres?

De muy lejos.

¿De un valle?

No; de un lugar que es llano, llano, llano.

¿Sin ríos?

Hay un río que se llama el Pripiat.

El nuestro se llama Giffre.

¿Blanc? ¿*Blanc* significa blanco como la leche?

No siempre; no cuando pides vino blanco.

Blanco como la nieve, ¿no?

¡Pero no como la clara de un huevo crudo!, grité yo.

Cuéntame otro chiste, dijo, y abrió la puerta.

Me encontré en el vestíbulo del «baile de los carneros». Después del frío glacial que hacía fuera, dentro estaba muy agradable. Había el ruido de los hombres hablando, como el sonido de la fermentación de las frutas en un barril. Olía a vino agrio, a perfume y al polvo rojo que termina cubriendo todas las cornisas y todas las superficies planas por encima de la fundición. Pegada a una de las paredes del vestíbulo —que en realidad era una antesala de las oficinas, en donde el personal administrativo se quitaba los abrigos y se ponía las batas de trabajo— había una larga mesa tras la cual unas mujeres que yo no había visto en mi vida servían bebidas a un grupo de hombres que, obviamente, llevaban bebiendo más tiempo del que les convenía. Mi hermano decía que las mujeres del «baile de los carneros» eran contratadas y traídas de lejos, de algún lugar cerca de Lyon, por cuenta de la Compañía.

Quería salir al aire, pero no quería que él me olvidara inmediatamente. Así que le conté una historia de mi abuela. En realidad, no era exactamente mi abuela. Era la mujer con la que vivió mi abuelo después de que muriera mi abuela. Al morir él,

Céline —se llamaba Céline— siguió viviendo sola en la casa de mi abuelo. Ya era bastante vieja por entonces. No puedes explicarle todo esto a alguien que acabas de conocer hace unos minutos y que te ha llevado a un bar lleno de hombres con las ventanas empañadas y el suelo embarrado, encharcado por la nieve fundida.

Mi abuela siempre tuvo un macho cabrío, así que los vecinos, cuando sus cabras se ponían en celo, solían llevárselas. Ella les cobraba mil francos por la visita, y si la cabra no se quedaba preñada, tenían derecho a otra visita gratis. Un año, todos los vecinos que habían llevado cabras pidieron una segunda visita. Algo iba mal. Mi abuela habló de esto con Néstor, el sepulturero, que estaba casado con una sobrina suya y criaba conejos, cuyas pieles vendía como nutria. Es muy sencillo, le dijo él, tiene frío; solo en el establo, el pobre animal debe de estar congelado. Constrúyete un corral pequeño, en donde no coja frío. Mi abuela se fue a casa, pensó en el consejo de Néstor y decidió que aquello era demasiado trabajo. En su lugar, tendría el animal en la cocina, salvo cuando hiciera sol fuera. El macho cabrío se recuperó, y todas las cabras de los vecinos iban a tener crías para Pascua. La siguiente vez que la abuela se encontró con Néstor, el enterrador, le dio las gracias por el consejo. ¿Entonces le construiste por fin un corral más caliente?, dijo. Demasiado trabajo, contestó ella, lo pasé a la cocina. Néstor la miró sorprendido. ¿Y el olor?, preguntó. Mi abuela se encogió de hombros. ¿Pero tú qué esperas de un macho cabrío?, dijo, ¡en seguida se acostumbró!

Me gustó que se riera. Entonces me vi reflejada en un espejo que había sobre un lavabo. ¿Qué estaba haciendo allí? Volví la espalda al espejo rápidamente. Él estaba allí, alto como una torre a mi lado, protector como un árbol. Y dubitativo. Tal vez, a la luz de neón, mi presencia le sorprendía. Quizá fuera había pensado que yo era mayor. Quizá no había visto lo ridículas que eran mis ropas. A mi pesar, volví a echar un vistazo al espejo.

Debes de tener los pies helados, dijo.

Bajé la vista, observé mis pesadas botas, forradas por dentro de piel artificial, y dije que no con la cabeza.

¡Si bailamos en seguida entrarán en calor! Y en ese momento, la banda, que estaba fuera del alcance de mi vista, empezó a tocar. Una polca. Aquel hombre, al que le había contado la historia del macho cabrío de mi abuela, me tomó del brazo y delicadamente me guio hacia la sala de baile. La banda estaba instalada en unos tabloncillos montados sobre su andamio. El resto de las mujeres llevaban zapatos de tacón alto. La música sonaba extraña, pues la habitación, que normalmente servía de almacén, no tenía techo. Muy arriba, estaban las vigas de hierro que eran también las del tejado que cubría el horno más elevado. La mayoría de las mujeres llevaban vestidos muy escotados; y algunas, pulseras doradas. También había hombres bailando juntos. Y una mujer, con una pluma inmensa, que bailaba sola.

Lo que sorprende de la música es que viene de afuera. Pero se siente como si viniera de dentro. El hombre que se había cuadrado y anunciado que su nombre era

Stepan Pirogov estaba bailando con Odile Blanc. Y, sin embargo, dentro de la música, que estaba dentro de mí, Odile y Stepan eran la misma cosa. Si me hubiera tocado mientras bailábamos como los hombres tocan a las mujeres, le hubiera dado una bofetada. Detrás de la banda había un montón de palas; si me hubiera tocado, le hubiera pegado con una. Llevaba el ritmo echando la cabeza hacia atrás: la barbilla levantada, el cuello tenso y una sonrisa en la boca. Cuando paró la banda, levantó la mano que reposaba sobre mi hombro y miró a los músicos, como sorprendido de que ya no hubiera más música; luego hizo una señal con la cabeza y la banda empezó a tocar de nuevo. Dio la impresión de que daba órdenes a la música con un movimiento de cabeza.

Durante un largo rato, no sé cómo de largo, antes de que hubiéramos intercambiado nada salvo una historia bastante tonta acerca de un macho cabrío, antes de que entre nosotros se hubiera decidido nada, cuando todavía no sabía nada de Stepan Pirogov, los dos dejamos que la música nos llenara, como si fuéramos un solo carro tirado colina arriba por un caballo al trote.

¿Quieres beber algo?, me preguntó al fin.

Volvimos al vestíbulo, iluminado con tubos fluorescentes, y allí me compró una gaseosa. Esta vez evité el espejo. Tenía un marcado acento extranjero.

¿En dónde vives, Odile?

En la casa que hay inmediatamente después de donde acaba la vía de maniobras.

¿En donde están las vacas? Mi padre tenía una.

¿Solo una?

Solo una; a las afueras de Estocolmo.

¿Naciste en Estocolmo?

No sé dónde nací.

Tu madre podría decírtelo.

No conocí a mi madre.

¿Murió?

No.

En medio del calor y del olor a vino agrio y del bullicio de las risas de los hombres del «baile de los carneros», súbitamente sentí compasión por él. ¿O era tal vez compasión por los dos? Me quedé con la vista fija en la gaseosa que había al fondo del vaso. Lo sentía a mi lado mirándome desde arriba, como un árbol a un conejo. Levanté la cabeza. El miedo había desaparecido.

Llevo aquí tres meses, dijo.

¿Y antes dónde estabas?

Antes estaba en un barco.

¿Eres marinero?

Si quieres llamarlo así.

No te quedarás aquí mucho tiempo si eres marinero.

Me quedaré por ti, dijo.

¡Pero si no sabes nada de mí!

Te conozco desde que fui concebido en el útero de una madre que nunca conocí. Pronunció esta extraordinaria frase con un extraño tono monótono.

Tengo que irme, dije yo.

Pasa un poco más del año conmigo, Odile.

¿Es así como habláis en tu lengua?, pregunté.

En mi lengua te llamaría Dilenka.

Fue diferente bailar con él por segunda vez. Estoy bailando con un marinero, me repetía a mí misma. Si madre llegara saber que estuve bailando con un marinero.

No he visto el mar en mi vida. Cuando terminó el baile, fui a buscar mi abrigo.

Tengo que trabajar mañana, le dije.

¿Puedo verte el sábado por la tarde?

Tal vez tenga que trabajar; no sé.

Te esperaré junto al puente, dijo.

¿A qué hora? Me hubiera mordido la lengua después de decir esto.

Estaré allí toda la tarde, escuchando el sonido del río hasta que tú llegues. Dijo esto con el mismo tono monótono de antes.

Mi madre estaba lavando un cubo en el establo y yo estaba ordeñando antes de coger el autobús de vuelta a Cluses; todavía no había amanecido, y ella empezó a gritarme.

¡De estar vivo tu padre, nunca te hubieras atrevido a hacer eso!

¿Hacer qué?

¡Ir al «baile de los carneros»!

No había nada malo en ello, madre.

¡Y volver a las cuatro de la madrugada!

¡A las tres!

¡Nadie va a ese baile!

No son fieras salvajes.

¿Qué he hecho yo —por el amor de Dios, qué he hecho yo— para merecer una hija así?

Hiciste con papá, que en paz descanse, lo que hacen la mayoría de las esposas, madre.

¡Como te oyeran!, gritaba la madre. ¡Qué maneras son esas de hablar a una madre!

Me arrojó a la cara el cubo lleno de agua. Estaba tan fría que me quedé sin aliento y del susto me caí de la banqueta. Lilac volvió tranquilamente la cabeza para ver lo que había sucedido. Las vacas son las vacas más tranquilas del mundo, era uno de los chistes favoritos de Stepan. Lo decía con un tono apesadumbrado.

Lo tuve esperando toda la tarde junto al puente. Cuando por fin llegué, no se quejó. Me escuchó y mientras yo hablaba, pasaba los dedos por el borde de la bufanda que llevaba yo al cuello. Hacía tanto frío, que el sonido del río era tan agudo

como el pitido del tren. Cada quince días venía un tren a llevarse el molibdeno y el manganeso. Siempre por la noche. Y desde mi más tierna infancia, siempre me despertó. Caminamos cruzando las vías hasta el taller grande.

¿Sabías que cada horno tiene un nombre?, me preguntó. Aquel grande de allí se llama Peter. Ese otro se llama Tito... ¿Por qué te sonríes?

No tenían nombre cuando yo era niña.

Ahora era él el que se reía.

Hay otro que se llama Napoleón. ¿Qué es lo que te hace sonreír?

Una sonrisita, dije yo.

¡Ahora ya no es tan pequeña!, respondió.

¡Más pequeña que la tuya!

¿Sabes medir las sonrisas?

Sí, dije.

Se inclinó, me cogió en volandas para que mi boca quedara a la misma altura que la suya, y me besó. En la nariz.

Sé tan poco sobre él; y, sin embargo, tras años de pensar he aprendido mucho más de los mismos datos. Tal vez al principio de amar a alguien no haya muchos datos. Los datos son lo que el destino te tiene reservado. Sus padres adoptivos eran ucranianos y habían dejado Rusia en los años veinte para establecerse en Suecia. Un día, una rusa que había conocido a su madre adoptiva cuando todavía vivía en Kiev llegó a la casa con un bulto envuelto en pañales. Era un bebé de dos meses. La pareja dio su apellido, Pigorov, a la criatura. No tenían hijos propios. El «padre» hacía sillas y la «madre» era lavandera. Tuvieron que abandonar su país porque en 1918 el hombre se había alistado en el ejército equivocado: el verde, no el rojo. Su «padre» se enroló en el ejército de un hombre que Stepan llamaba Batko Makhno. Batko, decía, significa padre. Yo no comprendía muy bien lo que quería decir.

El invierno pasó lentamente. Un sábado fuimos a dar un paseo en la nieve. El llevaba mitones de lana azules. Me había enlazado por la espalda y una de sus inmensas manos forradas de azul descansaba sobre mi hombro. Mientras íbamos caminando, me contó una historia.

Una vez había dos osos dormidos bajo una roca. Tenían la piel blanca por la escarcha. El más pequeño de los dos abrió los ojos.

¡Mischka! rugió.

¡Mouchenka! rugió el otro.

¡Podemos hablar! Di algo. Di una palabra.

Miel, dijo el oso.

Nieve, dijo la osa.

Primavera, dijo él.

Muerte, dijo ella.

¿Por qué muerte?

En cuanto empezamos a hablar, conocemos la muerte.

¡Dios mío!, dijo Mischka al tiempo que le hincaba suavemente el hocico en el cuello.

¿Por qué tiene Dios tan poco poder?, preguntó Mouchenka, poniéndole una zarpa en la espalda.

¿Cómo puedo saberlo?

Todo lo que existe lo oculta, dijo ella.

Está escondido en su guarida, dijo él.

Pues ya podría salir de vez en cuando, ¿no?, se quejó Mouchenka.

Mouchenka sacó la cabeza de la roca que los protegía, y la nieve se posó sobre su gran hocico negro. ¿Por qué tiene tan poco poder, Mischka?

Porque creó el mundo, rugió el oso.

¡Así que agotó toda su fuerza haciéndolo y desde entonces está cansado! Se quitó la nieve de la nariz.

No, dijo Mischka.

¿Qué quieres decir con ese no?

Podría haberlo creado todo de otra forma, de modo que el mundo hiciera exactamente lo que él quisiera.

¿Habría sido mejor?

Sí.

Durante un buen rato ninguno de los dos osos dijo nada más. Por fin, la osa habló: si el mundo hiciera exactamente lo que él quisiera, nadie lo reconocería, ¿no lo comprendes? No habría necesidad de reconocerlo. ¡No habría nada más que él!

¡Mouchenka! Eras más sencilla cuando no sabías hablar.

Tal como son las cosas, continuó ella, está esperando siempre que se le reconozca. No deja de enviar recordatorios. Mira cómo cae la nieve, Mischka, cae sobre todas y cada una de las agujas de los pinos.

¡No es listo ni nada!, rugió el oso, ¡lo ha hecho todo de tal forma que él puede permanecer escondido! Rascó con su pezuña la piel de la cadera de la osa. ¡Lo ha hecho todo de forma que lo dejáramos en paz!

No, no, dijo Mouchenka, Dios hizo el mundo como es, de modo que se le necesitara. Es lo que quería.

En ese preciso instante se oyeron dos disparos, y un cazador gritó: ¡Tocados los dos!

La sangre de los dos osos manchó primero sus pieles y luego la nieve.

Christian señala hacia algo abajo. Lleva los guantes de lana que le hice. No distingo lo que está señalando.

Al siguiente fin de semana le sugerí a Stepan que viniera a la casa. Le hablé de mis hermanos. Esperaba que madre se ablandara un poco si lo conocía. Desde la mañana que me tiró el cubo de agua en el establo no había vuelto a dirigirme la palabra.

Todavía no, Dilenka, todavía no. Cuando llevas a un hombre a tu casa por primera



vez, todo el mundo lo mira y empieza a preguntarse por el futuro, lo ponen a prueba —como un par de pantalones— para ver si sirve. Si tuviera tu edad, pero soy un hombre hecho y derecho, un extranjero, no tengo nada aquí, y ellos necesitarán todo tipo de garantías; es demasiado pronto. Todavía no sé adonde podría llevarte. Esperemos un poco.

Un sábado Stepan vino a Cluses en el autobús de mediodía. Quería ver la habitación en la que me hospedaba, en casa de la viuda Besson. Esta vez fui yo la que se opuso a la visita. La habitación era demasiado pequeña y la cama ocupaba la mitad del espacio. En su lugar, tenía un regalo para él. Lo envolví en una de mis bufandas, una bufanda de gasa blanca.

¿Qué puede ser?

Era una petaca para aguardiente, forrada de cuero. Había ahorrado durante un mes para comprársela. Stepan se había quejado del frío cuando trabajaba en el turno de noche.

Paleta seis toneladas, ¡*Schest!*, en el horno Peter. Quédate cerca, y el calor que emana te seca el sudor hasta abrasarte. Da un paso atrás y te congelas con el frío de la noche. Menos veintiocho grados. *Minus dvadzat vossiem.*

Me enseñó a contar en ruso, y yo aprendí como aprenden los chicos a imitar el canto de los pájaros.

¡Que un trago de aguardiente te haga compañía entre el frío y el calor del turno de noche! Escribí esta frase en un sobre y lo pegué a la petaca antes de dársela.

Cuando leyó el mensaje escrito en el sobre, tiró la petaca al aire y la recogió con una mano. Estábamos enfrente de la estación de autobuses de Cluses. Entonces me besó. En la boca. Los besos eran cada vez más largos.

Un amigo de padre, César, el zahorí, solía sostener el péndulo sobre un mapa de la región, y allí donde había aguas subterráneas, el péndulo empezaba a dar vueltas como un patito. ¿Estoy ahora volando en círculos sobre el Mole porque un domingo de mayo Stepan y yo subimos hasta allí a coger botones de oro? Bajo nosotros, en un camino, a una distancia que si gritara me oiría, hay una mujer con un vestido que yo nunca tuve. ¡Cómo seremos olvidados!

Mientras subíamos, Stepan me habló de su niñez. Crecí, me contó, con el olor de la cola de pescado: el olor del fondo del océano. Y no sé si me creerás, pero es verdad: para cuando empecé a comer alimentos sólidos ya era capaz de sostener varios clavos entre los dientes. A los quince años hice mi primera silla, y padre mantenía —como verdadero discípulo de Makhno que era—, mantenía que era mejor que todos los tronos del mundo.

El sol calentaba y era ese momento de mayo en que la hierba se pone a crecer como loca. De niña creía que la veía crecer. Cuando llegamos al *alpage*, los tejados de latón de los *chalets* crujían con el calor. Stepan no sabía de dónde venía aquel ruido. ¡Alguien está tirando piedras!, dijo. No había nadie. Solo nosotros dos.

Mi padre y yo no estábamos de acuerdo en una cosa, continuó, una sola cosa,

¡pero qué cosa! Stepan nunca había visto antes botones de oro. Cogí algunos para él. Parecen botones de cobre, dijo, ¿quién los limpia? Me reí. No estábamos de acuerdo en una cosa, insistió. Yo creía que Rusia era mi país y quería regresar a él, y mi padre, que, en realidad, era mi padre adoptivo, estaba en contra de ello. Cuando tenía dieciocho años, tras la victoria frente a los alemanes, hice una solicitud para repatriarme. ¡Repatriarte!, me gritó en ruso. ¡Si ni siquiera naciste allí! ¡No sabes nada de nada! ¡Ruso tenías que ser para ser tan estúpido!

Stepan sostuvo cinco botones de oro sobre mi hombro y dijo en el tono monótono que tenía a veces: ¡cinco estrellas! El resto son cenizas. Eres un general. ¡Generalísimo Odile Achilovich!

¿Conseguiste el pasaporte?, le pregunté.

No; me lo denegaron. Apátrida.

Puse el ramo de flores en un pequeño manantial para que no se ajaran, y nos tumbamos de espaldas mirando al cielo, al igual que ahora, tumbada boca abajo, miro hacia la tierra. Stepan puso una mano sobre mi cuerpo y empezó a acariciarme. Hoy no voy a detenerlo, me dije a mí misma. Hablaba de ciudades y me preguntaba a cuál me gustaría ir: ¿Londres, Milán, Rotterdam, Oslo, Glasgow? Nunca se me había ocurrido antes que uno pudiera escoger en dónde vivir. Parecía poco natural. No, dijo Stepan; es fácil. Con estas —alzó sus inmensas manos por encima de mi cara— puedo trabajar en cualquier parte del mundo. ¿Adonde, adonde iremos, Odile? En lugar de responderle, me puse en pie y eché a correr como un animal salvaje colina abajo, hacia los pinos. Cuando vino tras de mí, le grité: ¡eres un bohemio! ¡Eso es lo que eres, un bohemio! ¡No quiero volver a verte más! lo dejé en la estación de autobuses. No quise que me acompañara hasta la casa de la viuda Besson. Le di a ella las flores, y la anciana me dio las gracias y me puso una mano en la frente. ¿No tendrás un poco de fiebre? Pareces muy acalorada. Yo volví la cabeza para ocultarle las lágrimas. Vete a la cama, Odile; te haré una infusión de verbena, dijo. Tal vez te ha dado demasiado sol.

Después del día de los botones de oro, Stepan me envió una carta. Es el único trozo escrito de su mano que llegué a ver nunca. Tengo que mirar si sigue estando en la lata de tila. Lo había escrito todo con mayúsculas, como los niños cuando están aprendiendo. La carta decía: no tenemos que ir a ningún sitio, nos quedaremos aquí, estoy preparándolo todo; te esperaré junto al puente, el sábado. Mischka. Nunca antes le había oído referirse a él mismo como Mischka, ni tampoco volvería a oírlo después.

Aquel viernes por la noche pude ir a casa. Madre seguía sin hablarme. Emile sonreía, socarrón como siempre, y después de cenar me ofreció, en secreto, uno de sus cigarrillos. Todavía no había terminado de fumarlo, cuando entró Régis. Hacía varias semanas que no lo veía. Estaba furioso. Esto tiene que acabar, Odile, ¿me oyes? Estaba dando voces. No puede continuar, ¿me oyes? Tienes que ponerle fin, ¿me estás oyendo? Si padre viviera, él ya te lo habría impedido hace tiempo, y tú le

habrías obedecido, ¿me estás oyendo? Padre no habría gritado como tú, dije yo, y no habría pensado como madre y como tú. ¡No seas estúpida, hermana! ¡Por Dios! ¡No seas estúpida! Padre sabía que a los diecisiete años estaría casada. Hubo un silencio. Emile se limpiaba las uñas con la navaja. ¿No te das cuenta de que tu sueco bobo está casado? Eso es una mentira. ¡Te lo estás inventando! ¿Pero qué esperas, Odile? Tiene casi treinta años. ¡No sabes nada de él! A menudo hemos trabajado en el mismo turno; le llamamos Pala de Nieve; es pura basura. ¿Por qué dices que está casado? Escucha lo que tengo que decirte, hermana: casado o soltero, si persistes en salir con esa porquería, hemos decidido darle una lección. Vuelve a tu tierra, sueco. ¡Pero si es ruso! Mejor me lo pones, ¡que vuelva detrás de su telón de acero!

¿Es un hombre casado? Me preguntó el sacerdote posteriormente cuando me fui a confesar, y tuve que confesar aún más, que no lo sabía y que nunca se lo había preguntado. Al día siguiente de las amenazas de Régis, fui al puente a encontrarme con él. No le conté nada, pues en cuanto estuvo allí, palpable, ante mis ojos, me di cuenta de que, en el caso de que llegaran a pelearse, Régis llevaba todas las de perder.

Cruzamos el río, dejamos atrás los barracones y subimos hacia el bosque. Caminamos siguiendo el lindero hasta que ya no se veían ni la fundición ni la casa. Junto a la vieja ermita que tiene los cristales rotos y el muro a espaldas del altar salpicado de agujeros de bala, torcimos y cruzamos el bosque para salir al camino que lleva a Le Mont. Allí teníamos nosotros un pequeño pajar. Hoy está en ruinas. De niña había estado allí con mi padre en los tiempos aquellos en que todavía bajaba el heno cargado en una narria. Tenía la llave en el bolsillo.

Nunca había visto a ningún hombre desnudo como estaba Stepan. Había visto a mi padre y a mis hermanos lavándose en el fregadero. Lo había visto todo, pero nunca había visto a un hombre desnudo de esa forma. Al verlo, me vino a la memoria la noche en que lo había conocido en el «baile de los carneros», pues me invadió el mismo sentimiento de compasión —¿compasión por los dos?—, y esa compasión estaba mezclada con el miedo. Y, sin embargo, no era el miedo lo que había lanzado mi corazón al galope. Mi corazón se desbocó con la excitación de las noticias que acababa de recibir: su vida nunca volvería a ser la misma; el cuerpo al que bombeaba la sangre nunca volvería a ser el mismo.

Padre había sido un experto injertador de frutales. Casi nunca fallaba. Injertó de *pippins* y *russets* los manzanos silvestres; y los perales, de *dolbos* y *williams*. Sabía exactamente en qué momento injertar, en dónde cortar y cómo vendar. Era como si la savia le corriera por los dedos. ¡Me está injertando!, me dije a mí misma estrechando a Stepan entre mis brazos. En las nuevas ramas saldrán frutos como nunca los hemos visto, ni él ni yo. No fue fácil para Stepan. No le fue fácil entrar. Por un instante se desalentó. Yo me di cuenta. En los hombres todo es tan obvio que incluso yo, con diecisiete años, podía comprenderlo. Y yo compartía su impaciencia, de la misma forma que solía ayudar a papá cuando estaba injertando. Sostenía el retoño en el ángulo adecuado, mientras padre lo ataba con la cuerda.

La luz se filtraba por los agujeros de la madera de la pared, el heno olía a leche quemada y yo sentía que todo lo bueno que pudiera suceder me estaba siendo injertado. ¿Y no estábamos ya a la semana siguiente comiendo los frutos? ¡Si tan solo hubiéramos podido coger más! Nos dio muy poco, querido Dios. Y, sin embargo, tal vez no. A veces, cuando me cuento a mí misma la historia de los dos osos, me digo: quizá la única cosa que El no comprende es el tiempo. ¿Cuánto tiempo yacimos protegidos por la madera gris calada con rayos de sol? Nunca me pareciste tan pequeño como entonces, Stepanuschka. Iba a ser tu esposa y la madre de tus hijos y ese océano que nunca veré de tu barco. Era en los días más largos del año. Cuando salimos, ya era de noche y había luna; veíamos bien el sendero. En el camino de bajada te desabroché el cinturón. ¿Dónde está lo que vi, querido Dios? ¿Dónde está?

Empezaron a construir. No sé con qué palabras Stepan los convenció o los inspiró. Empezaron a construir una habitación. Cada barracón tenía una letra de identificación. Creo que al principio, cuando los construyeron, las letras iban por orden alfabético de la A a la H. Luego, a algún hombre de los que pasaron por allí se le ocurrió hacer una broma que consistió en cambiar las letras. Desde la época en que aprendí a leer, cuando niña, los ocho barracones estuvieron siempre marcados formando la frase IN EUROPA. Se veía en donde habían estado pintadas las letras originales. En cuanto a la broma, el hombre que la encontró graciosa, hacía ya tiempo que se había ido, y nadie podía pedirle que la explicara. Las letras se quedaron tal y como él las había pintado. La N de IN estaba escrita al revés. La Compañía nunca se inmiscuía en las zonas de los barracones. En la fundición solo contaba una ley; que los diez hornos fueran sangrados las veces precisas durante las veinticuatro horas y que las aleaciones se ajustaran a la fórmula estándar cuando se las sometía al análisis químico.

Stepan vivía en el barracón A, que era el último y estaba en un extremo de los terrenos de la fundición. Detrás había un pinar. Los hombres del barracón A estaban construyendo una habitación para Stepan. Les llevó una semana, trabajando en sus horas libres. Un tabique de planchas de madera, un agujero en el tejado para la chimenea y una puerta nueva. Esta habitación estaría separada del resto del dormitorio, iba a ser privada. Stepan estaba haciendo una cama, una gran cama con un cabecero de roble y una rosa labrada en cada esquina. Era la primera cama que hacía y le llevó más tiempo que la habitación. ¿Quieres que nos casemos?, me preguntó. Me gustaría ser tu esposa. Me casaré contigo, dijo; te lo prometo.

El barracón A sigue estando en donde estaba, el más alejado del puente. La gente dice que se aprovechó de mí. Pero esa gente no sabía nada. No lo vieron labrando las rosas. Si no se casó inmediatamente fue porque no podía —tal vez sus documentos no estaban en orden. Porque ya estaba casado, decía la gente. Tal vez, mucho antes, tuvo otra mujer en otro país, en otro siglo. Todo lo que sé es que no me engañó.

Un día, tú y yo, cuando nuestros nietos ya no nos necesiten, un día, dijo, tú y yo iremos a visitar Ucrania.

Desde la ventana de la pequeña habitación improvisada en un extremo del barracón A, veía volar las golondrinas entre los barracones y las hileras de abetos. Era ridículo que una mujer que estaba viviendo como yo siguiera en el instituto, así que me fui sin hacer los exámenes. Cuando crucé por última vez las grandes puertas de hierro forjado del instituto, hechas para que entraran por ellas caballistas con estandartes, sentí a mi padre muy cerca de mí. Era como si me estuviera acompañando a pedir trabajo en la fábrica de piezas, como si me hubieran dado el trabajo directamente porque él estaba allí.

El primer trabajo que tuve consistía en hacer agujeros en una pequeña lámina que posteriormente se ajustaba en la parte posterior de las radios. Mil setecientas al día. No estaba mal pagado, y el lugar tenía la ventaja de estar a orillas del río. Cuando había hecho más de mi cupo, podía salir, fumarme un cigarrillo y contemplar el río; éramos siete en la fábrica; siete contando al jefe y a su hijo. Escuchando el agua del río, decidí que iba a enseñarle a Stepan dónde podía pescar truchas sin que le estorbara nadie.

Lo único malo era el aceite, que me salpicaba las manos y las muñecas. No podía llevar guantes porque me retrasaba demasiado en mi labor, y mi piel era alérgica a ese aceite. Me salieron unos granitos que picaban mucho. Stepan dijo que si no se me quitaban en una semana, hacia el 17 de julio —recuerdo las fechas de ese mes de cielos veraniegos, días eternos, golondrinas y lo inimaginable—, me prohibiría categóricamente trabajar allí.

Mantuve mi habitación en casa de la viuda y pasaba todas las noches en IN EUROPA. Dos domingos que Stepan trabajaba en el turno de día los pasé mirando las golondrinas; dos domingos que Stepan libró los pasamos en la cama hasta el anochecer. Entonces hablaba mucho. En sueños hablaba en ruso. Aguantaremos así un año, decía, luego nos iremos y yo encontraré un trabajo. ¡Deberías dedicarte a hacer camas como esta!, le respondía yo. Encontraremos una casa junto al mar, decía él. ¿Y por qué no un lago?, sugería yo.

A veces hablaba de la fábrica. Le pregunté si se había enterado del accidente de Michel. Acababa de entrar, dijo él; era mi primera semana y estaba trabajando en su equipo. Era el horno Peter el que estábamos sangrando, y se rompió el muro. Cuando sucede esto es el infierno en la tierra. El infierno mismo, pequeña. Antes de perforar el muro utilizas una sonda —pero ¿sabes cuánto dura la información que te da? Menos de ocho minutos. *Vossiém*. Todavía estaba consciente. Que Dios lo ayude. Lo sacamos y le echamos encima el traje de amianto. Todavía está en el hospital, comenté. Sin las dos piernas, dijo Stepan.

Al caer la tarde se afeitaba. Me gustaba verlo afeitarse. Teníamos una jarra y una palangana en la mesa junto a la puerta y él iba a buscar agua caliente a los baños, un edificio de piedra contiguo al taller. Naturalmente, yo nunca puse un pie allí dentro. Stepan me traía agua para que me lavara, y para las necesidades del cuerpo iba a la plantación. Esta vez el agua era para su afeitado. ¡Cuánto me gustaba verlo afeitarse!

¿O, tal vez, ver afeitarse a cualquier hombre? Si hubiera ido a los baños lo sabría. Es el único momento en que los hombres muestran su coquetería. La forma en que tiran de la piel y centran la vista, el sonido de la cuchilla al arrancar la barba, el jabón blanco sobre la piel rosada. Después de afeitarse, la cara de Stepan era más suave que la mía, tan suave como la de un niño.

Murió el 31 de julio. No se había llevado la petaca forrada de piel. La había dejado sobre la mesa, al lado de la brocha de afeitar. Murió a las cuatro y media de la madrugada. Régis me telefoneó con la noticia a la casa de la viuda Besson justo en el momento que salía a trabajar. Yo misma hablé con él. ¿Es verdad que está muerto? ¿Es verdad? ¿Es verdad? Se lo pregunté seis veces. Fui a trabajar. Las piezas que me tocaba prensar aquel día, minúsculas como pendientes, eran para planchas eléctricas. Al salir del trabajo fui a los barracones y entré en la habitación. Llamaron a la puerta. La abrí. Era Giuliano. Había sido él quien había conseguido la madera de roble para la cama.

¿Dónde está?, pregunté, quiero verlo. *Niente*, dijo Giuliano. Quiero verlo, repetí muy deprisa. ¡*Niente!*, gritó con todas sus fuerzas. Tras él fueron apareciendo otros hombres del barracón a y de los barracones P, O, R, V, E, N, que se quedaron de pie a una discreta distancia, mirándome con la gorra en la mano y los hombros caídos. ¿Dónde está? Los ojos de Giuliano se llenaron de lágrimas cuando negó con la cabeza. Ni por un instante apartó los ojos de mí. Y de repente, comprendí. Había desaparecido. No había cuerpo. Como sucede en las avalanchas.

No lloré, Santa María Madre de Dios, no lloré. Le dije a Giuliano: ¿quién tiene moto en el barracón? Ninguno de nosotros. ¿Y en otros? Jan, del barracón u, tiene una motocicleta. Pregúntale si me puede llevar a trabajar mañana por la mañana. Me voy a quedar aquí.

Dormí en nuestra habitación. Todas las mañanas Jan me llevaba a Cluses, a la fábrica. Al segundo día, Emile vino al barracón. Queremos que vuelvas a casa, dijo, y tímidamente, sin decir una palabra, dejó sobre la mesa un queso de cabra. Más tarde, respondí yo, díles a mamá y a Régis que iré a casa más tarde; de momento tengo que quedarme aquí.

Me echaba en la cama con las rosas labradas en las esquinas y miraba las planchas de madera del techo. Encontré una maleta bajo la cama y metí allí sus ropas, sin saber todavía lo que iba a hacer con ellas. ¿Las querrían quizá su padre o su mujer? Seguía sin llorar; me inundaba la nada en la que él había desaparecido. Todas las horas eran iguales. Cada minuto era igual al siguiente. Salía a orinar a la plantación, como lo había hecho cuando sus botas no eran bocas abiertas gritando. Odile no gritaba; esperaba. IN EUROPA, barracón A. Seguí esperando. Todas las noches, algunos de sus compañeros venían a verme. Venían de dos en dos. Me traían platos con comida, que yo no probaba. Uno me trajo un periódico en una lengua que yo no comprendía. Me decían que debería volver a casa. Me decían que vendrían a verme si me iba a casa. Uno de ellos me dio un chal de encaje negro. Lo doblé. Con cada día

que pasaba crecían mis esperanzas. Dormía en el barracón todas las noches. En la nada en la que él había desaparecido, en la nada en la que me había dejado, intentaba escucharlo. Y por fin, lo oí. Ahora ya podía irme a casa, ahora ya podía llorar, ahora ya podía ponerme el chal negro.

Fui a la oficina del director de la fundición. La secretaria me preguntó el motivo de mi visita. Le contesté que era un asunto privado. Siéntese, por favor. Se oía el rugir, como de una avalancha, de los hornos. Sabía que nunca paraba y, sin embargo, allí sentada esperando, pensé que podría suceder. A veces suceden cosas imposibles. Pensaba que si el rugido parara, oiría su voz. En las paredes había colgadas fotografías enmarcadas de otras fundiciones. Los marcos eran de roble, como la cama. Esperé una hora. Ya no puede tardar mucho, dijo la secretaria. ¿Dónde está? Está hablando por teléfono; una conferencia de larga distancia, respondió ella, y siguió escribiendo a máquina.

Si me hubiera abierto de piernas, habría podido conseguir su trabajo. ¿Quiere un café?, me preguntó. Me conocía. Por entonces todo el mundo en la fábrica sabía que yo era la concubina de Stepan Pirogov. No utilizaban esta palabra, claro, pero era el término legal que yo tendría que emplear. Sí, por favor, respondí yo.

Media hora más tarde me recibió el director. Su mujer solía comprarle los huevos a mi madre. En vida de padre, madre tenía que esperar a que hubiera salido para poder ir ella a llevar los huevos. ¡Alimentos para el enemigo!, hubiera gritado padre.

El director nunca te miraba de frente cuando te hablaba. Era como si estuviera intentando leer los pies de las fotografías colgadas de la pared. Se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata. Era agosto y hacía calor en todas partes. Yo me había puesto una falda y una chaqueta para parecer más legal y llevaba el chal negro a la cabeza. Me ofreció con un gesto la silla que tenía enfrente.

¿Qué puedo hacer por usted?

He venido a hablar con usted acerca de Monsieur Pigorov, Monsieur Norat.

Comprendo. Quisiera darle mi más sentido pésame a usted y a su familia.

Tengo entendido que cuando un trabajador muere en accidente laboral, la Compañía paga una pensión a su mujer.

Es discrecional. No estamos obligados a ello, y la pensión termina en el caso de que la viuda vuelva a contraer nupcias.

Monsieur Pigorov murió en accidente de trabajo.

La causa todavía no ha sido averiguada.

Todo el mundo sabe que los vapores lo asfixiaron. Por eso cayó.

Eso lo sabremos, Mademoiselle Blanc, cuando la investigación haya terminado. Me gustaría poderle dar más noticias.

He venido a solicitar la pensión.

¿Cuántos años tiene?

Diecisiete.

¿Y cuál es la fecha de su matrimonio, Mademoiselle Blanc? Se vio obligado a

mirarme en ese momento.

No estamos casados.

Entonces no lo comprendo.

Vivía como concubina de Monsieur Pigorov.

¿En dónde, si no le importa que se lo pregunte?

Yo sabía que él lo sabía.

En el barracón A, le dije.

Eso es propiedad de la Compañía.

También quiero nuestra cama.

¡Quiere una pensión de la Compañía y una cama, ni más ni menos! Si diéramos pensión a todas las concubinas de nuestros obreros, Mademoiselle Blanc, iríamos a la bancarrota.

¿Tantos trabajadores mueren en sus fábricas, Monsieur Norat?

Comprendo su pena, pero no puedo hacer nada por usted.

Estoy embarazada. En nombre del hijo que llevo en mi vientre, solicito una indemnización, señor.

Monsieur Norat pareció sorprendido. Se levantó de la silla y se quedó de pie detrás de mí.

Odile, permíteme que te tutee, ya que podrías ser mi hija, yo te creo, pero la Compañía no puede creerte. Desde el punto de vista de la Compañía no estás casada, no tienes una residencia fija de concubinato, y no puedes presentar prueba alguna de que Stepan Pigorov es el padre de tu hijo.

Naciste, Christian, el 10 de abril. Pesaste tres kilos cuatrocientos gramos, tenías los ojos azules, un pelo más suave que el vilano del diente de león, unas manos más pequeñas que los pulgares de Stepan y unas piernas que eran como pan sagrado, con un cipotito entre ellas.

Mi madre esperaba tenerte en casa y alimentarte con biberones. Yo quería darte el pecho. Tenía leche suficiente para alimentar a unos gemelos. El jefe de la fábrica de piezas fue muy complaciente: mientras hiciera el cupo que me correspondía, no ponía problemas para que entrara y saliera a deshora. No tenía que esperar, como los otros, hasta mediodía. Cuando mi blusa se humedecía de leche a ambos lados, dejaba las máquinas en marcha mientras los recortes metálicos se amontonaban en el suelo del taller. ¡Cómo chupabas! ¡Con qué fuerza te agarrabas a la vida! Luego tenía que volver pronto para barrer los recortes y volver a empezar con las piecitas para las escotillas de los aviones.

Estabas a punto de cumplir un año. Empezabas a dar los primeros pasos sobre la tierra, y al cuarto te caíste de culo. Es gracioso pensar en ello ahora aquí en el cielo.

Emile estaba jugando contigo bajo la mesa. Régis había salido la noche anterior y había bebido demasiado. No son los peores hombres los que beben; los hombres que beben son los que tienen miedo, no saben a qué, todos tenemos miedo, aunque a los dieciocho años yo no sabía nada de esto. Régis discutía con Emile, que estaba bajo la



mesa jugando contigo, sobre si el Peugeot de Corneille, el tratante de ganado, era azul o negro. Emile estaba seguro de que era negro. Y así siguieron y siguieron durante un rato. ¡Parad ya!, grité yo. ¡Sois peor que los niños! Régis se volvió con tal rapidez que pensé que me iba a pegar. ¡No te metas en lo que nadie te llama, Odile! ¡Ya tienes bastante con ir pensando lo que vas a hacer con ese bastardo que tienes de hijo! ¡Cierra el pico! Emile agarró a Régis por las piernas y lo tiró al suelo. En ese momento entró mi madre, y los tres hicimos como si nada hubiera sucedido. Cuando salió madre, Régis, con la cabeza entre las manos y una mancha de sangre bajo la nariz, murmuró: azul, el Peugeot de Corneille es azul. Me voy a dar una vuelta, dije yo.

Caminé siguiendo las vías hacia los montones de escoria. El último estaba todavía humeante. Pronto serán tan altos como la fundición, pensé. Pronto habrán cubierto nuestro huerto. En casa ya solo quedan tres vacas. No hay nada más muerto en este mundo que esta porquería sobrante tras haber ardidido a dos mil grados. Veintidós meses de escoria acumulada es como el padre del bastardo. Tenía el valor de decirme estas cosas a mí misma.

Cuando me toca trabajar allí, me dijo Giuliano, el sardo, después de la muerte de Stepan, nunca estoy seguro de que vaya a volver.

Cada pared, cada apertura, cada escalera parecía el hueso de una calavera de oveja encontrada en la montaña: descarnada, vacía, extinta. Los hornos retumbaban, el río corría, el humo, a veces blanco, a veces gris, a veces amarillo, se elevaba hacia el cielo; una generación tras otra, los hombres trabajaban día y noche, sudando, soportando las náuseas, orinando, tosiendo: la fundición no había parado ni una vez en siete años; producía treinta mil toneladas de ferromanganeso al año; daba dinero; probaba nuevas aleaciones; hacía experimentos; daba beneficios y era inerte, estéril, inútil. Atravesé la nave de fundido, en donde el horno del óxido de manganeso está casi en el cielo, y Peter y Tito, los hornos del ferromanganeso, están por debajo, pero aun así tan altos que cuando las grúas aéreas vierten el metal, si miras de reojo a los calderos del colado, parecen soles a punto de ponerse; y yo sabía que el útero, en mi vientre, era lo opuesto a todo lo que podía ver y tocar allí. Aquí tienes una mujer, susurré, y el fruto de su útero. Me puse de rodillas. Nadie me vio.

La piel de caballo es la mejor para los guantes, Dilenka; resiste el calor.

Subí las ocho escaleras de metal, cada una de ellas tan alta como el heno en el pajar, hasta el horno del óxido de manganeso; nadie me detuvo. Allí es dónde él había caído. Los humos me punzaron la garganta y yo respiré profundamente, pero no sucedió nada. Bajé las ocho escaleras. Crucé el espacio de oficinas en el que había tenido lugar el «baile de los carneros». Encontré el casillero en donde él guardaba los guantes de piel de caballo y su casco azul. Estaban marcados con un nombre italiano. Me reí. Me sorprendí a mí misma riéndome. Nuestro amor era imperecedero.

Al otro lado del puente vivimos IN EUROPA. El río iba bajo, porque aún no había empezado el deshielo. Muchos días estábamos a menos diez grados, y las montañas

estaban todavía prisioneras. No me dio tiempo, pensaba mirando correr el agua del Giffre, a enseñarle a Stepan dónde podía pescar truchas; solo hubo tiempo para que Stepan y Odile se conocieran y para que Christian fuera concebido. Corriente arriba, entre las rocas, algo me llamó la atención. Esperé. Me pareció que volvía la cabeza. Un camión pasó por la carretera armando un gran estrépito, y la cosa alzó el vuelo, con sus largas patas colgando en el aire, y se posó en un pino. Era una garza. Un pájaro de agua que anida en la copa de un árbol, decía Stepan. He visto tres garzas en mi vida. Una con mi padre cuando era todavía lo bastante pequeña para que él me llevara en sus brazos; otra con Stepan una tarde de junio, y esta, aquel domingo de marzo del 56.

Stepan decía que el nombre de la garza era *tzaplia*, una criatura que viene de lejos con mensajes. Cuando está esperando para pescar un pez, se queda tan inmóvil como una vara. Por eso al principio no estaba segura de lo que era. Desde el pino, la garza vigilaba la carretera, los terrenos de la fundición, las altas chimeneas, cuyas cabezas parecen los picos abiertos de pajaritos gigantes en busca de alimento, el horno del óxido de manganeso, los hornos Peter y Tito, el pabellón de las turbinas, el farallón y el cielo por el que ahora estoy volando con mi hijo. Entonces desconocía este mensaje.

Madre estaba de buen humor. Nos dio un kilo de miel, dijo que tus ojos azules iban a romper los corazones de muchas chicas y te cambió los pañales. Por una vez no tenía prisa en irme y perdimos el autobús de Cluses; tuvimos que hacer auto-stop. Contigo era fácil. Al verme contigo en brazos, paró el primer coche. El conductor se echó hacia atrás y abrió la puerta trasera. Cuando me subí, pronunció mi nombre. Llevaba una gorra que le ocultaba los ojos y tenía una barba muy negra. Y, sin embargo, había algo en la manera en que había dicho mi nombre que me resultaba conocido, viejo. Nuestras miradas se cruzaron y de repente lo reconocí.

¡Michel!

Ladeó torpemente la cabeza para que lo besara en la mejilla. Yo supuse que no se podía volver, que no podía mover las piernas, así que lo besé de esta forma.

Me dio mucha pena, Odile, cuando me enteré de lo que había sucedido, dijo. De veras lo siento. Aquí me tienes para lo que puedas necesitar.

Su voz había cambiado, había cambiado más que su cara a pesar de la barba. Antes hablaba como lo hacen la mayoría de las personas: con la voz pegada a lo que estaba diciendo. Ahora su voz sonaba lejana, como la de un sacerdote desde el altar.

Este es nuestro hijo, Christian, le dije.

Tocó tu gorro de lana con una mano, y fue entonces cuando me fijé en las cicatrices: eran color violeta, del mismo color que toman los lingotes de molibdeno cuando están enfriando. Las partes que estaban violeta tenían menos carne.

¿Adonde vas?, preguntó.

A Cluses.

¿Vives allí?

Asentí. ¿Y tú, Michel?

En Lyon ya han acabado conmigo. Los cirujanos dicen que soy una obra maestra. ¿Sabes cuántas operaciones me hicieron? ¡Treinta y siete!

Se rio y se dio un golpecito en el muslo de forma que el sonido me recordara que era de metal. Llevaba unos pantalones bien planchados, calcetines de color claro y unos zapatos muy limpios.

Tú empezaste a llorar.

¡Así se agrandan los pulmones!, dijo Michel. A su edad todavía no puede correr, el pobre chiquillo, todo lo que puede hacer es berrear cuando quiere llenarse los pulmones. ¡Mira, Christian, mira!

Balanceó delante de tus ojos un llavero y tú apoyaste la cabeza sobre mi pecho y dejaste de llorar.

¿Y tú que haces, Michel?

Voy a encargarme del estanco y el quiosco de prensa de Pouilly.

¿Cómo te las arreglarás para...?

Todo, Odile, todo. Incluso puedo subir por una escalera de mano. Los abogados del sindicato les obligaron a darme una pensión. No tengo que trabajar mucho.

Estúpida, inútilmente y sin razón alguna para ello, empecé a lloriquear. Michel se volvió y encendió el motor. Podía conducir porque el coche estaba preparado para que controlara todos los mandos con las manos. Los pies, embutidos en unos brillantes zapatos, descansaban en el suelo. Como dos planchas.

Es increíble a lo que puedes llegar a adaptarte cuando no te queda más remedio, dijo Michel mirándome de soslayo.

Ya.

Al principio estaba demasiado drogado para darme cuenta, dijo, luego poco a poco fui percatándome de la verdad. Cuando me despertaba por la mañana y me acordaba de lo que era, me entraban ganas de gritar. Estuve desesperado durante una semana. ¿Por qué a mí?, me repetía a mí mismo, ¿por qué a mí?

Ya sé, dije. Tú te habías quedado dormido. Avanzábamos siguiendo el río. Michel controlaba el acelerador con su mano derecha, toda llena de cicatrices. Sus dos pies descansaban en el suelo, como planchas. Yo seguía lloriqueando.

Lo bueno del hospital es que no estás solo. Hay otra gente en el mismo estado que tú; algunos peor. Solo tienes una vida, dicen, así que saquémosle el mejor provecho. ¿No es verdad, Odile?

Ya lo sé, respondí yo entre lágrimas.

Todos éramos casos desesperados. Quemaduras de tercer grado, con un cincuenta, un sesenta, un setenta por ciento de incapacidad. Hace veinte años todos estaríamos muertos. Había gente —lo sabíamos— que pensaba que mejor estaríamos muertos. Teníamos que aprender a vivir una segunda vida. La primera se había ido para siempre jamás. ¿Se ha quedado dormido?

Sí, está dormido, susurré.

Tuve que aprender a vivir; y no era como aprender por segunda vez; eso era lo extraño, Odile; era como aprender por primera vez. Ahora estoy comenzando mi segunda vida.

¿Te duele?, pregunté.

No mucho.

¿Nunca?

No mucho. A veces, en verano, cuando aprieta el calor es incómodo. Se tocó la parte superior del muslo. Pero eso es todo. Durante mucho tiempo soñé que me dolían las piernas. En mis sueños no me las habían amputado. Te diré algo más, Odile: me he hecho brujo; puedo aliviar el dolor de las quemaduras.

Me eché a reír sin saber muy bien por qué, al igual que me había sucedido con las lágrimas.

En el hospital había un anciano. No era un paciente ni tampoco formaba parte del personal... Se pasaba allí el día. Salía a comprarnos todo lo que le pedíamos: periódicos, fruta, tabaco, colonia, y a cambio le dábamos las monedas que sobraban. Tenía ochenta y dos años. De joven había sido ferroviario. Y era brujo. Una vez le vi actuar. Una enfermera se había escaldado las manos con agua hirviendo, y el anciano puso fin a su sufrimiento en dos minutos. Según él, se estaba haciendo viejo; decía que el esfuerzo de quitar el dolor de los otros le agotaba. Así que un día nos comunicó que nos había estado observando con cuidado y que ya había decidido, que ya había escogido a su sucesor. Y este iba a ser yo. Me pasó su don.

¿Cómo?

Pues tal cual.

¿Pero qué hizo?

Simplemente me traspasó su don.

Habíamos llegado a Cluses, y Michel nos condujo hasta la puerta de nuestra casa. Tú estabas dormido en mis brazos. Pese a mis protestas, insistió en salir del coche. Movía las piernas ayudándose con las manos. Se levantó apoyándose en ellas. Tenía el cuello y los hombros mucho más fuertes que antes. Extrajo su cuerpo fuera del coche como un hombre que sale a pulso de la zanja que acaba de cavar. Se quedó de pie en la calle, el tronco ligeramente inestable sobre las caderas.

Si alguna vez me necesitas, ahora ya sabes dónde encontrarme. Sentí mucho lo que pasó, repitió.

¿Recuerdas a Stepan?, le pregunté.

Sí, lo recuerdo. Era muy alto, rubio... ¿no tenía también los ojos azules? Trabajamos un par de noches en el mismo equipo; dos o tres noches, creo, antes de que a mí me tocara esto en suerte. Se dio un golpecito en la cadera.

Ni siquiera guardo una foto de él, dije.

No necesitas una foto, dijo, tocando tu gorrito de lana, tienes su progenie.

¿Qué palabra más rara, progenie!

No la hay mejor, dijo. Buenas noches.

Y empezaron los largos años, los largos años de tu niñez. ¿Te acuerdas del piso en el que vivíamos? Hacías la tarea en la mesa de la cocina. Siempre querías que hiciera buñuelos de patata para cenar. Tenías un balón de fútbol en una red colgada del techo encima de tu cama. Tu habitación olía a cola, por todas las maquetas que hacías. El mismo olor de mi esmalte de uñas. Todavía no tenías diez años y ya sabías cambiar las arandelas de los grifos. En mi habitación estaba la cama de roble con las rosas labradas; cuando estabas enfermo dormías en ella conmigo y a veces también los domingos. ¿Te acuerdas de cuando pintamos el cuarto de estar y te caíste de la escalera? Eras todo lo que yo tenía en el mundo y por un momento creí que habías muerto.

¿Por qué tengo el mismo apellido que tú, mamá?, ¿por qué me llamo Christian Blanc?

Porque tu padre murió antes de nacer tú.

¿Cómo era?

Fuerte.

¿Qué aspecto tenía?

Grande.

¿Se parecía a mí?

Sí.

¿Le gustaban los aviones?

No especialmente, creo.

¿No sabes mucho de él, verdad?

Tanto como puede llegar a saber cualquiera.

Adivina lo que realmente quiero hacer, mamá. Quiero construir un planeador. Uno que vuele. He visto una foto en un libro en la escuela. Tendrá que ser grande, tan grande como un coche.

¿Lo bastante grande para que podamos dar la vuelta al mundo volando?

Sí... Necesitaré mucha cola.

Los largos años empezaron. ¿Adonde podríamos ir que fuera nuestra casa? Régis se casó con Marie-Jeanne. La condición que puso ella para casarse con él fue que dejara de beber, lo que cumplió durante algún tiempo. Madre vendió la última vaca y se quedó solo con las cabras y las gallinas. Los árboles del bosque camino arriba hacia Le Mont empezaron a morir. La colina sobre el río tomó el color gris oxidado de la madera muerta. Emile encontró un trabajo como cargador de bidones en una fábrica de pinturas cerca de la frontera, y madre le prodigaba todos sus cuidados. Cada tarde cuando volvía a casa era recibido como un héroe. Su debilidad inspiró en ella la determinación de vivir cien años. Conforme envejecía, Emile se fue convirtiendo en el amor de su vida. Todas las semanas le cambiaba la paja del colchón.

Yo compré un atlas para estudiar la forma de llegar a Estocolmo.

Localicé Ucrania y el río Pripiat. Pero ¿qué íbamos a hacer allí? Estaríamos más

lejos de casa que nunca.

¿Por qué estamos subiendo ahora a tanta velocidad?

El jefe de la fábrica de piezas nos pretendió durante algún tiempo. ¿Recuerdas que te compró un Sputnik con un perro dentro y tú perdiste el perro? Fui a cenar a su casa varias veces. Nos llevó al lago y comimos un pescado parecido a la trucha, pero más fuerte de sabor. Tú dijiste que los peces conseguían llegar al océano guiados por su olfato. Su mujer le había dejado hacía años. El se acercaba a los cuarenta; tú tenías nueve.

¿Quieres casarte con Gastón, mamá?

Seguimos ascendiendo.

No, no quiero casarme con él.

Creo que él quiere casarse contigo.

No lo sé.

Me ha dicho que se va a comprar un Citroën DS.

¿Esto es lo que te interesa, verdad?

Si no tuvieras que trabajar para él, creo que me gustaría más.

Gastón es muy amable. Él y yo sabemos cosas diferentes; eso es todo. Lo que él sabe a mí no me interesa mucho; y lo que yo sé a él le asusta.

Tú no me asustas, mamá.

Cuando viramos, Christian, es muy extraño, pues veo el cielo debajo y no encima.

La tienda de Michel en Pouilly era diferente de cualquier otra de la región. Los periódicos estaban colocados de una manera especial: los de izquierda siempre estaban delante. Cuando un cliente pedía *Le Figaro*, Michel se agachaba y, con un gesto de repugnancia, como si el periódico que el cliente había pedido estuviera envolviendo un pescado podrido, lo sacaba de debajo del mostrador. Vendía botellas de aguardiente con una pera del tamaño de mi puño dentro.

¿Cómo han metido la pera?, preguntaste tú.

Creció de una semilla ya dentro de la botella, te respondió Michel, y tú no sabías si creerle o no.

También vendía trineos y radios. Las radios le volvían loco y podía reparar cualquier avería. Tenía un inmenso mapamundi en la pared posterior de la tienda, y en cada país había pegado unas pequeñas etiquetas, como las que venden para los tarros de mermelada, que indicaban la ciudad, la onda y las horas de emisión. Había quienes decían que Michel, con sus políticas y sus radios, solo podía ser un espía ruso. Su fama de curar las quemaduras se divulgó. La gente venía desde otros valles para que les aliviara los dolores. Rechazaba categóricamente cualquier forma de pago. ¡Es un don!, repetía.

¿Te acuerdas de cuando te llevé a él? Te habías quemado la palma de la mano con un petardo.

No era nada serio, pero chillabas como un cerdo camino del matadero. Michel salió de detrás del mostrador con su andar envarado y tambaleante. Vamos a la

trastienda, dijo. Yo me dispuse a acompañarte, pero él movió la cabeza y desaparecisteis los dos. Cerró la puerta, y unos segundos después tú habías dejado de chillar. No fue de forma gradual, sino repentinamente, a mitad de un sollozo. En la tienda no se oía un ruido. Silencio total. Después de lo que pareció una eternidad, no pude aguantar más y te llamé. Entraste en la tienda dando saltos y riéndote. Michel te seguía, torpe, pesadamente. Ya se le veían algunas canas en la mata de pelo negro.

No tienes que esperar a quemarte para venir a verme, dijo cuando yo le di las gracias y lo besé al despedirme.

Más tarde te pregunté: ¿qué pasó?

Nada.

¿Qué te hizo Michel?

Me enseñó una de sus quemaduras.

¿En dónde?

Aquí, y te señalaste la tripa.

¿Y la mano dejó de dolerte?

No, ya no me dolía. Dejó de dolerme antes de que él me enseñara la quemadura.

¿Entonces por qué te la enseñó?

Porque se lo pedí.

¿Qué estamos haciendo aquí, Christian, en esta tierra, en este cielo?

Llevaba diez años trabajando en la fábrica de piezas. En la pared, junto a mi banco, tenía treinta postales: del Mediterráneo, de palmeras, de cerezos en flor y de un pueblo con un campanario; todas ellas me habían sido enviadas a lo largo de los años por amigos de vacaciones. Gastón había comprendido la realidad de nuestra situación. Cuando se quedaba parado detrás de mí haciendo que supervisaba mi trabajo, sentía su pena entre las paletillas, porque también sentía la mía. El ruido de las máquinas, mes tras mes, año tras año, borraba todo principio. Los años eran largos. Cuando no podía dormir, las noches también eran largas.

La fábrica cerraba en el mes de agosto. Nosotros nunca nos fuimos de vacaciones, como hacían algunos de los otros. Le echaba a madre una mano en la huerta. Hacía mermelada y envasaba las últimas judías verdes. Cuando pasaba delante de la fundición ya no pensaba en Stepan. No hay nada en la fundición que pueda guardar un recuerdo. Pensaba en él cuando te planchaba las camisas y te cortaba el pelo. También pensaba en él cuando me maquillaba ante el espejo. Estaba envejeciendo. Parecía que llevase veinte años casada.

¿Sabes medir las sonrisas?

Sí, dije.

Se inclinó, me cogió en volandas para que mi boca quedara a la misma altura que la suya, y me besó.

Tenías un amigo que se llamaba Sébastien, cuyo padre era el guarda del camping de Bakon, al otro lado de la Roc d'Enfer. Algunos jueves, cuando no había escuela, pasabas el día con él allá arriba. A mí me gustaba que fueras, porque el aire de la

montaña te hacía bien. Cluses es como un calabozo. Cuando el camping estaba lleno de chavales que venían desde las ciudades del Norte, querías ir y averiguar si había alguno al que también le entusiasmaran los aviones. Aquí la gente no sabe nada de eso, decías. Yo ya no podía seguirte cuando hablabas de «superficies sustentadoras» y «sobrecarga de las alas».

No estoy muy segura de que Sébastien entendiera mucho tampoco. Su pasión era trastear con los aparatos de televisión. Iba a la tienda de Michel y podía pasarse una hora hablando con él, con la misma seguridad de un maestro, sobre circuitos y transistores. Sébastien tenía doce años y tú once cuando en agosto del sesenta y seis fuiste a pasar quince días con él en Bakon.

Yo no tenía que ir a trabajar y estaba sola como no lo había vuelto a estar desde hacía diez años. Al segundo día hice algo que no había hecho desde la muerte de Stepan: no me vestí, me eché en la cama, oí la radio, me di una ducha cuando me entró calor, recordé cosas y no me levanté en todo el día. Madre se habría sentido profundamente avergonzada de mí. Papá, tras examinar sus manos horriblemente agrietadas, habría levantando la vista y, guiñándome un ojo, habría dicho: ¿por qué no, si puede hacerlo? Mi vida me parecía ya inexplicablemente larga. El día siguiente lo pasé tomando el sol en la piscina. Me estaban saliendo varices por todas las horas que pasaba de pie en la fábrica. Mis manos no eran como las de papá, pero estaban enrojecidas y ásperas. Nunca aprendí a nadar. Pedí hora en la peluquería. Madre no había ido a la peluquería en su vida.

Al salir de la peluquería con un pañuelo en la cabeza, vi a Michel en la acera de enfrente. Lo saludé con la mano, pero él no me vio. Llevaba la cabeza gacha y parecía que le costaba mucho esfuerzo caminar. Esperé a que pasaran los coches y crucé corriendo la calle. Cuando por fin me vio, su cara, roja y brillante de sudor, se abrió en una sonrisa.

¡Qué sorpresa!, dijo con la misma voz lejana.

Acabo de salir de la peluquería.

Ven, tomemos un café.

Fuimos al café junto a correos. Un camarero le ofreció una silla. El se empeñó en coger otra.

¿Por qué no te quitas el pañuelo?

Pídeme un café con leche, que en seguida vuelvo. Fui al servicio.

¡Ay, Odile! ¡Qué pelo tan hermoso tienes! Todas sus palabras tenían que ser arrojadas al otro lado del barranco de su desgracia.

Es demasiado fino. Se abre fácilmente.

¿Demasiado fino? Yo no lo llamaría fino. Bebió un sorbo de su vaso de vino blanco y gaseosa. ¿Te acuerdas de la excursión que hicimos a Italia?

Asentí en silencio.

Hace trece años de eso.

Es la única vez que he montado en moto. Después tú me dijiste que era una buena



pasajera.

¿Tienes la fábrica cerrada durante todo el mes?

Como todos los años.

¿Te apetecería hacer un viaje a París?

¡París! Está a cientos de kilómetros.

Cogemos el coche y nos tomamos cuatro días; llegar hasta allí y volver. Yo tengo que ir de todas formas a que me ajusten la prótesis. No me va bien... la izquierda. Si vinieras conmigo sería como ir de vacaciones. ¿Qué dices a esto?

Está lejos.

No te vuelvas a poner el pañuelo.

¿Somos una madre y un hijo volando por el cielo, Christian?

Por entonces yo tenía veintinueve años; Michel, treinta y siete. Si me hubieran dicho de niña cómo es la vida de los adultos, no lo habría creído. Nunca hubiera creído que podría ser tan inacabada. De jóvenes conferimos tanta autoridad y seguridad a nuestros mayores. Michel y yo habíamos visto y vivido mucho, y, sin embargo, conforme seguíamos el Ródano por la garganta que atraviesa las estribaciones del Jura, parecíamos niños. Cuando pienso en ello ahora, quiero protegernos.

Era un Renault 4 blanco. Michel había forrado los asientos con una tela rayada como la piel de una cebra. Le gustaba echarse un agua de colonia muy fuerte, que, mezclada con el sudor y el calor de agosto, despedía un olor animal. Yo me había comprado un par de guantes de rejilla para el viaje. Nunca en mi vida había soñado con llevar guantes en verano, pero los había visto en una tienda en Cluses, una tienda en la que compraban los artículos de mercería las mujeres de los jefes, y me dije: qué demonios, Odile, si vas a ir a París, precisamente a París, y tienes unos zapatos blancos de lo más elegante, no pasa nada porque también lleves guantes de rejilla blancos en agosto. Además estaban a mitad de precio.

Cuando pienso en nuestro viaje a París, no quiero que nos suceda nada malo.

La gata blanca murió la semana pasada. La atropelló un coche. Michel estaba en la tienda, y yo salí al jardín y oí un maullido. Estaba en la hierba, junto a la cuneta. Tenía la espalda rota, así que la eché sobre una manta junto al fogón de la cocina. Se quedó allí tumbada con su blanca boca entreabierta y la lengua un poco menos blanca que los dientes. Se puso de lado, o su cuerpo la volvió; tenía las cuatro patas estiradas, y las traseras totalmente rectas detrás de ella, como si fuera a saltar. Lentamente, empezó a limpiarse la cara con las dos patas delanteras, moviendo las pezuñas de arriba abajo, desde las orejas, pasando por encima de los ojos, hasta la boca. Solamente lo hizo una vez, borrando de sus ojos la visión de la vida. Cuando las pezuñas llegaron a la boca, estaba muerta.

¿Puede haber amor sin compasión?

Las del Jura no se parecen a nuestras montañas. Son más taciturnas, están más resignadas a su destino. Nunca cubrirían el asiento de un coche con piel de cebra ni

tampoco llevarían guantes blancos en agosto. Pasamos por un lago en el que parecía que nunca hubiera navegado una barca. Michel hablaba del general De Gaulle, y yo no sabía si lo odiaba o lo admiraba. Después habló de la fundición. Ahora pertenecía a una multinacional con fundiciones en veintiún países diferentes. TPI. Las multinacionales, decía Michel, son los nuevos señores feudales de nuestro tiempo. TPI había tenido unos beneficios de ocho mil quinientos millones de francos en 1966.

Michel recordaba las cifras como otra gente recuerda las letras de las canciones.

*Llueven besos  
graniza caricias  
hasta que anida  
la inundación de la ternura.*

Un hombre que trabaje en uno de los hornos, dijo, respira un aire que contiene cuatrocientas mil partículas de polvo por litro: eso es letal.

Que un trago de esto, cariño, te haga compañía entre el frío y el calor del turno de noche...

Letal. Ningún hombre puede aguantarlo indefinidamente, dijo Michel. Los bosques están muriendo. Las cinco chimeneas arrojan al cabo del año mil doscientas toneladas de desechos de flúor.

Papá había tenido razón con respecto al veneno. También había estado en lo cierto en que me casaría a los diecisiete. Lo que nunca pudo saber, lo que nunca pudo imaginar, es que a los dieciocho me quedaría viuda.

Una fundición de TPI en los Pirineos, continuó Michel, ha destruido cuatro mil hectáreas de bosque en tres años, y setecientas cincuenta cabezas de ganado, entre vacas y ovejas, están contaminadas.

¡Lo que yo he perdido es más que setecientas cincuenta vacas y ovejas!, dije yo.

Tienes un hijo. Eso ayuda.

Sí, ayuda, pero un hijo no lo es todo. Un día se irá.

Al menos tienes a alguien para quien vivir.

¡A veces, grité, quieres vivir para ti misma!

Cada cual tiene que vivir para sí, respondió él.

A veces veo a otras mujeres y las odio porque están, porque están...

¿Porque no están viviendo con un fantasma?

Quiero bajarme; déjame que me baje.

No tienes ninguna razón para enfadarte.

Nadie tiene derecho a decir que es un fantasma. ¿Me oyes, Michel? Nadie. ¡Él está aquí! Me golpeé el pecho con la mano.

Y yo aquí, dijo Michel tamborileando con ambas manos en el volante; estoy aquí y no tengo hijos, así que sé lo que me digo cuando te digo que tú tienes suerte.

¿Suerte? ¿Suerte yo? Tengo casi tanta suerte como tú, querido Michel.

No dijo nada más. Avanzábamos entre colinas verdes coronadas por afloramientos de roca. El cielo estaba de tormenta. Las vacas se arracimaban, con las cabezas gachas, en donde había un poco de sombra. Los dos teníamos calor y estábamos sudando.

Si ves un río, dije, podríamos pararnos. Luego recordé que a él le costaría trabajo bajar hasta la orilla y sentí haberlo dicho. ¿Todavía puedes tener hijos?, le pregunté después de cinco minutos de silencio.

Asintió con la cabeza sin decir una palabra.

Después de la siguiente curva había un bar, y paramos. Estábamos esperando los bocadillos que habíamos pedido cuando oímos el chirrido de unos frenos seguido por un choque. Me abalancé a la puerta del café. Un Peugeot 304, que había dado la curva a demasiada velocidad, se había estampado contra la trasera de nuestro Renault. El conductor, que estaba ileso, agitaba los brazos y juraba contra todo lo que tenía delante. ¡No es posible! ¡La curva no estaba señalizada! ¿Cómo pueden construir semejante carretera? ¡Y hay que tener menos sesera que un mosquito para aparcar aquí! ¡No es posible! ¡Le digo yo que no es posible!

Michel se aproximó a su coche, flexionó rígidamente el tronco desde las caderas —parecía el director de una banda al final de una pieza—, y se dispuso a examinar los daños. El otro conductor recorría una y otra vez la distancia entre los dos coches y la curva contando los pasos en alto, con una voz estridente, fuera de sí. Michel tenía una forma de mirar las cosas —los ejes, las juntas, los cilindros, las cubiertas— que les impedía ser intransigentes, que las hacía obedientes. Mirándolo, pensé en su don de quitar el dolor causado por las quemaduras. ¿Era el don de atraer para sí y, por lo tanto, de dispersar, una especie de conmoción, la conmoción sufrida por la carne quemada o por un chasis abollado?

Si encargamos las piezas esta noche, me gritó, solo me llevará un día de trabajo; podremos estar en la carretera pasado mañana.

Tambaleante como un bolo, se aproximó al Peugeot. El dueño empezó a chillar: ¡no es posible! ¡A menos de veintiocho metros de la curva! ¿Habrás visto las huellas que han dejado mis frenos, no? Frené en seco en cuanto vi su coche. Es usted un peligro público. Si es inválido debería moverse en una silla de ruedas.

Me parece, dijo Michel con mucha calma, que lo podrá arreglar por menos de ciento cincuenta mil, el precio de una buena bicicleta. Ha tenido suerte, considerando la velocidad a la que iba.

¡Mierda de tullido!, dijo el hombre.

La tormenta no había estallado y tuvimos que esperar a que el dueño del café nos llevara en su coche hasta el hotel más próximo, a cinco kilómetros.

¿Nos podría poner unas cervezas bien frías?, le pidió Michel. El sudor le corría por las arrugas de la frente y por las bolsas bajo los ojos. Se sentó en una mesa, con la espalda pegada a la pared; las piernas rectas y los zapatos, puntiagudos y brillantes, formaban un ángulo imposible, como si tuviera rotos los tobillos.

En un día como este, me dijo, cuando trabajas en los hornos, estás a una temperatura de setenta grados. A medio camino entre la fiebre y el punto de ebullición. A mitad de camino del infierno... Se echó un trago de cerveza.

Nunca he creído en el infierno, le contesté. No podía creer que un padre creara el infierno como castigo para sus hijos.

Algunos padres matan a sus hijos a tiros, dijo él.

Disparan llevados por la cólera. Según yo lo he aprendido, el infierno tiene que ver con la justicia y no con la cólera.

Le ofrecí un pañuelo para que se limpiara la cara. Lo sostuvo ante los ojos, porque tenía unas flores estampadas, y no lo usó.

Si de verdad quieres saber algo del infierno, dijo sonriendo, el infierno está aquí mismo.

Suena raro viniendo de ti, Michel, tú que siempre estás hablando de cambio y progreso...

Volví a guardar el pañuelo cuidadosamente en mi bolso.

¿Quién ha dicho que el infierno tiene que ser siempre igual? El infierno empieza con la esperanza. Si no tuviéramos esperanzas no sufriríamos. Seríamos como esas rocas recortadas contra el cielo.

Tomé la mano con la que estaba señalando. No se resistió, y yo se la volví. En el dorso, los dedos tienen pelitos negros; a él no le salen en las cicatrices. Le puse un poco de colonia en la muñeca, y él apartó la mano para olerla.

El infierno comienza con la idea de que las cosas pueden ser mejores, dijo. Es muy refrescante este olor. ¿Qué es lo opuesto al infierno? El paraíso, ¿no?

Dame la otra mano.

Le eché colonia en el dorso de esta y no la retiró; se quedó extendida en mi regazo.

Ahora puedo llevarlos hasta el hotel, nos anunció el dueño del café.

La parte de atrás del hotel daba a un río que bajaba casi seco. La ventana de mi habitación se asomaba a los guijarros del lecho. Era la primera vez en mi vida que me alojaba en un hotel, lo que no me impidió darme cuenta de que este era bastante poco común. El propietario, que estaba trabajando en la cocina cuando llegamos, salió limpiándose las manos en una tela de saco que llevaba atada a la cintura.

Dos habitaciones, sí, dijo. ¿Cenarán aquí esta noche? ¡Hoy voy a hacer un plato nuevo!

El pasillo que conducía a las habitaciones estaba abarrotado de armarios; apenas se podía pasar. En mi cuarto, además de la cama y un lavabo, había dos radiadores eléctricos y un congelador. Miré dentro y estaba lleno de carne. Por fin empezó a llover, grandes gotas del tamaño de perlas. Me lavé y me tendí en la cama en combinación, sin las medias.

Tenía la impresión de que nos habíamos perdido: no íbamos a llegar nunca a París, a Michel nunca le ajustarían la prótesis, estábamos en una tierra aparte, a la que

habíamos llegado por casualidad, sin quererlo, sin darnos cuenta, hasta que nos encontramos en un hotel regido por un loco. Con esta idea en la cabeza, pero llena de paz y arrullada por el sonido de la lluvia, me quedé dormida.

Cuando me desperté, la tormenta había pasado. Me puse otro vestido y un par de zapatos blancos —los que me habían impulsado a comprar los guantes de verano—. También me puse un collar de cuentas de colores que Christian había hecho en la escuela y me había regalado. Estaba oscureciendo —en agosto, pese a todo el calor que puede hacer, los días se acortan— y solo se distinguían las sombras blancas de los gansos junto al río. Pasé junto a los armarios y encontré las escaleras.

Para mi sorpresa, había tres o cuatro huéspedes más en el comedor. Michel estaba sentado en una mesa junto a la ventana, en la que había un gran jarrón con gladiolos naranjas. Todavía veo las flores. Se había lavado y cambiado la camisa.

Lo mismo había hecho el propietario, que se había quitado la tela de saco y se había puesto una corbata. Me condujo hasta la mesa. Michel insistió en levantarse. Nos dijimos buenas noches, como lo hacen los personajes de las películas.

¿Tomaremos algún aperitivo?, preguntó el dueño. Dos Suzes, dijo Michel. Mi sentimiento de estar perdidos me recordaba a la inseguridad de los niños cuando tienen que hacer algo por primera vez. Y, sin embargo, nunca me había sentido mayor.

¿Podemos proponerle, caballero, *poularde* en sujetador?

¿Qué es eso?, preguntó Michel.

Un pollo sin piel, asado y cubierto con hojaldre, señor. Inolvidable. ¿Y de primero, tal vez, *truite au bleu*?

¿Es el pollo lo que ha cocinado de esta forma por primera vez?, pregunté.

Exactamente, *madame*, ¡es el primer sujetador que he puesto en mi vida! Le guiñó un ojo a Michel.

Cuatro apuntan al cielo, cuatro caminan sobre el rocío y cuatro contienen alimento: las doce forman una, ¿qué es?, le pregunté al hombre.

No lo sabía y yo no pensaba decírselo. Comimos bien; como en un bautismo.

Si quisieras, podría ayudarte, dijo Michel.

¿Para qué necesito ayuda?

Para vivir.

Hasta ahora me las he ido apañando bastante bien. Está bueno este vino, ¿verdad? *Santé*.

¿Sabes lo que dice la gente de ti?

Nunca me ha preocupado. Es la única cosa, Michel, que nunca me ha preocupado.

No puedes hablar con ella. Cuando Odile se ha decidido a hacer algo, lo hace. Cuando ha decidido no hacerlo, nada puede convencerla. No es fácil de abordar. Respetan tu valor, respetan la forma en que estás educando al chico, pero guardan las distancias. Estás sola.

Yo no me siento sola.

Dentro de unos años será demasiado tarde.

¿Demasiado tarde para qué?

Demasiado tarde para cambiar.

Tú quieres cambiarlo todo, Michel: el mundo, el infierno, a la gente, la política; ahora me ha tocado a mí.

¿Tú crees que las cosas deben permanecer como están?

No lo sé.

¿No significa nada la felicidad para ti?

Hay más dolor que felicidad, dije yo.

Dolor, sí.

¿Te he contado la historia de los dos osos?, pregunté.

¿Quién ha estado comiendo de mi plato? ¿El cuento de los tres ositos?

No, dos. Dos osos en la nieve.

¡Cuentos de hadas, Odile! Somos demasiado mayores para cuentos de hadas. Hemos de enfrentarnos a la realidad.

Como lo hacemos siempre.

Entonces dijo algo que me impresionó, pues lo dijo muy despacio, haciendo gran hincapié: las cosas no pueden... continuar... como están. Más que como palabras habladas, sonaron como un gruñido, y el jarrón con los gladiolos, en los que tenía la vista fija, se desdibujó ante mis ojos.

Claro que continúan, contesté, cada día, cada hora. La gente trabaja, van a casa a comer, dan la comida al gato, ven la tele, se van a dormir, hacen mermelada, arreglan radios, se bañan...; todo continúa igual todo el tiempo, hasta que un día nos morimos.

¡Y a eso es a lo que estás esperando!, dijo.

No espero nada.

¿Sabes que hablas como una vieja?

Soy viuda. Me quedé viuda a los dieciocho.

Hablas como una vieja y todavía no has cumplido treinta años.

Dentro de tres meses. Pronto. ¿Tú crees que la edad tiene algo que ver?

No es la edad; es el tiempo que se acaba. Se pasó un pañuelo rojo por la frente.

Vuelve a decirlo, Michel, le provoqué. Según tú, las cosas no pueden continuar. Pero lo hacen, lo sabes tan bien como yo. ¡Las cosas continúan!

Si no luchamos, dijo, lo perdemos todo.

¿De verdad crees que la vida es solo una batalla?

Se echó a reír y siguió riéndose hasta que se le saltaron las lágrimas. Llenó mi vaso, alzó el suyo y los entrechocamos.

Que no sepas precisamente tú, Odile, la respuesta a esa pregunta. ¿No crees tú, —tú, Odile Blanc— que la vida es una batalla?

Volvió a reírse brevemente, pero esta vez las lágrimas habían sido provocadas por la tristeza.

Cuando subí a mi habitación, aquella habitación con el congelador lleno de carne

y una reproducción del Ángelus sobre la cabecera de la cama, no me desnudé. Esperé media hora mirando al río. Luego me cepillé el pelo y, sin ponerme los zapatos, me deslicé cautelosamente por delante de los armarios del pasillo, encontré la puerta de la habitación de Michel y la abrí sin llamar.

Nuestra sombra se mueve ahora sobre la nieve blanca, Christian, y se parece a la letra decimoséptima del alfabeto, algo entre una D y una L. En Cluses, donde aprendí palabras escritas en la pizarra de la escuela, que, después de la fundición, era el edificio más alto que había visto en mi vida, en Cluses, las palabras me resultaban extrañas. Ahora me vuelven a la cabeza como las palomas al palomar.

De nuestra unión nació Marie-Noelle, el 4 de agosto de 1967. Pesó al nacer tres kilos doscientos gramos, un poco menos que tú. Me subió la leche, y le di el pecho durante más de nueve meses. No quería dejar de dárselo. Ya no trabajaba en la fábrica, pues vivíamos los cuatro juntos encima de la tienda, en Pouilly.

Madame Labourier tricotó una mantita rosa para la cuna. Odile Blanc no era exactamente la nuera que Madame Labourier hubiera escogido para su hijo, pero los hechos eran los hechos, y Marie-Noelle era su nieta.

De joven, me informó Madame Labourier, Michel salió con un sinfín de muchachas. Después del accidente, durante los años que pasó en Lyon, todas ellas se fueron casando. Pero bien mirado, es comprensible, ¿no? Al fin y al cabo ellas eran mujeres jóvenes y sanas.

Posteriormente me previno sobre el futuro. Conforme vaya envejeciendo, cambiará, se volverá cada vez más exigente. Lo he comprobado con nuestro vecino, Henri, que tenía polio, y nuestro pobre primo Gervais, que era diabético. Las personas lisiadas —sobre todo los hombres— se vuelven difíciles y caprichosas de viejas. Tendrás que tener paciencia, hija mía.

Después de nacer tú, Marie-Noelle, fue como si le hubieras devuelto las piernas. Estaba tan orgulloso de ti; su orgullo tenía piernas. No podía soportar separarse de ti más de una o dos horas. Cuando te llegó el momento de ir a la escuela, se negó a coger el coche y caminaba contigo más de medio kilómetro llevándote de la mano.

Las piernas que había perdido le habían sido de alguna forma devueltas en tu pequeño cuerpo infantil. Fue él y no yo quien te enseñó a andar. Ahora ya no eres una niña y desde el cielo puedo hablar contigo.

Las mujeres, casi todas las mujeres, son hermosas de jóvenes. No escuches las habladurías de los envidiosos, Marie-Noelle. Sean cuales sean las proporciones de un rostro, al margen de que el cuerpo sea demasiado delgado o demasiado grueso, en cierto momento, toda mujer posee el poder de la belleza que nos ha sido otorgado como mujeres. A menudo, ese momento es muy breve. A veces, ni siquiera nos damos cuenta de que nos ha llegado. Y, sin embargo, quedan vestigios. Incluso en lo avanzado de mi edad hay todavía algunos.

Mírate al espejo esta tarde si pasas delante de uno mientras esperas en la óptica de Annecy a que le pongan a papá el aparato para su sordera, observa tu cabello, que te

lavaste anoche, observa cómo invita a ser acariciado. Contempla tus hombros cuando te estés lavando, y luego baja la mirada hasta donde se ensambla el pecho, contempla la parte entre los hombros y el pecho, que desciende como una ladera en los pastos: durante treinta años más todavía esta ladera atraerá lágrimas, dientes apretados por la pasión, niños calientes por la fiebre, cabezas dormidas, manos encallecidas. Esa belleza sin nombre. Mira con qué delicadeza cae tu estómago en el centro, hacia el ombligo, como una begonia blanca en flor. Puedes tocar su belleza. Nuestras caderas se mueven con una seguridad que no tiene ningún hombre; y, sin embargo, prometen paz nuestras caderas, como la lengua de una vaca para un ternero. Esto asusta a los hombres, esos hombres que nos tiran y nos llaman coños. ¿Sabes a qué se parecen nuestras piernas vistas desde atrás, Marie-Noelle? Son como azucenas justo antes de abrirse.

Te diré qué hombres merecen nuestro respeto. Los hombres que se entregan al trabajo para que los que están a su alrededor puedan comer. Los hombres que son generosos con todo lo que tienen. Y los hombres que pasan la vida buscando a Dios. El resto son pura mierda.

Los hombres no son hermosos. No hay nada que tenga que permanecer en ellos. No tienen que atraer nada por la paz que pueden ofrecer. Así que no son hermosos. A los hombres les ha sido dado otro poder. Queman. Despiden luz y calor. A veces convierten la noche en día. A menudo lo destruyen todo. Los hombres están hechos de cenizas. Nosotras, de leche.

Cuando aprendes a juzgar por ti misma y no te dejas engañar por su presunción, no es difícil distinguir al hombre que merece respeto del que es pura mierda. Y, sin embargo, el poder de un hombre para quemar solo lo descubrimos amándolo. ¿Es nuestro amor el que libera ese poder? No siempre. Yo amé a Stepan durante muchas semanas antes de que viviéramos IN EUROPA. Stepan ardía cuando me reuní con él en el puente.

A Michel empecé a amarlo cuando volvimos al pueblo. Nunca llegamos a París. Puedo morir igualmente feliz sin haber visto la capital. Nos quedamos tres noches en aquel hotel alocado con los gansos blancos y su habitación frente a los armarios. Luego nos fuimos a casa.

Una vez en la fundición Stepan y Michel trabajaron durante tres días en el mismo turno, pero es en mí en quien se siguen encontrando. Marie-Noelle, Christian, abrazaos esta noche, pase lo que pase, hacedlo esta noche y sabed que vuestros padres se están abrazando.

Se hace tarde y la luz está cambiando. La nieve que cubre la ladera oeste del Guvraz se está poniendo rosa, del color del mejor rubarbo cuando lo cueces. Pensaba que aterrizaríamos antes de anochecer, pero Christian debe de saber lo que está haciendo. Es instructor nacional, quedó segundo en el Campeonato Europeo de vuelo con ala delta, y cuando le dije, se han ido los dos a Annecy, no tienen por qué enterarse, ¿no?; así no se asustarán, súbeme esta tarde, ha llegado el momento, él



respondió simplemente: ¿estás preparada?

Es extraño, pero no he pasado ningún frío. Siento todos los dedos de las manos y de los pies; están calientes como lo estaban cuando era una niña de cuna: de repente lo he recordado.

Metes a un hombre dentro de ti y no puedes compararlo o medirlo o hacer de él una historia. Todo lo que siempre ha sido se inflama con los labios de la boca en la que lo metes, y él te llena, allí de donde sabes tan poco como de la criatura que aún no has concebido en tu vientre.

Cuando se haya ido podrás decirte otras cosas sobre él, pero todo se queda lejos comparado con los lugares a los que lo has llevado dentro de ti. En el pajar, el heno no puede volver a ser hierba. Si él está ardiendo, los lugares a los que le has conducido están inundados de luz. En tu vientre hay estrellas, y puedes ser víctima de ellas. La pobre de Clotilde dio a luz sola en el establo; su padre le cerró la puerta por fuera.

Es doloroso para nosotras juzgar al hombre que hemos tomado, porque ya es nuestro, como un hijo. ¿Cómo puedes juzgar a un cuerpo que ha estado en donde ha estado, que ha salido de allí? Aparte de su nombre, todo lo demás es carbón frío. ¡Cómo nos cuesta juzgar! Si tenemos que hacerlo, si nos vemos obligadas a hacerlo, si nos tiran de las orejas como a un conejo, lo juzgamos y sufrimos el dolor, la violencia hecha al cielo que llevamos dentro, en el que brillaban las estrellas. Los hombres, pobres hombres, juzgan más fácilmente.

Nunca juzgué la vida que Stepan llevó antes de conocerlo en el «baile de los carneros». Todo lo que sucedió antes del 31 de diciembre de 1953 estaba allende todo juicio o comparación, pues eso mismo lo había traído hasta mí en el barracón a de IN EUROPA. Desde su desaparición, ha permanecido conmigo allí a donde lo llevé y lo oculté por primera vez, más allá de las cenizas. Ha permanecido conmigo como las estaciones permanecen con el mundo.

Los hornos que le robaron la vida a Stepan se llevaron las piernas de Michel y ahora le están dejando sin oído. Por la noche, cuando se quita las prótesis, no tiene piernas. Los dos muñones tienen el color del molibdeno cuando se está enfriando, antes de que lo rieguen. Pero solo en el color se parecen al molibdeno. La gravedad específica del molibdeno, me dijo una vez Michel, es de 95,5: uno de los metales más pesados, aunque menos que el uranio, el volframio o el plomo. Sin piernas pesa cincuenta y nueve kilos. Solo el color de los muñones se parece al molibdeno, pues, a diferencia de ese monstruoso metal, están vivos. Sé encontrar con las yemas de los dedos dónde el tejido es sensible y los nervios murmuran y dónde la carne cicatrizada está entumecida. En la espalda tiene pequeñas cicatrices en las zonas de las que le sacaron piel para injertársela en la cara. ¡A lo mejor me estás besando el culo!, bromeó una vez que le estaba lamiendo junto a la oreja.

Sin sus piernas artificiales se mueve a saltitos, como un pájaro, con las muletas. Hay noches en las que me deja servirle como un rey. Otras veces está irritable, me

lanza miradas furiosas y me aleja de él y, cogiendo las muletas, empieza a moverse a saltos alrededor de la habitación como un pavo desplumado. Cuando oye pasos, si está haciendo esto, se arroja a la cama y se cubre con la sábana hasta la barba. Nunca ha dejado que su hija lo viera sin prótesis. Quiere apasionadamente que su hija tenga un padre entero.

El viento agita la vela, que ondea como la colada en el huerto de mi niñez cuando soplaba el bise. ¿Estás seguro de que no se volará, Christian?

A menudo vienen personas con quemaduras a la tienda para que Michel les alivie los dolores. Michel insiste en quedarse a solas con ellas, y nunca he visto lo que les hace. A veces, le piden que baje hasta la fundición cuando ocurre algún accidente. Una o dos veces ha logrado quitar el dolor por teléfono. Hace cuatro años, el hijo de Louis, Gérard, estaba subido a un escalera podando un manzano con la motosierra. Sin saber cómo, resbaló, y la sierra, que seguía girando, le tocó el cuello antes de estrellarse contra el suelo. La sangre le manaba a chorros de la yugular y le empapaba la camisa. Llegó corriendo a la tienda, con la cara blanca, como la de una oveja. Michel detuvo la hemorragia en un minuto sin siquiera tocarle la herida. Luego envió a Gérard al médico, que no podía creer lo que veían sus ojos de médico.

Cada vez que le quita el dolor a alguien se queda agotado, y cuando estoy allí, le doy un masaje en el cuello y los hombros para ayudarlo a relajarse. Una noche, cuando estaba haciéndole un masaje, me dijo: el paraíso es el descanso, ¿verdad? Reposo. Vas al paraíso después de haber trabajado tres turnos seguidos, veinticuatro horas sin interrupción. Paras, y ahí está el puro placer de parar, de no hacer nada, de quedarte tumbado. El paraíso es mandarlo todo a la mierda. No sabes que existe nada más. No hay relaciones en el paraíso, Odile, ni niños, ni mujeres, ni hombres. ¡Egoísmo puro es el paraíso! ¿No es eso, cariño? Seguí dándole el masaje y sentí cómo se iban relajando, cómo iban volviendo a su ser, sus hombros, inmensos como los de un caballo de tiro. Un rato después, se volvió hacia mí, me atravesó con la mirada y pronunció mi nombre. Luego me cogió en brazos y me llevó, sí, me llevó hasta la cama y susurró: ¡solo en el infierno, mi vida, podemos encontrarnos!

Y Michel me encontró en la cama. Encontró a Odile.

Mira, mira hacia abajo —¿no lo ves?—, vuela una garza. *Tzaplia*, el último mensaje antes de anochecer.

Diles, Christian, diles, cuando aterricemos, que esto es todo lo que hay que saber.

## Toca algo para mí

¿Qué cosa tienen los hombres larga y dura que no tienen las mujeres?

A su izquierda la ciudad de Verona, anunció el conductor del autobús. Verona fue conquistada por los ostrogodos, después por los bárbaros y todavía más tarde por los austríacos. La Verona del siglo catorce fue el escenario de los amores de Romeo y Julieta.

¿Qué cosa tienen los hombres larga y dura que no tienen las mujeres?

¡Dínoslo!, pidieron los muchachos.

¡La mili!

La horizontalidad del paisaje circundante les era extraña, y no les resultaba fácil calcular las distancias. El autocar iba rápido, pero parecía que el tiempo pasaba y no cambiaba nada.

¿Ves su maíz? Van dos meses por delante de nosotros.

Por fin, el autocar cruzó el paso elevado hacia la autopista, en dirección a la Reina de las Ciudades. En el *vaporetto* los hombres iban de pie, muy tiesos, como si fueran a desfilar. Esto se debía a que recordaban la primera vez que dejaron el pueblo como reclutas del ejército. Las mujeres se repantigaron en los asientos de cubierta, y las más jóvenes se subieron las faldas para que les diera el sol en las piernas. El *vaporetto* osciló primero a un lado, luego al otro, como una mujer pedaleando muy despacio en una bicicleta.

¿Te gustaría tener un traje blanco como el del capitán del barco?

¡Mira esos insectos!

¿Dónde?

¡Ahí!

¡Esta ha estado bebiendo!

Tendrá que cambiárselo todos los días.

¡Mira! A lo largo de la orilla.

¡Dios mío, sí! Los hay a miles.

Salen al sol.

Son cangrejos.

Nunca había visto cangrejos de este tamaño.

No sabes a dónde mirar.

Parece una inundación.

¡Aquí no se podría hacer queso!

Desembarcaron en la plaza de San Marcos y subieron la escalera de caracol del Campanile. Luego a los hombres les entró sed e insistieron en beber algo en uno de los cafés de la plaza, que para Napoleón era el salón de baile más grande de Europa.

¡Es más caro mear aquí que beberse todo un cajón de cervezas en el pueblo!

Dentro del café vio un cartel que anunciaba un festival organizado por *L'Unità*, el periódico del Partido Comunista. ¿Por qué no?

Cruzaron el puente de los Suspiros y se pararon bajo una estatua de Eva en el patio del palacio de los Dogos.

¡Una mujer así es lo que necesitas!

Luego los hombres subieron a la terraza de la catedral de San Marcos para ver los caballos.

El festival se celebraba en la isla de Giudecca. Desde el palacio de los Dogos veía al otro lado del agua las luces de colores con las que habían decorado los edificios y de vez en cuando le llegaba el sonido lejano de la música.

Si a las dos no estás en la estación de autobuses, sabremos que te han ahogado.

¡Pues él es el más aventurero de todos vosotros!

Se sentó en la popa del *vaporetto* con el instrumento, guardado en su estuche, sobre las rodillas.

No eres de aquí.

Le dirigió estas palabras una joven con los labios pintados de rojo y sandalias blancas.

¿Cómo lo sabes?

Pareces demasiado tranquilo.

¿Sabes lo que llevo en este estuche?

Ella dijo que no con la cabeza. Llevaba gafas y tenía el pelo negro y recogido atrás en un moño.

Un trombón.

Eso no es verdad, respondió ella. ¡Tócalo! Por favor, toca algo.

Aquí en el barco, no, dijo él. ¿Vas a la fiesta?

Si lo has traído contigo debías de tener idea de tocarlo.

Hemos venido de las montañas. Y no quería dejarlo en el autocar.

Ella llevaba un pañuelo blanco anudado al cuello.

¿Y tú vives por aquí?

En Mestri, al otro lado de la bahía, en donde están los tanques de petróleo. Y tú... Yo diría que trabajas en una granja.

¿Por qué lo sabes?

Porque hueles a vaca.

De haber sido un hombre, la habría pegado.

¿A qué crees que huelo yo?

A perfume.

Has acertado. Trabajo en una perfumería.

Basta con mirarte las manos para saber que no trabajas con ellas.

¿Sabes cómo llama a eso mi padre?

Proletarismo infantil.

Él no respondió. Tal vez era una expresión veneciana.

El *vaporetto* se aproximaba a la isla. De las ventanas de los primeros pisos, al otro lado de la plaza, colgaban banderolas con consignas políticas. Distinguió el martillo y

la hoz. Al saltar a tierra, agarró con fuerza el instrumento bajo el brazo. El festival, se recordó a sí mismo, estaba organizado por el Partido Comunista, pero eso no significaba que no hubiera ladrones por allí. Incluso ya había detectado a quienes podrían serlo.

¿Te gusta bailar?

No puedo con esto.

Dámelo.

Ella desapareció con el instrumento en uno de los edificios cercanos.

¿Y si me lo roban?, dijo él al regresar ella con las manos vacías.

Camarada, contestó, esta es una fiesta de trabajadores, y los trabajadores no se roban unos a otros.

¡Los campesinos, sí!, dijo él.

¿Cómo te llamas?

Bruno. ¿Y tú?

Marietta.

Él alzó el brazo para que ella tomara su mano. No baila como los hombres de aquí, pensó la chica. Era más resuelto; como si al bailar pusiera toda su mente en ello, olvidando todo lo demás.

¿Cómo son tus montañas?

Hay rododendros y cabras monteses.

¿Rododendros?

Matorrales con flores.

¿Rosas?

Rojas como la sangre.

¿A quiénes se vota en tu pueblo?

A la derecha.

¿Y tú?

Yo voto por cualquiera que prometa subir el precio de la leche.

Eso no está bien para los trabajadores.

La leche es todo lo que tenemos para vender.

Bailaban en torno a un plátano en una esquina de la plaza. En el árbol había un altavoz, colgado como un búho de una de sus ramas.

¿Has venido solo?

Con toda la banda.

¿Una banda de amigos?

La banda de música del pueblo.

A la siguiente vez que el búho se quedó en silencio, él le propuso beber algo. Ella lo guio hasta una mesa bajo un retrato gigantesco, dibujado en una sábana que colgaba desde las ventanas del último piso de una de las casas. El rostro representado era tan grande que incluso las aletas de la nariz habían sido pintadas con una gruesa brocha doméstica. Lo contemplaron juntos.

¿Vives solo?, preguntó ella.

Sí. Llevo ocho años viviendo solo. Un quinto de mi vida.

A ella le gustaba la manera que tenía de dudar antes de hablar; era totalmente deliberada, como si cada vez que contestaba a una de sus preguntas fuera hasta la puerta de una casa, la abriera al visitante y luego hablara.

¿Cuántos espejos tienes en tu casa? Le preguntó esto como si fuera una niña diciendo una adivinanza.

Se paró a contar.

Uno sobre el fregadero, uno fuera, encima del abrevadero.

Ella se rio. Él sirvió más vino blanco.

¿Ese es Karl Marx, no? Él asintió mirando la sábana.

Marx fue un gran profeta. ¿Cómo ves el futuro?, preguntó ella.

Los ricos serán más ricos.

Quiero decir tu futuro.

¿El mío? Todo depende de mi salud.

No tienes pinta de estar enfermo.

Si caes malo y te tienen que mandar al hospital, tu perro no se ocupará de las vacas. Vivo solo.

Ella alzó la copa hacia él. Creo que te puedo encontrar un trabajo en Mestri.

Miraba los pequeños pies de la muchacha, pensando: todo lo que sucede entre un hombre y una mujer es una cuestión de cuánto cedes en algo para conseguir otra cosa; es un intercambio.

Quieras o no estás influido por las relaciones de propiedad de las que formas parte. La voz de la chica era tierna, como si estuviera explicándole algo íntimo. Los Kulaks se pusieron del lado de la burguesía, y los pequeños campesinos se asociaron con la pequeña burguesía. Te equivocas cuando piensas solamente en el precio de la leche.

Ella, se dijo para sí, nació en este lugar de agua e islas, en donde apenas si hay tierra.

El hecho es que los campesinos van a desaparecer, continuó ella; el futuro está en otra parte.

Me gustaría tener hijos.

Tendrás que encontrar una mujer.

Él sirvió más vino.

Si te vinieras para aquí, encontrarías una mujer.

Me cortarían la mano derecha antes que trabajar en una fábrica.

Todos los hombres que están bailando ahí delante, casi todos trabajan en fábricas.

Nunca había visto tantos hombres con camisas blancas. Las llevaban anudadas a la cintura, con el estómago al aire. Parecían tan astutos como comadreja. Tenían las mangas remangadas hasta la mitad del antebrazo, como si acabaran de levantarse de la cama.

¿Acarician bien?, preguntó.

¿Quiénes?

Las comadreja esas.

¿Que si acarician?

Lo que un hombre debe hacerle a una mujer.

Bailemos, dijo ella.

El búho ululaba un tango.

¿Quién va a ordeñar las vacas esta noche?, susurró ella.

¿Con quién estoy bailando?

Marietta está bailando con Bruno, respondió, mientras él, alzando la mano de la mujer, miraba fijamente a la línea que formaban ambos brazos unidos, como si estuvieran apuntando con una pistola.

A medida que el tiempo de la música se hacía más rápido, ellos avanzaban y giraban más y más deprisa. La gente empezó a mirarlos. La camisa y las pesadas botas del hombre anunciaban que era un campesino. Pero bailaba bien; hacían una buena pareja. Algunos de los mirones empezaron a tocar palmas al ritmo de la música. Era como contemplar un duelo: un duelo entre los adoquines y sus cuatro pies. ¿Cuánto tiempo podrían mantenerlo?

Bajaron por una calle estrecha en la que había algunos viejos sentados en sillas de mimbre; y las abuelas entretenían a sus nietos jugando con globos. Al final de la calle estaba colgado otro retrato gigante: una gran cabeza en forma de cúpula, como una gran colmena de pensamiento, y gafas.

Ese es Gramsci.

Él le pasó el brazo sobre los hombros para que pudiera reclinar la cabeza sobre su empapada camisa de franela.

Antonio Gramsci, dijo ella. Nos enseñó todo.

¿No podrías confundirlo con un tratante de ganado!, respondió él.

Pasado el retrato, llegaron a un muelle empedrado de guijarros a orillas de la laguna, justo frente a Murano. En algunos lugares, la hierba había crecido entre los guijarros. Él se quedó mirando al agua negra en dirección a la otra orilla, y ella, con las sandalias en la mano, se alejó hacia una góndola abandonada, que estaba amarrada cerca de la desembocadura del Río di Santa Eufemia. Se sentó en la plataforma de popa, junto al escámo del remo. Con el sol y el agua, la góndola había perdido toda la pintura, y ahora tenía el color gris de la madera vieja. En su tiempo debió de pertenecer a un comerciante de vinos, pues en la proa había varios garrafones tirados.

¿Crees que están vacíos?, le preguntó ella.

En lugar de responder, saltó a la góndola, que se balanceó violentamente. Según avanzaba hacia la proa, intentaba corregir los bandazos del barco lo mejor que podía, ladeándose hacia el lado opuesto, como alguien bailando la conga.

¡Siéntate, por Dios, siéntate ya!

Ella estaba agachada al fondo del barco. Los laterales de este azotaban el agua, que salpicaba al aire.

Cogió un garrafón con una mano, lo sostuvo en alto contra el cielo y lo giró como si estuviera retorciendo el pescuezo a un ganso.

¡Vacío!, bramó.

¡Siéntate!, chilló ella. ¡Siéntate!

Así es como se encontraron acostados sobre una estera en los bajos de la góndola. Pasado un rato cesaron los bandazos del barco y les sucedió el tranquilo chapoteo del agua. Pero la calma no duró mucho. En seguida la góndola volvió a bambolearse con fuerza a un lado y al otro, y el agua que salía a chorros por las regalas y las duelas caía con estrépito en la laguna.

Y si volcamos, ¿sabes nadar?, susurró ella.

No.

Sí, Bruno, sí, sí, sí...

Luego permanecieron tumbados, jadeantes.

Mira las estrellas. ¿No te hacen sentir pequeño?, dijo ella.

Las estrellas nos observan, continuó, y a veces creo que todo, todo excepto el matar, tarda tanto tiempo porque las estrellas están muy lejos.

El hombre movía la otra mano en el agua formando una pequeña estela. Ella le mordió en una oreja.

El mundo cambia tan despacio.

Rodeó con su mano mojada un pecho de la chica.

Un día dejarán de existir las clases. Yo lo creo, ¿tú no?, murmuró ella, dirigiendo la cabeza del hombre hacia el otro pecho.

Siempre existirán el bien y el mal, respondió él.

Pero estamos progresando, ¿no crees?

Todos nuestros antepasados se preguntaron lo mismo, respondió él; tú y yo nunca sabremos en esta vida por qué fue hecho así el mundo.

Volvió a penetrarla. La góndola azotaba el agua, que salpicaba al aire.

Cuando cruzaron la estrecha isla en dirección al muelle, en donde se detendría el último *vaporetto*, la música había acabado. En la plaza solo quedaban unos cuantos borrachos, inmóviles como estatuas. Marietta fue a buscar el instrumento. Él se quedó mirando a la orilla. Veía el campanario al que habían subido. El guía había dicho que a principios de siglo se había derrumbado. Sin raíces. Recordó la fecha: el 14 de julio de 1902, el año en que había nacido su padre. A la derecha, todavía se veían luces en el palacio de los Dogos. Según el guía, el fuego había destruido total o parcialmente el palacio siete veces. Nunca había habido paz en ese edificio. Demasiado poder y pocas raíces. Un día era robado y saqueado y al siguiente pasaba a ser utilizado como gallinero.

Marietta le alcanzó el estuche con el instrumento.



Toca para mí. Toca algo para mí.

Dejó el instrumento en el suelo. Se sacó una armónica del bolsillo y, volviéndose hacia el palacio de los Dogos, empezó a tocar. La música le hablaba.

*Antes de que amanezca...*

Ella contemplaba su espalda, relajada y ligeramente inclinada hacia adelante, como la de un hombre orinando, salvo que tenía las manos junto a la boca.

*... Antes de amanecer... cuando te vistes  
y entras en el establo...*

Le acarició el cogote.

*... los animales están echados...*

Presionó con la mano entre las paletillas y sintió los pulmones del hombre y la música en el cielo de su boca.

*... echados sobre hojas de haya, y tu cansancio  
es como un niño despertado a la fuerza...*

La mano de la chica tanteaba más abajo del cinturón de sus pantalones.

*... y ves por la ventana la esfera de estrellas...*

Ella observó que tenía desatado uno de los cordones de las botas. Se agachó a atárselo.

*... la esfera de estrellas a cuyo pozo nos echan al nacer como la sal al agua...*

Ninguno de los dos vio acercarse el *vaporetto*.

Ven a Mestri, suspiró ella, ven a Mestri. Te encontraré un trabajo.

El autobús partió a las tres de la madrugada. La mayor parte de la banda quería dormir. Algunos maridos reclinaron la cabeza sobre los hombros de sus esposas; en otros casos, era la esposa la que se recostaba contra su hombre. Una a una fueron apagándose todas las luces, mientras el autobús tomaba la carretera de Verona. El

joven tambor sentado al lado de Bruno probó con un último chiste.

¿Sabes lo que es el infierno? ¿Y tú lo sabes?

El infierno es un lugar en donde las botellas tienen dos agujeros y las mujeres ninguno.

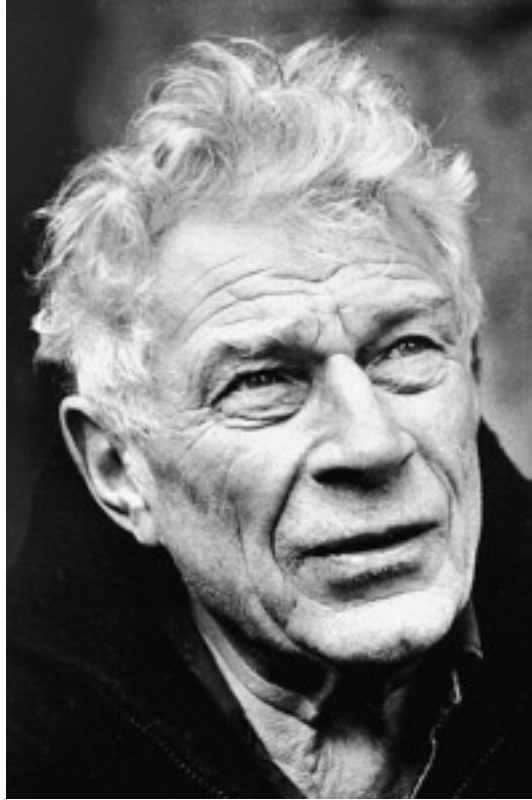
*[Para Jacob]*

## Sus ferrocarriles

Guarda las lágrimas  
vida mía  
para la prosa.

Tren  
flammes bleues  
fleurs jaunes.  
En las zanjas  
soy agua.  
En medio  
crecen los botones de oro de tu infancia.  
Hundidos en mis ojos  
los cielos del cementerio.  
Por arterias  
de grava  
susurrando a mis hierbas  
la sangre de los adioses.  
Flammes bleues  
fleurs jaunes  
sus trenes.

1985/86



JOHN BERGER (London Borough of Hackney, 1926 - Francia, 2017) fue un crítico, novelista, pintor y poeta británico. Su juventud estuvo marcada por la Segunda Guerra Mundial, en la que participó del lado del ejército británico. Al finalizar la contienda, retomó sus estudios de arte y, poco después, empezó a dar clases de dibujo en la misma escuela donde Henry Moore impartía clases de escultura.

Escribió artículos como crítico de arte en el *New Statesman* y en el *Tribune*, bajo la supervisión de George Orwell. Durante este periodo, trabó vínculos con el partido comunista británico, y, a los treinta años, decidió dedicarse por completo a la escritura en un arrebato de compromiso político ante la inquietante realidad de la Guerra Fría. En 1958 publicó su primera novela, *Un pintor de nuestro tiempo*, que fue duramente criticada.

Dentro de su extensa obra se pueden encontrar novelas, ensayos, poesía, artículos en prensa e incluso guiones de cine y obras de teatro. Entre sus ensayos destaca *Modos de ver*, libro de referencia para toda una generación de historiadores de arte. En 1972 ganó el prestigioso Booker Prize por su novela *G* y, durante los años ochenta, publicó la famosa trilogía *De sus fatigas*, en la que abordó el cambio social provocado por el tránsito de lo rural a lo urbano.

# Notas

[1] *Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de sus fatigas*, San Juan 4, 39. <<